

Semiótica narrativa del espacio arquitectónico

Vol. 1

Autor:

Chuk, Bruno

Tutor:

Doberti,

Roberto

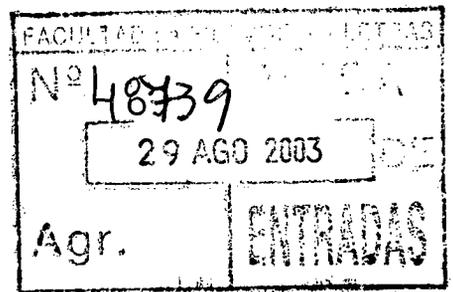
2003

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título en Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras

Posgrado

TESIS 10-7-3

v. 1



SEMIÓTICA NARRATIVA DEL ESPACIO ARQUITECTÓNICO

Tesis doctoral

Director: Roberto Doberti; Consejera: Elvira Arnoux.
Universidad Nacional de Buenos Aires.
Facultad de Filosofía y Letras.

Bruno Chuk

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

TOMO I

ÍNDICE

TOMO I

I. PLANTEOS INICIALES	1
I.1. Introducción	
1. Intenciones y aportes 2. De las hipótesis de base a las tesis semio-narrativas 3. De la teoría semiótica a la metodología de diseño: Originalidad de los aportes 4. Sobre las aplicaciones metodológicas: Los objetos de análisis 5. Agradecimientos	
I.2. Teoría del sujeto y teoría semiótica en arquitectura	19
1. Semióticas descriptivistas 2. La neo-vanguardia en arquitectura y el sujeto de la modernidad	
I.3. La estructura doble del espacio existencial	54
1. La desespacialización de la repetición 2. El tiempo del espacio existencial	
II. EN TORNO A LA FACTUALIDAD DEL DISCURSO ARQUITECTÓNICO	
II.1. Hipótesis de doble hermenéutica	107
II.2. Hipótesis de la materialidad espaciotemporal de la práctica discursiva como matriz fenoménica de la competencia semiótica.	111
II.3. Hipótesis de doble mimesis del tiempo	113
II.4. Hipótesis de "ambigüedad" en la emergencia del discurso-representamen	118
II.5. Hipótesis de convergencia espaciotemporal en el dispositivo del discurso arquitectónico: interpretante inmediato; interpretante final	126
1. El dispositivo espacio-existencial del discurso arquitectónico 2. El sujeto del discurso arquitectónico en tanto interpretante	
II.6. Modelo pragmático de competencia semio-narrativa	131
1. Versión pragmática del recorrido generativo 2. Competencia semiótica y semiosis arquitectónica 3. Bipartición del recorrido generativo 4 El interpretante final y la configuración poética del diseño	

TOMO II

III. EL TEXTO ARQUITECTÓNICO	
III.1. De la captación visual a la propioceptividad	
1. Tesis del Nivel enunciativo: <i>Contigüidad indicial del receptor-habitante</i>	143
1. Principio de contigüidad indicial 2. La enunciación del espacio “desde el espacio”:	
a) Sub-tesis de punto de vista territorial-históric: Exteroceptividad en arquitectura	
b) Sub-tesis de campos propioceptivos: Propioceptividad en arquitectura	
c) Sub-tesis de focalización selectiva: Interoceptividad en arquitectura	
III.2. De las figuras del ambiente al relato de la historia	
1. Tesis del Nivel Figurativo: <i>Discursivización por figuras homeomorfas y homotópicas</i>	175
1. La “bisagra” interoceptiva 2. Figuras del sitio 3. Figuras del ritual	
2. Tesis del Nivel Semio-narrativo: <i>Mímesis morfoplástica del eje del deseo</i>	195
1. El espacio arquitectónico como mímesis de las fuerzas actanciales	
2. Sub-tesis de enunciados atributivos	
3. Sub-tesis de secuencia narrativa	
III.3. ANEXO:	
Notas sobre semiótica del texto	
1. Preámbulo a la Semiótica narrativa	205
1. Unidades de significación 2. Estructuras de significación	
V.2. Preámbulo a la Semiótica de las Pasiones	218
1. Modalidades 2. Pasiones 3. Configuraciones pasionales	
IV. GLOSARIO	229

V. APLICACIONES METODOLÓGICAS:

Herramientas semio-narrativas para el diseño arquitectónico

V.1. Anexo: Muestras arquitectónicas y material gráfico complementario	246
V.2. Sobre meta-lenguajes descriptivos	254
V.3. Nacer de nuevo y nunca más volver a nacer: el relato del templo	256
V.4. Haré ejercicios porque ya estoy feliz con mi cuerpo: el relato del gimnasio	278
V. 5. Si nos dejan escucharemos a ese tal “Mosar”: el relato del auditorio	301
V.6. Conclusiones	324
BIBLIOGRAFÍA	329

I. PLANTEOS INICIALES:

La condición semio-narrativa del espacio existencial

I.1. Introducción

1. Intenciones y aportes

Esta es una tesis dedicada a la actividad más creativa y cercana a las humanidades que tiene la arquitectura, el *diseño arquitectónico*. Mi intención final que ha guiado permanentemente la producción de conocimiento es aportar *nuevas herramientas semióticas* para el ejercicio creativo del diseño, es decir, que se trata de una tesis teórica en semiótica del espacio arquitectónico, pero que va a la búsqueda de herramientas metodológicas que enriquezcan los fundamentos y resoluciones formales en la práctica del diseño, a través de un pensamiento narrativo del espacio, en la “cocina” del proceso proyectual previo a la materialización del hecho arquitectónico.

Y esto nos pone desde ya en un lugar diferente de la mayoría de las aplicaciones de semiótica que son más descriptivas que predictivas, que parten de un hecho consumado como signo (o como texto) para luego analizarlo. Aquí será al revés: si en todo caso incursionamos aplicaciones descriptivas ellas estarán al servicio de esta intención final que es comprobar la riqueza heurística, creativa, predictiva, de las herramientas semio-narrativas para el diseño del espacio.

Entre las áreas de saberes de la arquitectura llamamos *Morfología* al estudio de los criterios formales, perceptuales y estéticos de composición formal del espacio, (a diferencia de la lingüística *morfología* aquí es equivalente a *sintaxis*), y precisamente llamamos *Morfología generativa* al estudio de leyes de generación morfológicas que permiten organizar y estructurar al espacio arquitectónico. Esta tesis doctoral nació de mi interés personal por la morfología generativa, y de hecho las “herramientas

semióticas” para el diseño de las que hablo pueden ubicarse y comprenderse como una especialización semiótica en el área de las morfologías generativas.

Fui docente con el cargo de ayudante y el desempeño de jefe de trabajos prácticos de la cátedra de Morfología I de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de San Juan, (UNSJ), por un tiempo de tres años, en el cual los mismos docentes de la cátedra me permitieron y motivaron a iniciar la carrera de investigador. Las becas concursadas de investigación de posgrado hicieron el resto para poder avanzar en la tesis y llegar a la Universidad de Buenos Aires como doctorando, docente de la cátedra de Semiología del CBC y miembro del Laboratorio de Morfología de la FADU.

Entiendo que uno de los mayores logros conseguido en estos años y plasmado en la tesis es el delicado cruce interdisciplinario de saberes. Si uno mira este trabajo con ojos de arquitecto lo primero que aparece es su ubicación en la morfología generativa: usamos la teoría semiótica narrativa para la generación formal del espacio en la práctica del diseño. Pero las tesis que presento aquí son el resultado de un marco teórico interdisciplinario de tres ámbitos de saberes:

En primer lugar, el *análisis del discurso*, que me permitió apropiarme de la semiótica narrativa de vertiente greimasiana desde una versión decididamente más pragmática, (especialmente por el camino que ha tomado el semiólogo Per Aage Brandt), y centrada en el problema de la *factualidad* del discurso arquitectónico, factualidad en los términos de lógica pragmática de producción y consumo de sentido del discurso arquitectónico por los habitantes del espacio y desde sus mismas prácticas de apropiación espacial. Esta ubicación es precisamente la que me permitió retomar las pertinencias del sujeto habitante en tanto punto de encuentro entre texto y prácticas históricas, entre inmanencia y trascendencia de su semiosis particular. Las categorías peircianas de *interpretante inmediato* e *interpretante final* me han servido de verdaderos articuladores entre el tema semiótico del espacio como texto y el tema antropológico del habitar, y sus prácticas de apropiación espacial como interpretantes de aquel texto.

En segundo lugar, se impuso la necesidad de una teoría del sujeto fundada en la *antropología existencial* (y sus conocidos vínculos con la teoría psicoanalítica), que nos abriera a las pertinencias de este sujeto en tanto el habitar no es para él una función más ni una “categoría trascendental”, sino condición fundante de su existencia.

Y esto fue fundamental para formular las tesis semióticas, pues cuando hablo del “texto arquitectónico” me refiero al texto que es construido primero como “obra abierta” desde el gesto receptivo del sujeto habitante, en la particular semiosis que se produce, como digo, desde el seno de su práctica habitacional. Y en este caso, lo que hace único a este texto (y lo que hace original a esta tesis en semiótica) son las pertinencias de una competencia semiótica fundada en la condición existencial del habitar.

En lo personal creo que este enfoque, esta ubicación particular de situar a la semiótica del espacio en la semiosis de sus prácticas habitacionales es realmente liberador y original, tanto para la teoría de la arquitectura como para las semióticas del espacio. Porque el fracaso y el rechazo masivo hacia la semiótica en el ámbito de la arquitectura y en especial del diseño, que vimos en nuestro país a partir de los años 80', viene tomado de posturas teóricas modernistas que postulaban un sujeto epistémico. Derivado de ello provenía también una aplicación semiótica sobre la arquitectura que legitimaba un saber de logotecnia bien lejos del reconocimiento de un sujeto habitante. Me detendré más detalladamente en este marco en I.2.

Entonces, el problema de la semiótica arquitectónica ahora es abordado desde una teoría de la enunciación que asimila al *observador* (*punto de vista* enunciativo en la teoría de la enunciación ortodoxa) con las pertinencias del *sujeto habitante*. ¿Por qué no elegir otros puntos de vista y otras *focalizaciones* para el discurso arquitectónico? ¿Por qué no considerar un observador más “especializado”, con saberes críticos más específicos o universos de sentido más delineados, con miradas y recortes de saberes más particulares? Precisamente, porque no es la “mirada del crítico” la que queremos reconstruir en la enunciación del espacio *desde el espacio*: rechazamos esa posibilidad porque fue este el camino por el cual la teoría de la arquitectura olvidó la condición misma del habitar. Los saberes específicos hicieron de la semiótica de la arquitectura un manojito de logotecnias. Si tomamos el caso de un centro deportivo como el que luego analizaremos, no nos interesa aquí la mirada del “especialista en deportes al aire libre”; si tomamos el caso de un templo, no nos interesa aquí aquel observador cuyo saber repone en el texto los contenidos de la “teología de tal religión en tal momento histórico en que fuera construido el templo”. La única manera de levantar la soberanía del habitante, y la soberanía de su significante como el espacio de su habitar, es dar con una semiótica que asuma las pertinencias del *receptor-habitante*. Sólo una

semiótica que asimila en el sujeto de la enunciación las pertinencias del sujeto habitante puede llegar a dar con morfologías arquitectónicas de un texto arquitectónico que es interdiscurso de sus prácticas más propias.

Pero entonces: ¿cómo llegar a las pertinencias del observador en tanto *sujeto habitante*? Si éste no es el sujeto de saberes específicos, de logotecnias superpuestas, ¿de qué sujeto hablamos? Reponer la función del habitar en la teoría de la enunciación nos lleva indeclinablemente a reponer la *condición existencial del habitar* en una teoría del sujeto meta-semiótica, que rebasa los límites de la teoría de la enunciación, del sujeto creado como pura ficción por el texto. Nos es necesario anclar estas pertinencias en una antropología existencial que haya pasado ya por la crítica del sujeto de la modernidad.

Si tan solo lo nuestro fuese proyectar las formas semio-narrativas sobre “la materia” del significante arquitectónico, todo sería mucho más sencillo; acomodariamos las cosas para ver en el espacio arquitectónico “un texto”, pero el sujeto de la enunciación de este texto volvería a ser el sujeto epistémico de alguno de los muchos saberes que puede cruzar al objeto arquitectónico y que se encuentre disponible en las manos del semiólogo, extraviando y diluyendo así el observador habitante que nos exige recuperar nuestra opción ética para el diseño. Para esto es necesario teorizar al sujeto del habitar y reubicar en la *factualidad* de su semiosis las pertinencias que le corresponden por derecho.

Por último, deberemos volver a nuestro punto de partida, a la *morfología arquitectónica*, para ver concretado sobre este saber de diseño las leyes generativas que resulten de un nuevo modelo de competencia semiótica, apropiable desde la actividad del diseño. El *lugar de emergencia* de las tesis es este modelo de competencia semiótica que reconoce y restituye las pertinencias del sujeto en tanto interpretante doble, *receptor-habitante*, del signo-discurso arquitectónico, pero el *lugar de la aplicación* de las tesis es la práctica de diseño, por lo que tendré que traducir la formulación teórica de cada tesis en herramientas morfológicas predictivas.

Entre la antropología existencial, la morfología generativa y el análisis del discurso, veremos además que para este último nos interesa en especial las correspondencias y vínculos trazados por el trabajo de P. Aage Brandt entre la teoría del signo en Peirce y el modelo semio-narrativo en Greimas, de modo que en cuanto al

análisis del discurso se refiere habremos desdoblado el uso de las categorías según estas dos escuelas en cuestión.

El cruce de una teoría del sujeto, una teoría de composición morfológica y una teoría semiótica mixta, como decía al principio, es el resultado más rico de mis años de investigador de posgrado, y de incluso haber transitado por casas y ámbitos académicos diversos en la Universidad de Buenos Aires.

Este cruce interdisciplinario nos demanda ahora con justa razón, al final de mi trabajo, ser cuidadosos con la aplicación y combinación de categorías que provienen de distinto origen, de modo que además de los reparos normales a tener en cuenta por cualquier trabajo interdisciplinario he incorporado un *Glosario* de consulta, y desde ahora señalaremos con asterisco* los términos técnicos claves que se hallen explicados en su lista. Además, he incorporado en el mismo capítulo de formulación de las tesis, en III.3., un material de apoyatura sobre contenidos de semiótica narrativa, un Preámbulo a la Semiótica Narrativa y otro a la Semiótica de las Pasiones que pueden ser resúmenes de gran utilidad para revisar conceptos y términos de saberes muy especializados pero a la vez claves para la comprensión de cada tesis. Las categorías provenientes de la teoría peirciana quedaron en cambio simplemente aclaradas en las notas al pie de página.

2. De las hipótesis de base a las tesis semio-narrativas

Al revisar mi trabajo me doy cuenta de que otorgo el mismo valor de originalidad a las hipótesis de base (o hipótesis fundamentales) como a las tesis resultantes. Pues resulta como siempre que las hipótesis tienen un fundamento en saberes previos debidamente documentados, pero entiendo que la tarea de reformulación de estos contenidos y la síntesis lograda para enunciar y clarificar las hipótesis es una novedad propia de esta tesis doctoral. Nos detendremos ahora para advertir esto sobre cada una de las hipótesis, que son tres:

a. La primera hipótesis fundamental se mantiene aún dentro del ámbito de la antropología existencial: Postula que el espacio existencial, o la espacialidad del *ser ahí*, viene a estar fundada en una estructura ontológica previa de espaciotemporalidad

bipartita. La espacialidad de la existencia humana es antes espaciotemporalidad que funda a la vez toda apropiación espacial y toda práctica histórica de tal apropiación. Las prácticas de apropiación, de adaptación y asimilación del espacio por el sujeto del habitar vienen a quedar determinadas por esta estructura existencial que presenta un binomio entre una espacialidad de *Sitio* (en los términos heideggerianos), territorial y de temporalidad simultánea, y una espacialidad *Ritual*, tensiva y de temporalidad sucesiva. Y resulta ser además que ambos términos coinciden respectivamente con las categorías topológicas de *homeomorfía** y *homotopía**, pues ellas son formaciones topológicas de continuidad espaciotemporal simultánea y sucesiva respectivamente.

Ciertamente, así formulado no lo encontraremos en los autores y textos que han desarrollado en esta tradición la temática del espacio existencial, porque, y de esto se trata el desarrollo, el problema estaba ya en *El Ser y el Tiempo*: Heidegger había dejado inconcluso, de manera explícita e implícita, los desarrollos en torno a la espacialidad pasando directamente a los de la temporalidad. En el camino quedó escondida una espacialidad ritual de la existencia humana, y los desarrollos posteriores fundados en Heidegger replicaron este recorte, situando el punto en una espacialidad puramente territorial.

Cuando descubrí esto en *El Ser y el Tiempo* y lo ratifiqué en otras críticas y trabajos posteriores fui a la búsqueda de esta espacialidad ignorada o negada a la cuál adjudico estatuto existencial: el ritual. Para eso el trabajo de revisión y comparación fue fundamental y se organizó en torno a la categoría de la *repetición*, desde Kierkegaard hasta su utilización en la teoría de la identificación del psicoanálisis. ¿Por qué buscar en la *repetición*? Advertí entonces que detrás del uso de esta categoría, tanto en los textos filosóficos como en los psicoanalíticos, se daba como supuesta, como implícita, esta espacialidad tensiva organizada teleológicamente por la trayectoria de búsqueda hacia un fin, porque la experiencia de la repetición (tanto en Kierkegaard como en algunos textos fundamentales de Freud y Lacan) se sitúa y se desarrolla a partir de la experiencia de habitabilidad del sujeto, a partir de la relación sujeto-espacio (o en rigor, de cómo *espacia* el ser ahí), aunque luego el abordaje tomara el camino hacia el sujeto y no hacia el espacio. Fue cuando las tesis de Henri Lefebvre y David Carr, la primera dedicada al espacio y la segunda al tiempo de las prácticas humanas, terminaron por ayudarme a postular más explícitamente este supuesto, el de una espacialidad originaria organizada en tiempo secuencial y en

función de un deseo estructurante. Dedicué entonces todo el punto **I.3.** para desarrollar esta hipótesis.

b. La segunda hipótesis tendré que enunciarla en forma negativa: La *neovanguardia* (en arquitectura) no advirtió la condición existencialista doble de espaciotemporalidad, y por eso “el tiempo del espacio” fue nuevamente negado en sus postulaciones semióticas.

Para mí es clave situar esta tesis en relación histórica con la neovanguardia en arquitectura. Hasta me atrevo a ubicar la semiótica narrativa de la arquitectura (la que será desarrollada aquí) como una “versión tardía” de este momento histórico de la teoría de la arquitectura.

He seguido diligentemente a Helio Piñón, pues en *Arquitectura de las neovanguardias* él advierte este segmento histórico-teórico de la arquitectura, entre los fines de los 50' y los 70', antes de la profusión más estereotipada y mercantil del posmodernismo, pero después del sucumbir de los postulados fundacionales del modernismo. Es el momento de profunda revisión en el cual por distintas posturas, representadas en ciertos autores y estudios de arquitectura, la teoría de la forma arquitectónica es puesta en relación directa con su función semiótica, y es retomada en el reconocimiento de su estructura de significación, en el vínculo entre significante y significado.

Pero he aquí que por distintos caminos (me referiré en particular a los representados por Peter Eisenman y Aldo Rossi), los neovanguardistas realizan el intento de reformulación teórica heredando del modernismo un sujeto por así decir “desprovisto de temporalidad espacio-existencial”, y esta herencia detuvo y sesgó a la teoría de la forma arquitectónica de una semiótica arquitectónica cuyo signo-texto *fuera para* un interpretante de prácticas cotidianas (del ser situado y ritualizado del habitar). Por un lado es conservado un sujeto trascendental para el cual el espacio sigue siendo un apriori, y el tiempo de su práctica un tiempo “cronometrado”, subsidiario del espacio métrico como lo cuestionaba Heidegger, y para el cual su producción de sentido queda lejos de la temporalidad de las prácticas cotidianas (Eisenman-Hejduk, 1984). Pero por otro lado, cuando el sujeto es recuperado como “ser espacial” y asimismo como ser histórico, después de la crítica heideggeriana, en vez de teorizar una forma arquitectónica estructurada a partir de una temporalidad inmanente a las

prácticas, se teoriza una forma (y una expresión) tipológica, detenida en un tiempo de permanencias eternas (Rossi, 1982).

En ambos casos y por distintos caminos la espaciotemporalidad existencial que funda las prácticas cotidianas es eludida o pasada por alto; entonces, la teoría del signo formulada para la forma arquitectónica continuaría escindiendo la producción de significado de dicha forma de las prácticas intrínsecas de los sujetos que habitarían, gozando o padeciendo de estas formas en el evento de la apropiación.

Por eso digo que la originalidad de esta tesis puede entenderse como una revisión de las posturas neovanguardistas: En primer lugar la teoría del signo arquitectónico que presento aquí se desprende de un corte particular en la semiosis del espacio en el cual este signo *es para* un interpretante de prácticas de apropiación de ese mismo espacio que le imparte significado. *Es para* aquel sujeto que lo habita y lo historializa en sus prácticas. En segundo lugar resulta que este interpretante nos abre, como vimos, a una espaciotemporalidad doble, viene a tener una estructura existencial por cual el ser espacia *situando* y *ritualizando* el habitar. Aquí es donde, de regreso al signo, a su sintaxis y semántica más particular, la tesis formula una teoría de la forma que semiotiza, carga de significado, imparte contenido para ese par espaciotemporal de Sitio y Ritual. Nuestro signo arquitectónico será aquel que semiotiza por doble vía a los sitios y rituales de las prácticas, pero de esa manera recuperamos una semiótica que reconoce una temporalidad intrínseca o inmanente en el espacio existencial, y por esta temporalidad es postulada como semiótica narrativa de la arquitectura. Su forma de semiotizar es ficcionando la espaciotemporalidad de la práctica con la espaciotemporalidad del *relato* de esa práctica. La teoría de la forma arquitectónica se redescubre como una forma semiótica intrínsecamente narrativa, “intrínsecamente” en tanto es la condición existencial que está detrás de la práctica habitacional que le es interpretante, lo que nos lleva al reconocimiento de la textualidad del signo, y no una postura previa tomada desde la semiótica ortodoxa desde la cual deriváramos dicha textualidad.

Dedico los puntos **I.2.2.** y **I.3.1.** para el desarrollo de esta hipótesis.

c. Llegamos así a la tercera hipótesis fundamental, ubicada en **I.3.2.**, que deriva de las dos anteriores de modo que tiene una importante función de síntesis antes de pasar a las tesis, concentrada en la definición principal de signo arquitectónico *como*

signo-función mixto, (motivado y convencional). Las prácticas del habitar tienen un fundamento existencial doble en el par Sitio-Ritual, y de aquí que la raíz motivada del signo-función arquitectónico sea su doble estructura topológica de espaciotemporalidad, a diferencia con la definición modernista del signo-función arquitectónico, que ponía en la *función* un carácter puramente utilitario. La ecuación que Umberto Eco realizaba ya en *La estructura ausente*, entre denotación=función utilitaria; connotación=valor simbólico tiene un giro antropológico con nosotros, ya que la “función” que motiva y regula la significación del espacio ya no es ni física ni mecánica ni utilitaria; se trata en primer instancia de su condición existencial.

Los sitios presentan una estructura topológica homeomorfa (continuidades espaciales que se dan en temporalidad simultánea) y los rituales una estructura topológica homotópica (espacios en continuidad sucesiva). De modo que ahora, del lado del espacio significativo, homeomorfías y homotopías son la base compositiva del plano de la expresión arquitectónico, y es su condición topológica la que instaaura al significativo arquitectónico según su sustancia *espaciotemporal*.

Ahora bien, el punto central de esta hipótesis estriba en que esta condición dada en el significativo *es la raíz motivada que hace del signo arquitectónico un signo esencialmente narrativo*, pues ya en el plano de contenidos las homeomorfías de temporalidad simultánea toman a su cargo la *función descriptiva* de todo relato, y las homotopías la *función narrativa*. He tomado estas dos categorías de Genette a propósito de lo que sucede con el tiempo del relato. Así como las homeomorfías “detienen” el tiempo en un presente de simultaneidad donde el espacio del sitio es vivido como en un “todo a la vez”, así el significativo homeomorfo, del lado de la discursivización, detiene el tiempo de la historia para describir los escenarios, los ambientes del relato arquitectónico. Así como las homotopías “echan a andar” la temporalidad del espacio existencial, lo ritualizan como camino de deseo, así este mismo espacio en tanto significativo secuencializa los eventos del relato ficcionando los avatares de sus habitantes. Las homeomorfías escenifican al sitio, las homotopías tensan al ritual.

Por eso, otra forma que hallo de explicar resumidamente esta tesis es a través de este nudo central fijado en las categorías topológicas. Es una tesis que retoma el *recorrido generativo* de la semiótica ortodoxa, pero desde una factualidad discursiva que reconoce en el significativo esta raíz motivada de estructura espaciotemporal

bipartita. Se trata entonces de hacer explícito el comportamiento semiótico de ambas formas, homeomorfas y homotópicas, descriptivas y narrativas en los términos de Genette en cada uno de los niveles narrativos, el enunciativo, el discursivo y el semi-narrativo (tal como son presentados por A. Brandt).

d. Veremos luego que he destinado el capítulo II a las hipótesis auxiliares, las cuales giran en torno a la factualidad del discurso-signo arquitectónico, como decía, al discurso del espacio que es signo *para* nuestro interpretante en cuestión, el *receptor-habitante*.

El punto de partida para llegar a la inmanencia del texto arquitectónico, lugar teórico de las tesis, es la trascendencia discursiva de este texto, las condiciones de factualidad donde es producido y consumido. La textualidad del signo espacial es derivada de su factualidad discursiva; las condiciones de esta lógica pragmática nos permiten postular una *competencia semiótica pragmática* particular para este sujeto que es *receptor*, (en una relación entre sujeto observador-sujeto informador –las categorías de Filinich en *La enunciación*– completamente diferente al esquema bipolar de comunicación verbal), en la misma espaciotemporalidad en la cual es *habitante*. De modo tal que estas condiciones de recepción lo hacen partícipe de la misma construcción discursiva del espacio que habita; él es quien imprime el punto de vista enunciativo, y la materialidad significativa de la arquitectura se vuelve una obra abierta, de tantos recortes y construcciones narrativas cuantos posicionamientos tome el receptor-habitante.

Las hipótesis auxiliares van a recorrer estas condiciones bordeando cada uno de los componentes que participan en su semiosis:

La hipótesis de doble hermenéutica (II.1) es de hecho el principio de todo. Reconocer con Ricoeur que la significación emerge en el cruce de lo inmanente y trascendente al texto, reconocer también que es en el cruzamiento de estas dos dimensiones donde se enriquece el análisis metodológico. Es una hipótesis solidaria a la “versión pragmática” de recorrido generativo que conocemos por Brandt, pero también el lugar de “borde” en el que se sitúa el análisis del discurso. En la hipótesis de II.2. retomo un conocido esquema de Eliseo Verón (pues las condiciones de factualidad son tratadas desde la teoría semiótica de Peirce) para establecer ese *corte* en la red discursiva que pone a nuestro signo arquitectónico en relación a su

interpretante y su objeto, y da cuentas de esta particular situación, única, dada por el espacio factual de producción del discurso, por el cual el receptor-habitante gestiona al discurso desde su práctica interpretante (su práctica de apropiación habitacional).

La hipótesis de *doble mimesis del tiempo* (II.3.) será también crucial para entender la “temporalidad” a la que nos referimos como “objeto” de nuestro representamen arquitectónico. Volvemos a la distinción husserliana entre tiempo inmanente (interno al ritmo y la secuencia de la misma práctica habitacional) y el tiempo trascendente, ya idealizado, de la historia. Descubrimos entonces que el representamen arquitectónico iconiza a la vez ambas temporalidades en su estructura formal, como una estabilización de su temporalidad trascendente (solidaria a la tradición tipológica de la arquitectura) o como una mimesis narrativa de la temporalidad inmanente a la práctica (una mimesis de la que la teoría de la arquitectura no ha desarrollado hasta aquí). En esta última mimesis anclamos nuestras tesis.

En cambio, con la hipótesis que le sigue en II.4. nos centramos directamente en el soporte material del representamen (o signo) arquitectónico. Junto con Brandt estamos cambiando por una postura *morfo-dinámica* para toda semiótica, una posición que reconoce el soporte material del significante y el dispositivo del discurso como pertinencia de factualidad discursiva, lo cual nos abre el campo a la fenomenología de la percepción visual. ¿De qué está hecho el signo arquitectónico? La hipótesis lo define como un *signo plástico-visual*, y más específicamente con una *forma tensional*. Pues estamos aquí heredando el modelo tensional (la distribución de tensiones visuales en el campo visual del observador) que Rudolf Arnheim presentara en *La forma visual de la arquitectura*. Ahora bien, la novedad de nuestro aporte pasa por realizar una revisión de este modelo considerando ahora su *sustancia espaciotemporal* (la estructura existencial bipartita que ya mencionamos), pues esta condición, ontológica para el observador, topológica para el informador, repone en el observador una *corporeidad* a partir de la cuál él percibe y observa. Y esta condición, única para el discurso arquitectónico, viene a seleccionar, estructurar y a organizar las tensiones de los campos visuales con reglas propias.

La hipótesis de *convergencia espaciotemporal* (II.5.) plantea que el propio dispositivo del discurso arquitectónico, que ya no es más un “contacto contranatura” en las palabras de Aumont, entre dos espacios diferentes (el espacio espectral y el espacio de la imagen), sino el mismo espacio existencial del habitar, hace que en esa

misma espaciotemporalidad coincidan la *producción y la recepción* del discurso, pues es un discurso que se construye desde la práctica habitacional, y desde esa misma práctica se consume.

Pero, luego de aprovechar estas categorías peircianas que nos facilitan diferenciar y a la vez totalizar las competencias pragmáticas del interpretante en cuestión, la hipótesis II.6., la última antes de formular las tesis, presenta la construcción del modelo pragmático de competencia semio-narrativa a partir de la composición de la competencia semio-narrativa de carácter universal con las competencias interpretantes de nuestra red discursiva. Aquí es donde he tomado específicamente aquella “versión pragmática del recorrido generativo” que Brandt desarrolla en la primer parte de *Dinámicas del sentido*, y que nos permite hacer esta traducción del generativismo estructural a la pragmática peirciana.

El resultado final es un modelo teórico-metodológico de competencia pragmática que otorga el marco general para elaborar y postular las tesis narrativas. Hay tres tesis (en el Capítulo III.), cada una de ellas ubicada en cada nivel de la competencia, *indicial-deictico*, *simbólico-discursivo*, e *icónico-mimético*, y así también cada tesis es postulada en relación a las otras, pues ellas dan cuenta de la suma total del vertimiento semántico en cada uno de estos niveles del recorrido para el caso del texto arquitectónico.

3. De la teoría semiótica a la metodología de diseño: Originalidad de los aportes

A lo largo del desarrollo de las tres hipótesis de base y las seis auxiliares, he concretado, para el caso específico que nos ocupa del espacio arquitectónico, esta postura *morfo-dinámica* desde donde retomar la semiótica narrativa y a partir de la cual postular las tesis. He abordado la condición narrativa del signo arquitectónico desde el reconocimiento de su soporte material, de la naturaleza espacio-existencial de su significante y de la factualidad de su emergencia discursiva. Y ello sin negar la universalidad de las categorías de la gramática generativa, sino reconciliándolas y articulándolas con la universalidad de las categorías pragmáticas. Esto es para mí lo original en materia de producción teórica. Sé que se trata de un cruce del cual la propia escuela greimasiana estaría pronta a rechazar, al igual que algunas posturas pragmáticas como las de Eliseo Verón; por eso es que fue tan importante para mí hallar

(casi por accidente) y fundar mi tesis en los postulados de Per Aage Brandt. Yo necesitaba de una teoría semiótica que por un lado conservara la claridad y la prioridad de las estructuras sintagmáticas del texto y por otro lado reconociera la incidencia crucial del orden material y pragmático de la emergencia discursiva en el propio recorrido generativo. Pues, éste era el único camino para consolidar a la semiótica de la arquitectura como *semiótica narrativa de la vida cotidiana*, para centrar el tema semiótico desde el seno del habitar, para recuperar una teoría semiótica fundada en la práctica de los usuarios y oponerla a la catarata de logotecnias que heredamos de los intentos semióticos del reciente siglo pasado.

Por eso es que en mi trabajo, después de las tesis, después de rearmar el recorrido generativo con esta nueva versión de competencia semiótica, se pueden comprobar los componentes de toda gramática semiótica, o gramática generativa. Hallamos los mismos niveles *profundo y superficial*, y los mismos componentes *sintáctico y semántico*, solo que reformulados a partir de sus condiciones factuales:

-El recorrido generativo se parte en dos, porque el vertimiento semántico difiere entre formas homeomorfas (del sitio) y formas homotópicas (del ritual).

-Las **figuras** (o lexemas) **espacio-existenciales** del sitio son cinco: *el lugar, el camino, la ventana, la puerta, la región*. Son categorías existenciales universales de la territorialidad que se constituyen en verdaderas figuras del sitio organizadas en sintaxis o relaciones sintagmáticas simultáneas, son el *fondo ambiental* del texto arquitectónico. En cambio, las **figuras modales** del ritual tienen una sintaxis sucesiva y su semántica es modal, figurativizan modalidades que *estabilizan o movilizan* el proceder del sujeto operador del relato.

-En el nivel profundo las figuras del sitio alojan repertorios sémicos; su sintaxis fundamental (el cuadrado semiótico) se combina con una semántica de sub-codificación antropológica (la tesis de Eco) que ahora connota simbólicamente a cada evento o figura espacio-existencial. Pero, las figuras modales del ritual en cambio organizan su repertorio sémico para configurar los diferentes valores modales conjuntos al sujeto en relación actancial con el objeto de deseo.

De esta manera, las sintaxis homeomorfas construyen semióticamente los escenarios del relato espacial con una semántica sub-codificada, y las sintaxis homotópicas semiotizan al eje de deseo, instaurando sujeto y objeto actancial por la vía de una semántica modal. En este último caso, son los estados modales los que

construyen al sujeto y definen a su vez los estados de yunción (la secuencia de estados narrativos) de todo el programa narrativo.

Volviendo ahora a la morfología generativa de la arquitectura se hace más preciso el vínculo entre teoría semiótica y diseño. La gramática semiótica (la sintaxis y semántica) de las distintas estructuras del recorrido generativo del texto arquitectónico nos proveen de un nuevo orden morfológico, un repertorio de verdaderas gramáticas semio-narrativas para diseñar el espacio arquitectónico con un pensamiento narrativo.

-Veremos que las *sintaxis homeomorfas* pueden subdividirse en *sintaxis axiales*, *sintaxis envolventes*, y *sintaxis gestálticas*, cada una de ellas con reglas compositivas y semánticas propias.

-Las *sintaxis homotópicas* en cambio las clasificamos como *sintaxis estabilizantes* (puntualizantes y clausurantes) y *sintaxis movilizantes* (cursivas y abrientes) aprovechando la taxonomía de Greimas en *Semiótica de las pasiones*.

-Lo cierto es que estas sintaxis colaboran (y de ello quiero dar cuentas en las aplicaciones metodológicas) organizando la búsqueda creativa del diseñador con un pensamiento narrativo del espacio arquitectónico. El espacio, que responderá a los requerimientos y condicionantes varios del proyecto, se piensa ahora en términos de *eventos narrativos*, de cómo el espacio arquitectónico construye un *relato de vida* para sus habitantes. Las sintaxis homeomorfas ficcionarán desde sus distintas semánticas al sitio, ayudando a definir “el cuadro de situación” de los eventos, cargando a sus figuras con diferentes constelaciones sémicas, estableciendo los ambientes y los roles temáticos de la historia. Las sintaxis homotópicas ayudan a pensar al espacio en términos de secuencia temporal; nos permiten construir esa secuencia a partir de los avatares pasionales entre sujeto y objeto de deseo, organizados en estados narrativos; nos facultan metodológicamente para pensar eróticamente al espacio arquitectónico y para instaurar este eje actancial que lo tensa en términos narrativos. El diseño narrativo del espacio comienza a ficcionar sus sitios y rituales con gramáticas claramente diferenciadas, que son utilizadas como verdaderos principios compositivos de la forma arquitectónica.

Una metodología semio-narrativa de diseño implica para el diseñador el hacer la pregunta: ¿bien, qué historia voy a contar con este espacio? Pero no se trata de la historia que a él le venga en ganas, sino de la historia posible de ser “compaginada”

desde las prácticas futuras de apropiación habitacional. De modo que la metodología determina al diseñador a tomar una postura ética-ideológica “frente a” las prácticas de los usuarios que reconfigurará con su relato arquitectónico. La siguiente pregunta es ¿Cómo voy a contar esta historia a través del espacio? Aquí es donde las estrategias estéticas comienzan a sustentarse y justificarse en las gramáticas semio-narrativas del relato espacial.

4. Sobre las aplicaciones metodológicas: Los objetos de análisis.

La selección de los tres casos arquitectónicos tratados en el Capítulo VI. ha sido realizada con tres criterios complementarios:

El primero de ellos es el de proveer *muestras de arquitectura temática*. Si se quiere, toda arquitectura es temática, las prácticas habitacionales tienen “temas”, sus actividades se tipifican, su arquitectura adquiere identidad relativamente estable en función de su “programa” de necesidades funcionales. Sobre esta condición nos ubicamos para seleccionar temáticas *simples y claras* que favorezcan la comprobación de las tesis, es decir, que el programa funcional sea lo suficientemente simple tanto como para agilizar su lectura descriptiva, y su tema habitacional lo suficientemente claro para facilitar el reconocimiento del vínculo entre su práctica habitacional y su ficción narrativa, su apropiación y su relato.

Las tres muestras que veremos cumplen esta condición. El auditorio cerrado “Juan Victoria” de la ciudad de San Juan sigue siendo uno de los mejores de Latinoamérica por su tratamiento acústico, pero sobre todo cuenta con un programa funcional de comprensión inmediata. El “Centro Deportivo Caballito”, (hoy adquirido por la red de gimnasios cerrados “Megatlón”) y el “Templo bautista de Barrio Norte”, ambos ubicados en barrios de la ciudad de Buenos Aires, repiten sus condiciones de simplicidad y claridad temática. Un auditorio de música, un gimnasio y un templo en los que nos preguntamos por sus relatos espaciales: ¿qué ficciones construyen para escuchar música, para mantenerse en forma, para celebrar a Dios?

Otro criterio para la selección de estas muestras es el *comparativo*. Los tres temas habitacionales son decididamente diferentes entre sí, comportan prácticas muy distantes y sus espacios condiciones morfológicas contrastantes. Esta distancia global

es la que buscamos para enriquecer al análisis comparativo. Utilizamos un mismo modelo generativo y un mismo meta-lenguaje descriptivo de pretensiones universales aplicado a ejemplos particulares opuestos; en la comparación de resultados diferentes confirmamos la aplicabilidad y coherencia global del modelo.

Pero buscamos un segundo objetivo con el análisis comparativo, el de confirmar la *reversibilidad del modelo*, que el modelo generativo pueda ser aplicado como modelo descriptivo y como modelo predictivo, sobre todo como *predictivo*. Recuerdo una vez más que desde el principio buscamos herramientas para diseñar y no para describir, pautas metodológicas semio-narrativas que colaboren y organicen el proceso creativo, que tengan efectividad en la producción de sentido y que comprometan al diseñador en la determinación directa de este sentido sobre las prácticas de apropiación futuras a su proyecto. Por eso es que las muestras también se diferencian y comparan como “obra terminada” o “proyecto de diseño”. El auditorio fue construido en el año 1966, y sobre él realizaremos un análisis descriptivo. En cambio, el gimnasio y el templo son proyectos de reciclajes de menor envergadura, cuya obra está a medio terminar en la actualidad, y sobre los cuales mi trabajo de diseño exploró herramientas semio-narrativas para definir el partido (el núcleo central del proyecto), y para nosotros es fundamental comprobar la validez de las tesis desde este lugar primario, desde la gestación creativa del proyecto más que desde su solvencia descriptiva. En tal sentido, la modestia de las dos obras de reciclaje tampoco son cosa accidental; no nos hacen falta obras de gran envergadura y altos presupuestos para comprobar estas tesis pues no dependen de ello; por el contrario, mi pretensión es mostrar la potencialidad creativa del modelo, el acceso directo que nos brinda a la poética narrativa de la arquitectura y sus determinaciones sobre las prácticas de lo cotidiano para el habitante, y en medio de los condicionantes más comunes con los cuáles debemos lidiar los arquitectos, presupuestos limitados, programas de necesidades predeterminados por encargo, e incluso estructuras arquitectónicas previas como es el caso de las obras de reciclaje.

Desde el principio la teoría del espacio narrativo reivindica el lugar originario de su interpretante más propio y por ende se concibe como una teoría arquitectónica de lo cotidiano, en el extremo opuesto de la arquitectura autoreferencial o de tendencia que suele abusar de las obras monumentales para sus justificaciones.

Finalmente, las muestras temáticas, sus datos, se convierten en objeto de conocimiento tras un tercer criterio selectivo, *la coherencia interna y global del recorrido generativo*. Sabemos que “el texto” es el objeto construido a partir del vertimiento de los contenidos semánticos a lo largo de su recorrido entre los niveles de la competencia semiótica, y del mismo modo lo será para cada *texto arquitectónico* proveniente de nuestros tres casos; solo que ahora “el recorte de los datos” no proviene del lugar neutro del investigador sino primeramente de la reconstrucción del *punto de vista* que asumamos metodológicamente para el receptor-habitante de cada práctica de apropiación. En los tres casos optaremos por un punto de vista territorial, (la mirada del *melómano*, del *gimnasta*, del *feligrés*) restringiéndonos a una lectura de sitio y dejando entre paréntesis las lecturas de borde (de su contexto urbano). Pero asimismo en los tres casos el objeto-texto arquitectónico es construido por la coherencia interna del modelo, que vierte los contenidos de nivel a nivel, de su enunciación a su historia, y de sus estratos profundos a los superficiales. Del mismo modo, nuestras tres tesis se comprueban entre sí mismas por la coherencia que nos confirmen en el encadenamiento dentro del modelo global de competencia, para cada una de las aplicaciones metodológicas.

En cuanto a la documentación suplementaria dispondremos de un *Anexo (V)* para adjuntar material gráfico y técnico de las obras que será de utilidad al lector para reconstruir tridimensionalmente el espacio sobre el cual estaremos haciendo las referencias.

5. Agradecimientos

Mi profundo sentido de gratitud a mi director, Arq. Roberto Doberti, y a mi consejera de estudios Prof. Elvira Arnoux. Fueron de gran ayuda orientadora para los contenidos de este trabajo, y asimismo de importante contención humana y académica al hacerme partícipe del Laboratorio de Morfología de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, y del Instituto de Lingüística de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Sin duda, del mismo valor incalculable fue la ayuda recibida por la cátedra de Morfología I de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de San Juan del año 1993, en especial por el arquitecto Mario Para Baldi, y por la Profesora Amira

Cano de la Facultad de Ciencias Sociales de la misma universidad, con quienes di los primeros pasos en la actividad docente y de investigación.

Bruno Chuk.

1.2. Teoría del sujeto y teoría semiótica en Arquitectura

1.2.1. Semióticas descriptivistas

Ya hemos advertido que estamos ante una tesis teórica y no histórica. Sin embargo, nos será de gran ayuda para situarnos en su marco-problema comprender el contexto histórico en el cual las teorías de la arquitectura se apropiaron de las ciencias del lenguaje y delinearon sus abordajes semióticos.

Sabemos que la semiología europea, estructuralista, es la que en un principio “desembarca” en la arquitectura fundamentalmente por el puente de los teóricos italianos, y sobre fines de la década del 50’ y los 60’ del siglo pasado.

En el momento preciso en el cual se abre esta exploración mutua entre semiología y arquitectura, el *modernismo* (en arquitectura) está entrando en una fuerte crisis que movilizará las búsquedas de la *neovanguardia* (de la cuál hablaremos en seguida), las cuales finalmente fueron a desembocar en el comienzo del *posmodernismo*.

Cuando la semiología se encuentra en la arquitectura con la finalización o sobrevivencia del modernismo, queda inserta en una disputa de defensa y ataque, adelanto y retroceso del movimiento moderno. Dentro de la teoría y crítica de la arquitectura queda así constituida una *formación discursiva* de un carácter notoriamente polémico, en la cual ciertos teóricos se apropiarían parcialmente de algunas categorías del saber semiológico para dar cuentas del comienzo del posmodernismo, pero por lo general la teoría y crítica europea, y como es de costumbre con una incidencia primordial en la Argentina, haría uso de la semiología para reforzar el andamiaje de postulados modernistas.

No nos interesa aquí entrar en el inventario de los problemas teóricos que eran abordados por los críticos de la arquitectura por aquellos años (no es nuestro tema), sino advertir, en la emergencia de su formación discursiva, el cause que ésta demarcó y restringió para las aplicaciones de la semiología en arquitectura. Por eso citaremos, entre muchas otras posibilidades, dos fuentes que sobre todo tienen en nuestro país un gran valor testimonial: *¿Es la arquitectura un lenguaje, y en qué sentidos?* es la antología de ponencias del II Encuentro Internacional de Críticos de la Arquitectura

que se realizó en Buenos Aires en 1980; *Arquitectura como semiótica*, en cambio, es un libro italiano de un grupo de autores que fue editado por Nueva Visión en 1971 en Argentina, y que con un índice más que elocuente, A. Lengua y habla; B. Significante y significado; C. Sintagma y sistema; D. Denotación y connotación¹, ofrecía de manera introductoria un conjunto de variantes para aplicar estas categorías al espacio arquitectónico.

La polémica reivindicatoria y descalificatoria del modernismo comenzó a demarcar los abordajes semióticos en tres aspectos simultáneos: 1) *La reducción de la relación de significación a la función físico-mecánica de los ambientes*; 2) *La delimitación de la condición semiótica del espacio a un nivel o área de análisis "entre otros" del hecho arquitectónico*; 3) *La derivación de la semiología como meta-lenguaje descriptivo de los críticos de la arquitectura*.

1) En total coincidencia con los postulados modernistas, e incluso declarando explícitamente la herencia corbuseriana², la particularidad de la significación arquitectónica fue entendida en términos de *signo-función*. Los autores de *Arquitectura como Semiótica* reúnen allí las posiciones coincidentes entre Roland Barthes, Umberto Eco y Renato De Fusco en torno a esta definición, pues "Hemos dicho que el objeto arquitectónico puede denotar la función o connotar determinada ideología de la función. Pero también puede connotar otras cosas..."³, y, "Significante, significado y función sustituirían, pues, y de una manera bastante más completa, al viejo binomio *forma-función*, cargado ya de demasiados sentidos para poder significar definitivamente alguno...El signo-función permite un estudio de la arquitectura, no en vista de una relación de causa-efecto, sino de confluencia del factor pragmático primario [el subrayado es nuestro] con el sintáctico del significante y con el semántico del significado en un proceso unitario de significación."⁴ Y resumen Rossi y otros que "Proponemos llamar a estos signos semiológicos, de origen utilitario [el subrayado es nuestro], funciones-signos."⁵

¹ Centro de Documentación de Arte y Arquitectura para América Latina, *¿Es la arquitectura un lenguaje, y en qué sentidos?* Antología crítica editada por Jorge Glusberg; y de José María Rodríguez, Clelia Rossi, Silvio Salgarelli y Giuseppe Zimbone, *Arquitectura como semiótica*. Véase Bibliografía.

² Es el caso de Umberto Eco, en su tesis de sub-codificación arquitectónica. *La estructura ausente*, ps 373-376.

³ *ibid.* P. 323

⁴ Renato de Fusco, *Architettura come mass-medium*, ps. 174-175, citado en *Arquitectura como semiótica*, p.49.

⁵ *ibid.* P. 48

Más allá de la distancia entre Eco y De Fusco en cuanto al lugar del “referente” , que en el primero es negado a cambio de un sistema antropológico interno al código arquitectónico, y en el segundo aceptado como un “tercero pragmático”, la coincidencia con el postulado modernista es aquí la clave que queremos notar: ese “viejo binomio *forma-función*” es precisamente una de las banderas que levantó el modernismo contra los neoclasicismos, y apropiándose de las exploraciones del neoplasticismo y sus corrientes contemporáneas realizó la operación de “limpieza y depuración” de las formas, sometiéndolas como efecto a su causa a la función utilitaria. Pero, si “la novedad” del aporte semiológico a la arquitectura sería en aquel entonces disolver el binomio como causa-efecto y reponer el mismo par en una teoría del signo, sea hacia lo inmanente de un sistema o hacia un tercer referente-externo, lo que no cambia en ningún caso es el substrato ideológico, modernista por excelencia, por el cual la *función* es subsumida en la *utilidad*, y la utilidad en lo *mecánico*. De hecho, esta correspondencia de principios ideológicos y estéticos entre semiólogos y modernistas fue bienvenida en el terreno de los críticos, pues, siempre y cuando la *utilidad* se refiriese al *servicio tecnológico* de los componentes constructivos o al *servicio físico-mecánico* de las prácticas de uso de los ambientes, todo iría sobre carriles: “La arquitectura cuenta con ciertos signos (o función-signo, como propuso Barthes) cuyos significantes (por ej.: pared, techo, ventanas, espacios [sic], etc.) van unidos a significados que no son convencionales como en el lenguaje sino naturales (la pared sostiene, cierra o aísla; la ventana deja entrar el aire y la luz, etc.)...Es decir, que en arquitectura el signo por lo general no es arbitrario o convencional como en el lenguaje, aunque en ciertas circunstancias podría llegar a serlo según se amplíen o se fuercen [el subrayado es nuestro] recursos tecnológicos o expresivos. De la misma manera, una columna puede ser genuinamente un elemento de sostén o puede ser una falsa columna utilizada como recurso visual-compositivo, pero, aquí cabe señalar que el movimiento moderno en arquitectura propició una “ética” y autenticidad entre el significante y significado y no legitimó recursos compositivos que no respondiesen a situaciones reales”⁶

Podríamos dedicarnos a explorar el tremendo problema que tuvo la crítica de la arquitectura al utilizar el concepto de signo-función, mezclando en la *función* la utilidad tecnológica para el significante y la utilidad físico-mecánica (los movimientos

⁶ Odilia Suárez, *¿Es la arquitectura un Lenguaje...*, p. 67.

del cuerpo en los usos de los ambientes) para el significado, sin que hablemos de la incertidumbre acerca de la inclusión o no del referente en las relaciones de significación, pero, nuestro parecer es que el problema de fondo se halla en la *teoría del sujeto* que estaba sustentando este abordaje:

La *función* es subsumida en la utilidad porque la *existencia* sufre la misma reducción en la concepción del sujeto del habitar. Al mismo tiempo que Eco postula su tesis de subcodificación arquitectónica retomando el tema a través de las renovaciones urbanistas en los planteos de Le Corbusier, señala que “Le Corbusier, antes de practicar la operación arquitectónica, ha realizado una investigación sobre las nuevas exigencias, los *desiderata existenciales*, las tendencias implícitas en el desarrollo de la vida asociada en la ciudad industrial”⁷. Bien, ¿bajo qué criterios los “*desiderata existenciales*” son “tendencias” de la ciudad industrial, “nuevas exigencias” del desarrollo de la vida? Es que, al mismo tiempo que Le Corbusier denunciaba “La era maquinista lo ha trastornado todo...nos queda una constante: el hombre, con su razón y sus pasiones –su espíritu y su corazón- y, en este asunto de la arquitectura, el hombre con *sus dimensiones*.”⁸ estas “dimensiones” serán asimismo traducidas por él en su “máquina de habitar”:

“Una casa: pisos iluminados.

¿Para qué? Para vivir en ellos.

¿Cuál es la base de la vida?: *Respirar*.

¿Respirar qué? ¿Caliente, frío, seco, húmedo?

Respirar un aire puro a temperatura constante y con humedad regular.”⁹

En la misma medida en que la condición existencial del habitar fue sometida a la reducción modernista de la “máquina”, los abordajes semióticos redujeron al signo-función a su utilidad maquinista, cercenaron la significación del espacio y quedaron al servicio de esta operación que hizo de ellos un gran conjunto de taxonomías alternativas aptas para la polémica teórica. Pero esto es precisamente lo que en esta tesis nosotros habremos de evitar: sólo recuperando al *habitante* en cuanto *condición existencial del habitar* podremos luego reformular para la arquitectura el concepto de signo-función. Lo que está en juego en la *factualidad* del discurso arquitectónico no es

⁷ Umberto Eco, op.cit., p.375.

⁸ Le Corbusier, *Precisiones respecto a un estado actual de la arquitectura y el urbanismo*, p. 46-47.

⁹ ibid. P. 85

la función utilitaria, sino la condición existencial del ser-ahí, de un ser exocéntrico, abierto al mundo.

2) Aunque ya estaba claro, en aquel contexto, que sostener al binomio modernista de forma-función a través de la semiología no haría más que reforzar el mismo problema por el cual al fin surgirían las morfologías posmodernistas. Aquel “principio de ética y autenticidad” entre significante y significado caía en el descrédito después de ver la estandarización de la arquitectura internacional, cuyos propósitos estaban bien lejos de una ética y estética de las formas en arquitectura, y cuyo “lenguaje” dejaba fuera grandes potencialidades expresivas para el diseño arquitectónico. Surgió así desde del seno del pensamiento modernista una propuesta con aspiraciones integradoras: “La arquitectura posee un lenguaje que, por su localización dentro del campo del arte, tiene diferentes niveles de expresión: el estético, el antropológico y el funcional. Así la obra puede ser un signo e identificarse con el estado de ánimo del autor y con el que evoca en el público receptor [sic]; tiene además un valor por el cual es capaz de reseñar y caracterizar el contexto general de los fenómenos sociales que le rodean, y por último muestra una estructura que cubre las necesidades de funcionalidad que le son inherentes”¹⁰. La mayor parte de las veces esta alternativa de integrar al hecho arquitectónico en diferentes niveles aparecía en la teoría de la arquitectura como la conjunción de cuatro áreas: el semiológico (reconociendo al espacio arquitectónico como objeto comunicacional); el morfológico (dedicado a los fenómenos de percepción y geometría del espacio); y luego el funcional volvía a dividirse: el área propiamente funcional recogía la herencia funcionalista y el área tecnológico tomaba al espacio como objeto industrial al servicio de la calidad ambiental.

De todos modos, en el intento por responder al cuestionamiento de su reduccionismo, el pensamiento modernista comenzó a disecar al objeto arquitectónico para no dejar nada fuera de él, pero en la confrontación con un hecho legítimamente multidimensional como es el arquitectónico, comenzó a extraviar el referente de su lenguaje: ¿Cuál es la “cosa” del texto arquitectónico? ¿En qué universo de sentido hay que ubicar sus isotopías*? En realidad la propuesta logró precisamente el efecto contrario: generó exploraciones *sobre* lo semiológico, *sobre* lo tecnológico, y *sobre* lo

¹⁰ Louise Noelle Gras de Mercedes, *¿Es la arquitectura un lenguaje...* p. 103.

demás que en última instancia habrían de integrarse en la “caja negra” del genio creativo del diseñador.

Ciertamente nosotros coincidimos con la tesis de subcodificación de Umberto Eco y su consecuente modelo de signo arquitectónico mixto (motivado para la denotación, convencional para la connotación), cuando es reivindicado el valor de la connotación simbólica-ideológica como el ingrediente semántico que puede reincidir sobre la denotación de las funciones primarias, pues, “utilizaremos los términos *función primaria* (la que se denota) y *funciones secundarias* (que son connotadas). Se sobreentiende (y resulta de lo que hemos dicho) que las expresiones “primaria” y “secundaria” no tienen valor discriminativo en sentido axiológico (como si una fuera más importante que la otra), sino de pura mecánica semiótica, [s.n.] en el sentido de que las funciones secundarias se apoyan en la denotación primaria”¹¹, y luego, “lo que era este algo [por el valor simbólico del significado] se vino definiendo por medio de subcódigos connotativos que se basaban en las convenciones culturales y en el patrimonio del saber de un grupo y una época determinadas, y marcados por un ámbito ideológico particular y congruente con ellos.”¹² Para que, finalmente, reconociendo en el sistema de significación arquitectónico una variancia de consumo, recuperación y resemantización mucho más dinámica que en otros sistemas, “*el arquitecto debe proyectar funciones primarias variables y funciones secundarias abiertas.*”¹³

Ahora bien, en manos del pensamiento modernista, esta tesis significó en primer lugar reconocer el lugar interdisciplinario de la arquitectura¹⁴, pero, de ese modo los subcódigos dejaron de ser los idiosincrásicos, los reconocibles en las prácticas habitacionales, para revertir su perfil hacia nuevos saberes antropológicos y psicológicos cuya exclusividad volvía a recaer sobre los teóricos y críticos, y cuya dispersión de variables volvía a extraviar la condición primera, la condición existencial del *ser cabe**, su habitar, perdida ya desde antes al reducir la denotación a la función utilitaria. Creemos entonces que el prólogo de Mario Gaviria hace justicia al trabajo de Moles cuando anticipa que “Este libro de “Sicología del espacio” no es un libro de sicología. Es mucho más. Es un libro lleno de ideas sobre la relación entre el

¹¹ Umberto Eco, op.cit. p. 343.

¹² ibid. p 344.

¹³ ibid. p 390.

¹⁴ El propio Eco lo subraya hacia el final de la exposición. Cf. Sección C. 2. II.7, p 388.

espacio y el hombre, a la vez Antropología, Ecología, Sociología, Ciencia Ficción, Surrealismo y “Boutades”.¹⁵ Precisamente: todo eso a la vez.

3) Entonces sucedió lo de la “caja negra” en el campo de la práctica del diseño. Si la semiología en arquitectura quedaría atrapada en el viejo postulado modernista o bien, extraviada en una dispersión de saberes que la transformaba en pura logotecnia para los críticos, de casi imposible articulación e integración, ¿de qué serviría para la concreta actividad del diseñador? En efecto, al mismo tiempo que comenzaron a multiplicarse las alternativas posmodernistas comenzó a erigirse un rechazo generalizado sobre todo lo que fuera “semiológico o semiótico” en el mundo diario de los talleres de diseño y arquitectura. Nuestra experiencia nos dice que este deslinde sigue existiendo hasta el día de hoy, aún incluso con el reconocimiento que tienen las consultoras de análisis del discurso. En el ejercicio concreto de responder a la encomienda de un trabajo que implique sobre todo *signos visuales*, el isotipo de una empresa por ejemplo, hay dos sujetos: la consultora de análisis del discurso hace los sondeos, sintetiza los datos, y luego *encomienda* al segundo sujeto, el estudio de diseño, la composición del isotipo con las pautas de diseño resultante de su análisis. Luego, el estudio de diseño compone el isotipo, pero con saberes y prácticas que distan mucho de los primeros, y finalmente suele suceder que la lectura interpretativa del isotipo terminado es diferente y hasta opuesta entre la descripción de un estudio y otro. Este deslinde de saberes y prácticas entre semiólogos y diseñadores puede verse incluso en los manuales prácticos de diseño más completos de nuestro país¹⁶, donde los conocimientos y bibliografías giran en torno al tema de la percepción visual, en torno al signifiante, pero menguan en una sistematización de sus semióticas.

Por cierto, no estamos tampoco aquí postulando la univocidad del sentido contra su polisemia y sus múltiples focalizaciones, que es una marca distintiva sobre todo en arquitectura. No se trata de eso. Se trata de reconocer sobre las prácticas de producción un problema heredado por los abordajes semióticos del modernismo: pues el deslinde que vemos en las prácticas de diseño se corresponde con el deslinde nunca resuelto entre signifiante y significado del signo arquitectónico. El problema de fondo queda gravitando sobre *la relación de significación inmanente determinada por la semiosis en que es asumido el texto arquitectónico*, relación que en última instancia volverá a ser resuelta por la lectura de los críticos, que ponen su saber descriptivo en

¹⁵ Se trata del prólogo a *Sicología del espacio*, Madrid, Aguilera, 1972.

correspondencia con el “genio creativo de los grandes” y truecan el problema semiótico por una discusión estilística. Viene a suceder entonces que “el nivel enunciativo” de sus textos mantiene la pretensión de un esquema bipolar como en las lenguas naturales, el sujeto enunciador se trueca por el autor real de la obra, el arquitecto, y el enunciatario es trocado por un vacío llamado “usuario”, pero, he aquí el punto, este incumplimiento del postulado de inmanencia* les permite reponer por encatálisis* al “sujeto de la enunciación” implícita, como su propio saber crítico acerca de los códigos secretos de los grandes arquitectos, incluyendo la psicología del autor: “El empleo del vocabulario semiótico y lingüístico en la crítica de la arquitectura es positivo, ya que ha legitimado a la arquitectura en el circuito de la moderna crítica [s.n.]...¿En qué sentido la arquitectura es un lenguaje? En tantos sentidos como interpretaciones sean posibles...El movimiento moderno no se basa en un único lenguaje. Entre los sistemas expresivos de Frank Lloyd Wright y los de Le Corbusier, por ejemplo, las diferencias son enormes.”¹⁷ Y luego, “La estructura arquitectónica – el objeto- resulta cada vez más determinada por el sujeto. Así, en Le Corbusier la arquitectura es definida casi exclusivamente en términos de la presencia del sujeto; su organización formal y belleza resultan descriptas como la función de un sujeto, [s.n.] de modo que el cuerpo, la dimensión de lo imaginario y lo inconciente son articulados en la dimensión formal.”¹⁸

¿Dónde quedó, en todo esto, el “nivel enuncivo”, cuál es la “historia contada” por el texto arquitectónico? Precisamente, la operación de suplantarse al *interpretante** del *habitar* por el saber crítico como focalización enunciativa es funcional con la operación de reemplazar al relato enuncivo por la descripción taxonómica.

Por eso mismo, en este contexto interdisciplinario entre semióticas* y arquitectura, nos consideramos herederos de los postulados fundamentales que ha planteado Roberto Doberti en la *Teoría del Habitar*¹⁹ desde la Universidad de Buenos Aires. En tanto que, en el hecho de reconocer en las prácticas sociales las determinaciones articuladas del *sistema del hablar* y del *sistema del habitar*, pues “Cada práctica social se constituye por la selección y ejercicio de ciertas unidades del

¹⁶ Por ejemplo, Guillermo Gonzalez Ruiz, *Estudio de diseño*, Buenos Aires, Emecé, 1994.

¹⁷ Bruno Zevi, *¿Es la arquitectura un lenguaje...?*, ps 92-93.

¹⁸ Mario Gandelsonas, *ibid.* p 101.

¹⁹ Roberto Doberti, *Lineamientos para una teoría del Habitar*, Consejo de Arquitectos de la Provincia de Buenos Aires en colaboración con el Laboratorio de Morfología de la FADU-UBA, 1992

hablar y del habitar que son realizadas por los participantes en esa práctica”²⁰ nos permite afianzar una postura epistemológica para la semiótica de la arquitectura en la cual: situamos al discurso del espacio arquitectónico en la semiosis de las prácticas del habitar, entendemos la relación de significación entre el plano de la expresión y del contenido como relación entre significante espacial y conducta de apropiación habitacional, y finalmente reconocemos el postulado de inmanencia para el sistema de significación arquitectónico, capaz de *hacer texto* y narrar las prácticas en el seno de sus mismas realizaciones.

I.2.2. La neo-vanguardia en arquitectura y el sujeto de la modernidad

Más allá de las posturas epistemológicas acerca del objeto semiótico de la arquitectura, queremos señalar en el fundamento de estas posturas y sus abordajes la incidencia determinante de las *teorías del sujeto del habitar* que gobernaban todos sus desarrollos. Pues veremos seguidamente que la triple relación entre sujeto-espacio-tiempo es la clave primaria para acceder a cada concepción de sujeto del habitar, y a cada propuesta de semiótica del espacio construida a partir de allí. Y es por eso que nos interesa en especial el llamado movimiento de *neovanguardia* en arquitectura²¹, pues, señala Piñón que “ En la arquitectura de las neovanguardias...el reconocimiento de la lógica interna de la arquitectura asegura su posibilidad de supervivencia, aun al margen de su producción, y el sistema de principios que configura cada doctrina es, a la vez, código normativo y parámetro crítico; la garantía de su propia autoregulación. En el primer caso, podría hablarse de una idea tácita de autonomía, comprendida en la asunción básica de una heteronomía consubstancial a la práctica arquitectónica; en la segunda la autonomía adquiere un carácter ideológico que trata de asignar al arquitecto el papel de experto en permanencias o contingencias formales –en este caso el matiz sería un simple gesto costumbrista-, ajeno a los problemas de producción, con el solo cometido de suministrar signos arquitectónicos al hipermercado que abastece a

²⁰ *ibid.* p 11.

una sociedad estructurada como mosaico de subculturas programadas.²² En el mismo movimiento en el cual era reconocido el fracaso del reduccionismo funcionalista y el nuevo valor de las convenciones socioculturales en la significación de sus formas, la neovanguardia intenta por diferentes caminos desprenderse del dogma modernista recuperando a la vez la autonomía de su disciplina, autonomía aún respecto de la marcha del avance tecnológico, y fue por eso que la neovanguardia se mostró como camino legítimo para el hallazgo de sistemas de significación más propios y auténticos del espacio arquitectónico. El movimiento se volvió un verdadero taller exploratorio de práctica de diseño y operación teórica en torno a la formulación de una semiótica específica, propia y de reglas autónomas del significante arquitectónico.

En este sentido, nuestra tesis puede considerarse también como reincidencia neovanguardista, como un regreso a esa búsqueda auténtica que reconoce en la arquitectura un sistema semiótico propio, antes del estallido del comercio figurativo del posmodernismo. Sin embargo, la neovanguardia arrastraba en su momento nociones de sujeto, espacio y tiempo heredadas de la modernidad y de la crítica de la modernidad sobre las cuales fundaba sus nuevas sintaxis, y sobre las cuales nosotros tomaremos posición crítica y distancia en lo teórico y en lo metodológico.

Pues en nuestro caso se trata de reconocer, en la trascendencia de su factualidad discursiva, una *temporalidad interna* a las prácticas del habitar que en la inmanencia de su sintaxis se corresponde con una *temporalidad narrativa* de una textualidad arquitectónica más propia. Por eso, en rigor nuestro problema meta-semiótico es *el tiempo*; las teorías del sujeto que la filosofía ofreció a la arquitectura hicieron depender la noción de espacialidad de la noción de temporalidad, ambas articuladas en el centro mismo de la construcción de la subjetividad. De ahí que nos interese en especial contraponer las posiciones de Peter Eisenman y John Hejduk con la de Aldo Rossi, dos posiciones neovanguardistas donde la temporalidad es la noción teórica rectora, en el primer caso como herencia de la modernidad, en el segundo como crítica fenomenológica de importantes correspondencias heideggerianas.

1) Neoracionalismo y espacio-tiempo kantiano

²¹ Tal como Helio Piñón clasifica las posiciones aparentemente divergentes de sus arquitectos más representativos como Robert Venturi, Peter Eisenman y Aldo Rossi. Helio Piñón, *Arquitectura de las neovanguardias*. Véase Bibliografía.

A. Espacio y tiempo en Kant

¿ Son seres reales? ¿Son sólo determinaciones o relaciones de las cosas pero de modo tal que estas determinaciones y relaciones corresponden a las cosas en sí mismas, aún cuando no fueran intuitadas, o espacio y tiempo son tales que sólo constituyen la forma de la intuición, la constitución subjetiva de nuestro espíritu?

Kant. Disertación de 1770

Ciertamente, la Ilustración como marco histórico del pensamiento de Kant ha hecho de las matemáticas el fundamento de todo objeto posible, y del sujeto *como sujeto que mensura*. El idealismo racionalista de Kant se despoja de todo residuo substancialista del realismo aristotélico para instaurar el objeto para el conocimiento, lejos ya de la cosa en sí. Pero al mismo tiempo, en la Crítica de la Razón Pura el mismo Kant se desprende de un idealismo absoluto “*Pues de un objeto y de su existencia no se puede por meros conceptos pasar a la existencia de otro o a su modo de existir, analicense cuanto se quiera dichos conceptos. ¿Qué camino nos queda libre? La posibilidad de la experiencia...*”²³ De modo que como sabemos es un racionalismo que acepta el impacto de algo *allí fuera*, pero a lo cual no tenemos acceso más que por las formas de la intuición *allí dentro*. Un paso delante de los conceptos puros (o categorías trascendentales), y un paso antes del contacto con el mundo, un paso antes que es posibilidad de la experiencia, ese lugar intermedio pero interno al sujeto es el que Kant reserva para el espacio y el tiempo, las intuiciones formales o juicios sintéticos a priori.

De modo que aquel fundamento primero de Kant, definir los límites de la razón, pone un límite en ese lugar intermedio antes del contacto y antes de la experiencia, pues lo que está después no puede ser pensado, se nos vuelve una maraña de impresiones desordenadas. Y la Pragmática y sus postulados empíricos no serán, por cierto, la práctica experiencial, sino las formas de la experiencia *posible*.

²² *ibid.* p. 11.

²³ Emanuel Kant, *Crítica de la Razón Pura*, p 97.

El mundo de este sujeto-dentro de los límites de la razón, es a su vez el mundo desdoblado de Parménides. “Lo que, en el fenómeno, contiene la condición de esa regla necesaria de la aprehensión (el necesario enlace de lo múltiple), es el objeto... Que algo sucede, es decir, que algo que no era adviene, no puede percibirse empíricamente, como no preceda de un fenómeno que no contenga en sí ese estado”²⁴

Sabemos que en Kant ese mundo percibido sigue desdoblado en una aprehensión o captación de las cosas como múltiples impresiones, y una representación que construye un fenómeno objetivo. Sin esta representación que opera por leyes de enlaces de lo múltiple, nada puede advenir a la mente. Y lo que queda pues a la Verdad, es *corresponder* entre la representación del fenómeno y la aprehensión de lo múltiple.

Así, espacio y tiempo no son sólo formas de la intuición del sujeto que hacen posible captar el mundo, sino la garantía matemática de la verdad por correspondencia.

Vale el recordatorio anterior para situarnos desde ya en la relación entre sujeto, espacio y tiempo del paradigma kantiano. Espacio y tiempo, como sintéticos a priori, conforman las apercepciones originarias de la experiencia posible, y como tales pertenecen al sujeto que conoce, se hallan, por decirlo de algún modo, del lado del sujeto y los límites de su razón. Espacio y tiempo acontecen como *leyes formales de enlace*.

Estas formas espaciales y temporales operan como esquemas que enlazan las impresiones venidas del exterior. Como principios del entendimiento puro, o “reglas del uso objetivo de las categorías”²⁵, no sólo enlazan lo múltiple en esquemas formales, sino estos esquemas con las categorías formales puras.

En la *Crítica* Kant agrega una nota aclaratoria que orienta el desarrollo posterior de los enlaces formales²⁶. Dos grandes enlaces se describen aquí:

Enlaces por composición son aquellos que operan una síntesis matemática por semejanza. Luego, esta semejanza puede ser por *magnitudes extensivas* (por las cuales desarrolla los *axiomas de la intuición –intuiciones puras de espacio o tiempo–*) o por *magnitudes de grado o intensivas* (por las cuales desarrolla las *anticipaciones de la*

²⁴ *ibid.*: p 63

²⁵ *ibid.*: p 16.

²⁶ *ibid.*: p 17

percepción). En principio, de la síntesis matemática por composición o semejanza dependen las magnitudes de grado que operan como sintéticos a priori en la física.

Todo conduce pues a relacionar los enlaces por semejanza con la primacía de *magnitudes espaciales*, pues el espacio se extiende o se concentra. (“Primacía” porque no queda claro desde el principio que estos enlaces sean puramente espaciales y no también temporales. Señala Kant que los fenómenos no pueden ser recogidos en la conciencia “sino por medio de la síntesis de lo múltiple, mediante la cual se producen las representaciones de un determinado espacio o tiempo; es decir, por medio de la composición de lo semejante...”. Volveremos a estos deslizamientos entre espacio y tiempo más adelante).

Por ejemplo, el mismo Kant cita el caso de dos triángulos que se perciben como una síntesis ordenada: no se pertenecen, pero se reconocen en una unidad de semejanza. El “esquema formal” triángulo, en cuanto intuición pura, nos permite ver sus semejanzas angulares, su igual cantidad de lados y de vértices...todo ello porque se “extienden”. Agreguemos a ello que si los objetos de la percepción no son sólo intuiciones puras sino que contienen materia “representada por el espacio y tiempo”, tal materia incorpora una gradabilidad. Si los triángulos se nos representan rojos, pues bien, ese rojo es definido por cierta intensidad de rojo, según la concentración de materia en los triángulos, de la que depende su color.

Enlaces por nexos son, en cambio, enlaces de partes disemejantes que se pertenecen unas a otras por una relación, y no por una magnitud. Dichas relaciones son puramente temporales o dinámicas (no extensionales), y sobre estos tipos de enlaces Kant desarrolla el tercer principio de *Analogías de la experiencia*. Analogías a priori del tiempo que ordenan temporalmente toda experiencia posible.

Sobre estas analogías me detendré más adelante. Por ahora, podemos advertir que hay en Kant una prioridad fundante de estos tres principios (intuiciones, anticipaciones, analogías) basados en el tiempo. Pues el tiempo aparece fundando los dos tipos de enlaces: Mientras que en los enlaces por composición el tiempo es tomado con el espacio como intuiciones puras, de modo que el tiempo aparece como *magnitud* extensiva pura, y ahora sí, como un tiempo espacializado por un espacio de magnitudes puras, en los enlaces por nexos el tiempo extensivo aparece como *modos* temporales de relación. Modos que a su vez son de algo que los soporta, una duración

(extensiva) permanente. De modo que cuando escuchamos la voz de Heidegger reclamar sobre el ente cartesiano, *“El ente que Descartes trata de definir de un modo ontológico fundamental con la extensio...Este ente es el que es siempre lo que él es; de donde que constituya el verdadero ser del ente empírico del mundo, un ser del que puede mostrarse...constante permanecer...Es lo que conoce la matemática”...*,²⁷ no hemos de entender nosotros como entonces lo haría Heidegger que “el tiempo es espacializado”, como si el espacio fuese una categoría que empaña y oscurece la verdadera temporalidad del ser. Por el contrario, en rigor ocurre que *tanto el tiempo como el espacio son pensados como extensiones* bajo el presupuesto cartesiano, asumido por Kant, de un ente-mundo que es *permanencia*, es decir, extensión que dura.

Este es el punto en que Kant roza el residuo del que quiere desprenderse; desea eliminar el “residuo substancialista” de Descartes por medio de los sintéticos a priori, internos al sujeto trascendental, pero para ello resulta conservar el mismo presupuesto de substancia como permanencia, y adjudicar a esta permanencia extensional la categoría de *tiempo*, pues *“Todos los fenómenos son en el tiempo, en el cual como substrato (como forma permanente de la intuición interna), pueden ser representadas tanto la simultaneidad como la sucesión...”* y luego *“el substrato empero de todo lo real, es decir, de lo perteneciente a la existencia de las cosas, es la substancia...”* y luego *“Por consiguiente lo permanente, en relación con lo cual solamente pueden ser determinadas todas las relaciones temporales de los fenómenos, es la substancia en el fenómeno, es decir de lo real del mismo que, como substrato de todo cambio, queda siempre el mismo.”*²⁸

El presupuesto cartesiano está pues deslizado en estos párrafos, que van desde el tiempo como substrato formal al tiempo como substrato substancial de todo cambio posible en ella, deslizamiento que se produce por la condición de *permanencia*, y de la permanencia como *duración eterna*. Es este punto de inflexión en donde Kant delimita al tiempo como a priori, pero a la vez lo presupone como substancia, tanto que la idea de tiempo es retomada en la Crítica de la Razón Práctica, como aquel tiempo eterno que garantiza el eterno progreso del hombre hacia el Bien Supremo. Precisamente, esa idea de eternidad que Kierkegaard cuestionaba de Kant. Pues es paradójico: partiendo de un principio de finitud humana para pensar los

²⁷ Martin Heidegger, *El Ser y el Tiempo*, § 21, p 111.

límites, Kant acaba por pensar un tiempo de despliegue extensional eterno, (compatible a la idea de Dios como meta), que borra el límite de la propia muerte.

Requeríamos volver a la Crítica de Kant para ratificar este concepto central vertido en el apartado anterior, *que la espacialización del tiempo en la modernidad no es en rigor pensar al tiempo desde el espacio, sino el hecho de pensar a ambos desde el presupuesto de una substancia, de una idea de mundo como extensio perdurable*. E incluso, para Kant, pensar sobre todo el tiempo en tanto permanencia. Nos interesa notar que este presupuesto fue transportado al espacio racionalista del modernismo, retomado como “herencia legítima” por la neovanguardia en el caso de Eisenman y Hejduk, y arrastrado como filtración kantiana en la crítica de Heidegger, subyacente en la propuesta de Aldo Rossi.

¿Qué espacio y qué tiempo? El de Kant, pues, el espacio que es junto al tiempo espacializado, intuición formal a priori de toda espacialidad posible para cualquier habitante. Claro que, “cualquier habitante” en tanto sujeto trascendental, será decir “ningún habitante”. De pronto, los límites trascendentales borran la facticidad del habitar, puesto que la única empiria posible es la que garantiza la substancia que es *extensio*, y por lo tanto, la empiria de un espacio mensurable y geométrico. Queremos decir, ese mismo deslizamiento que en Kant vemos en torno al estatuto del tiempo como extensión, pretendidamente “sólo” formal, pero presupuestamente también substancial en tanto *extensio*, es el mismo deslizamiento que en arquitectura se produce con el espacio racionalista: pretendidamente “sólo formal” en tanto espacio geometrizado, pero en cuanto posibilidad de toda empiria, presupuestamente substancial a un sujeto que *habita mensurando*. Tanto es así que hasta el propio Heidegger vincula arquitectura con agrimensura al deslizar algunos ejemplos.²⁹

La empiria del habitar se ve reducida a su posibilidad geométrica, de modo que los espacios son los espacios formales de la geometría. Lo que dio comienzo en el Renacimiento como utopías urbanas continúa en el modernismo como condición de toda arquitectura, los espacios son limpiados de toda historia y valorados por sus

²⁸ E. Kant, op.cit. p 48.

²⁹ Véase M. Heidegger, op.cit. § 24, p 129. El punto en cuestión es que el “ser-ahí” es espacial, en el sentido de abrirse un espacio pero no en cuanto a “emitir” un espacio como intuición pura; en cuanto esto último, Heidegger asigna a la arquitectura misma la “tematización” del espacio métrico, una concepción modernista que intentamos revertir a lo largo de nuestra tesis.

condiciones mensurables: proporción, escala y estructura geométrica. El espacio habitable es al fin el espacio acorde al *cuerpo mensurable* del ser humano.

Pero más aún, como en Kant, donde el tiempo aparece espacializado en tanto intuición pura, la cotidianidad del habitar se reduce al tiempo mensurable de la función físico-motora de la circulación. El espacio no es el de los tiempos vivenciales, sino el de los tiempos de un organigrama funcional. Digamos, para citar un ejemplo sencillo que no nos detenga aquí: de las tres áreas de una vivienda, dormitorios, estar y servicios, lo “correcto” es pasar del estar a los servicios sin pasar por los dormitorios, y de los servicios a los dormitorios sin pasar por el estar...*Se espacializa un tiempo en tanto extensión circulatoria*, de modo que el espacio racionalista que consagra sus contenidos más profundos a su mensura geométrica converge con un espacio funcionalista que asume el tiempo como mensura circulatoria.

A veces, racionalismo y funcionalismo no son garantes mutuos si pensamos por ejemplo en algunos casos conocidos, pero no es ese el punto. Lo esencial es que un mismo presupuesto los funda a ambos en una misma idea de espacio. La substancia como permanencia y duración conduce hacia un espacio y tiempo como *extensio*. Pues lo que en el racionalismo garantiza los valores estéticos de la obra, son estas formas geométricas puras, que son eternas, supra-históricas, y que contienen *por sí* al tiempo de la duración eterna. Y este mismo tiempo mensurable es el que se asume como dogma funcionalista en el caso de los organigramas funcionales.

El espacio kantiano de la posibilidad empírica a priori, de los enlaces “por composición”, se vuelve en arquitectura el espacio racionalista que entrona las cualidades geométricas, y el espacio funcionalista del tiempo espacializado, que entrona las cualidades físico-motoras (zonificaciones y circulaciones), ambas cualidades mensurables, que por ello guardan los valores que son eternos y que perduran, y que, por último, garantizan el progreso de la humanidad.

B. El tiempo de la duración motora: Veremos entonces que el *neoracionalismo* representado en Eisenman y Hejduk haría uso de la Lingüística para quebrar el vínculo entre funcionalismo y racionalismo con una nueva propuesta de relación entre expresión y contenido, pero en el intento conservaría la herencia substancialista cartesiana que quedaba en el núcleo kantiano de espacio-tiempo categoriales, y sobre todo en cuanto al tiempo:

En efecto, habíamos señalado que hay para Kant primeramente dos tipos de enlaces entre lo múltiple de la aprehensión y lo sintético de la representación (y emergencia del fenómeno), y vimos ya los enlaces por composición que se realizan por “síntesis matemática”.

El segundo tipo de enlaces son llamados *enlaces por nexa* y aquí es donde Kant prioriza su reflexión en torno al tiempo, aunque el tiempo es ante todo su primer objeto de reflexión para los tres tipos de principios sintéticos a priori (axiomas de la intuición, anticipaciones y analogías de la experiencia).

A los enlaces por nexa corresponden el tercer tipo de a priori, las analogías de la experiencia, que ya no son magnitudes extensivas o intensivas, sino relaciones temporales de organización de toda experiencia posible. Las analogías son pues *modos del tiempo* con los cuales la experiencia se nos torna accesible. Entre estos modos Kant señala *el principio de la permanencia de la sustancia, el principio de sucesión y el principio de acción recíproca*.

De estos tres, el primero soporta a los dos siguientes puesto que en rigor la sucesión y la comunidad (acción recíproca) son modos o alteraciones de estado de algo que permanece eternamente en tanto sustancia, (esta es precisamente nuestra clave hermenéutica). De aquí que el primer principio postule al tiempo como lo que queda, como el substrato incambiante de toda alteración, es decir, como la sustancia de todo fenómeno. Pero esa sustancia es, de nuevo, permanencia *y por tanto* magnitud: “Solo mediante lo permanente recibe la existencia, en las diferentes partes de la serie temporal sucesiva, una magnitud llamada duración. Pues en la mera sucesión, la existencia está siempre desapareciendo y comenzando y jamás tiene la menor magnitud”.³² De modo que permanencia (eternidad) y duración son para Kant sinónimos de sustancia, una sustancia que es *duración temporal eterna*. La categoría de tiempo es el lugar del “yo trascendental” donde ha quedado el resto cartesiano.

³² E. Kant, op.cit. p 50.

Entonces, sobre esta substancia operan los modos de su existencia en tanto sucesivo o simultaneo. El *principio de sucesión* emerge a partir de la imposibilidad de ordenamiento que Kant entiende sobre la aprehensión de las cosas. De la mera aprehensión nos llega un ordenamiento caprichoso en la secuencia de un fenómeno a otro. Sólo cuando opera este principio se produce el enlace de percepciones entre estados anteriores y estados siguientes.

Pero el enlace no opera por mera intuición pura, no hay un esquema formal como en el caso de los triángulos, sino "...tiene que ser pensada la relación entre ambos estados de tal manera, que por ella quede determinado con necesidad cual de ellos debe ponerse antes y cual después y no a la inversa. El concepto, empero, que contenga una necesidad de unidad sintética, no puede ser más que un concepto puro del entendimiento, que no está en la percepción; es aquí el concepto de la relación de causa a efecto. [s. n.]"³³

Fundado el principio de la sucesión en una ley de necesidad causal, Kant entiende el núcleo de esta ley como acción de una fuerza que relaciona al sujeto de la causalidad con el efecto de la sustancia; así el tiempo sucesivo toma un sentido (de la causa al efecto) y una magnitud de duración (entre causa y efecto) aún cuando en la experiencia ambos polos se superpongan temporalmente.

Por el contrario, el *principio de la acción recíproca o principio de comunidad* se basa en un "influjo" mutuo entre substancias. No hay pues un tiempo direccionado sino un tiempo donde "la simultaneidad es la existencia de lo múltiple en el mismo tiempo (...) cuando el orden, en la síntesis de la aprehensión de ese múltiple, es indiferente..."³⁴ Al fin, el tiempo kantiano es una *duración en dos modos*, o bien se "tensa" en la dirección de una necesidad causal, o bien se "zonifica" en un presente mutuo de fenómenos.

Veamos esto en nuestro típico esquema funcionalista de vivienda unifamiliar: Los organigramas funcionales que sirven como mapas orientadores de diseño operan con esta noción kantiana de tiempo; las áreas de dormitorios, servicios y estar son *simultaneidades* en el "fenómeno" de la vivienda, y a la vez, una *ley* los tensa en un orden *sucesivo*, una ley que dice "no puedes pasar de los dormitorios a los servicios a través del estar", (porque se interrumpen las actividades del estar, porque si estás en pijama y hay visitas, porque se ahorran metros de pasillo...) Y bien, que el ejemplo no

³³ ibid. p 60.

nos confunda por superfluo; en arquitectura las operaciones temporales de organigramas se complejizan con los casos y se valorizan con la dificultad: Por una *norma de higiene* el tránsito de un enfermo a la sala de terapia intensiva *no puede* pasar desde la sala de operaciones a través de su depósito de desperdicios orgánicos. Y el modernismo ha asumido que este organigrama, esta doble modalidad de tiempo sobre el substrato de una “duración eterna” puede capturar la cotidianidad de las vivencias habitacionales de las personas, porque bien, sin simultaneidad y sucesión no hay experiencia posible. Ellos son los garantes del sentido común de la moral funcional.

En este contexto sucedió que la neovanguardia encabezada por John Hejduk en primer lugar, y luego con mayor vigor por Peter Eisenman, intentaría deslindar absolutamente la sintaxis arquitectónica de una semántica funcionalista, sea ésta física-mecánica o tecno-constructiva. La operación teórica fue llevada a cabo con el basamento de la gramática generativa chomskyana; basándose en la *Lingüística cartesiana* de Chomsky, el fundamento de una competencia como matriz innata, puramente lógica y liberada de estímulos pasionales, permitiría a Eisenman identificar la estructura profunda de la competencia lingüística con la estructura geométrico-abstracta del espacio arquitectónico, utilizando para la traducción entre lingüística y arquitectura la referencia de la arquitectura clásica y renacentista. Luego, la estructura superficial sería identificada con los aspectos sensibles de la forma arquitectónica.

Como señala Piñón, la gramática generativa serviría para liberar la sintaxis de la moral funcional pues “la dimensión sintáctica, en Le Corbusier, se refiere sobre todo a aspectos superficiales –figurativos– del objeto físico, por lo que es susceptible de ser entendida semánticamente; en Terragni [referente ejemplar de Eisenman], por el contrario, la iconografía del objeto es secundaria, de modo que se insiste sobre todo en el aspecto conceptual de la sintaxis.”³⁵

Heredados por Chomsky, legitimados por la composición renacentista, los fundamentos cartesianos quedan preclaros en el neoracionalismo. Pero, ¿qué queda en la semántica arquitectónica? ¿Cómo fue llenado el desalojo de contenidos funcionalistas?

³⁴ *ibid.* p 88-89.

³⁵ Helio Piñón, *op.cit.* p 131.

En el caso de Eisenman, la autonomía creativa del diseño arquitectónico estaría asegurada al explotar las posibilidades de otra autonomía: de la estructura profunda respecto de la superficial. La depuración geométrico-abstracta llevaría a su punto máximo, desprendiendo la forma arquitectónica de todo contexto ambiental de su implantación y de toda señal de flujo temporal histórico. Hacia el final de la década del 70' "El proyecto [para el Cannaregio de Venecia] es ante todo –escribe Eisenman – , el intento de sugerir una forma alternativa de estructuración urbana que no se refiera al contexto existente ni lo refuerce; que no sugiera un esquema ideal o futuro, destinado a desarrollarse royendo el tejido existente, ni siquiera intente relacionar entre sí una serie de momentos. Más bien, es el intento de crear un objeto intransitivo".³⁶

Figura 3³⁷



Detalle planimétrico del proyecto para el Cannaregio.

Para un sujeto que es *res pensante*, el tiempo es también substancia perdurable, pero en Eisenman este tiempo es, continuando con Kant, en el modo de

³⁶ *ibid.* p 160.

³⁷ *ibid.* p 161.

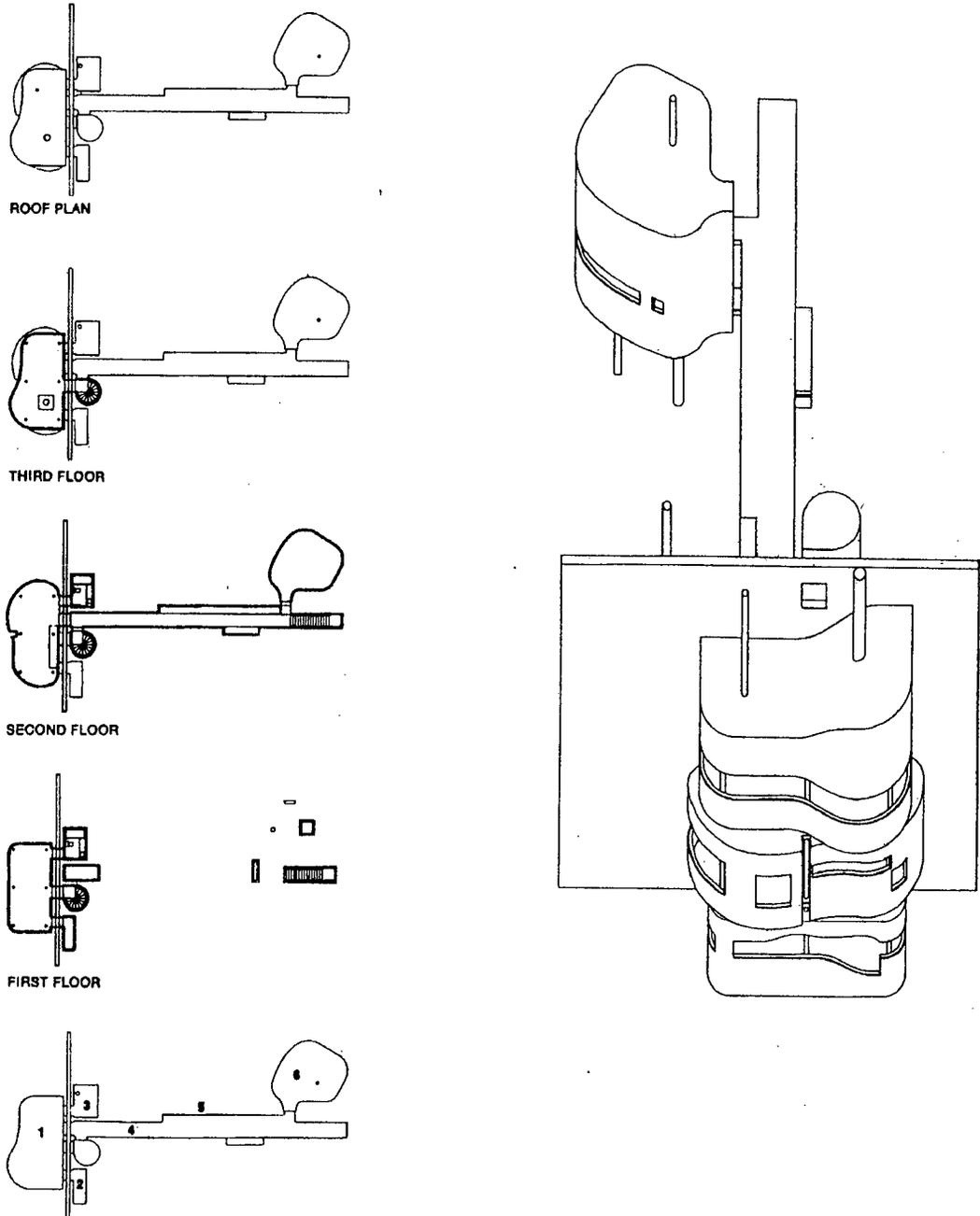
una perdurable *simultaneidad*, un tiempo que *ni siquiera intente relacionar entre sí una serie de momentos*. No sólo la sintaxis se ha vaciado de contenidos en el intento de desprenderse del funcionalismo, es que además lo que perdura es necesariamente simultáneo: la zonificación del tiempo se ha vuelto puramente geométrica.

Pero más nos interesa aún la propuesta sintáctica de Hejduk, donde ahora la temporalidad del espacio arquitectónico toma también la segunda modalidad kantiana de la *sucesión*. En la *Bye House*, un proyecto de estudio de 1973, Hejduk se ha alejado de los criterios funcionalistas sin perder de vista una “costura sucesiva” del objeto arquitectónico realizada por el recorrido peatonal. Hay un vínculo funcional, puesto que la casa se organiza polarizando las áreas de trabajo y descanso, y volviendo a dividir esta última entre habitación y servicio, pero el criterio compositivo no es el de un organigrama funcional sino que, por el contrario, la organización funcional queda dependiente del modo en que los elementos morfológicos, plástico-visuales, *extienden o contraen* la duración del tiempo del recorrido. Sucede entonces que, en una simple operación de proporciones mensurables (a mayor distancia espacial, mayor tiempo de recorrido) la gran placa disyunta las áreas de habitación y servicio en un corte espacial de tiempo cero, pero el corredor disyunta las áreas de trabajo y descanso con un tiempo *x* de tránsito. Antes, el funcionalismo creaba la sucesión con una ley de práctica utilitaria, ahora, Hejduk concibe el tiempo simultáneo como espacio de reposo, y el tiempo sucesivo como espacio de recorrido, regulando la temporalidad mediante la sintaxis formal.

Entretanto, volviendo a Kant, la noción de tiempo perdura intacta, pues permanece el primer principio del tiempo como permanencia que en tanto duración de formas mensurables, puede sostener sus modos de simultaneidad o de sucesión.

Figura 4³⁸

Plantas e isometría de la *Bye House*



³⁸ ibid. p 144-145

2) El espacio-tiempo de la tradición perenne

A. Espacio y tiempo existencial: *El ser cabe*

“Pero por este camino también cabe mostrar por qué a Kant no pudo menos de permanecerle cerrado este dominio [la temporalidad] en sus dimensiones propias y su central función ontológica. Kant mismo sabía que se aventuraba por un camino oscuro: “Este esquematismo de nuestro entendimiento en lo que respecta a los fenómenos y su mera forma, es un arte escondido en las profundidades del alma humana, cuyos verdaderos artificios difícilmente arrancaremos nunca a la naturaleza, ni pondremos al descubierto ante nuestros ojos”. Aquello ante lo que Kant retrocede aquí, cabe decir, tiene que sacarse a la luz como tema expreso y en forma radical, si es que la expresión “ser” tiene un sentido susceptible de definición”.

Martin Heidegger. *El Ser y El Tiempo*

L'architettura della città, de 1966³⁹, fue el texto fundacional con cual Aldo Rossi inauguró las bases de una teoría de la arquitectura completamente diferente desde sus presupuestos ontológicos hasta sus concreciones, respecto del neoracionalismo. En principio, hay en Rossi la recuperación de un “sujeto histórico”, condicionado por determinantes propias del flujo y contexto de su cultura epocal; entonces, ni el espacio arquitectónico estaría basado en “formas limpias” ni el sujeto de ese espacio sería “transparente”. Pues, en 1969 Michel Pêcheux presentaba también, con *Analyse automatique du discours*⁴⁰, la apertura al mismo camino por el lado de la Lingüística; el análisis del discurso comienza a cuestionar del estructuralismo la misma concepción de un sujeto transparente, que podría adueñarse con libertad del juego de reglas del sistema y expresar con la máxima pureza sus ideas. Una ilusión de sujeto como origen del sentido por ser “sujeto de la enunciación”, la misma ilusión que vemos en Eisenman al refundar la autonomía de la arquitectura desde su propia apropiación de estructuras profundas. Al contrario, ahora serían las

³⁹ Aldo Rossi, *La arquitectura de la ciudad*. Véase bibliografía.

condiciones históricas de un sujeto social las que sobredeterminarían sus semióticas, y del mismo modo con Rossi, ahora habría que indagar en la condición histórica de la arquitectura, como manufactura colectiva, para descubrir sus significaciones más propias.

Vemos claro que este movimiento de regreso a la historia fue paralelo para la neovanguardia en arquitectura como para las ciencias del lenguaje con el análisis del discurso, pero lo que nos interesa a nosotros aquí no son los desarrollos posteriores en ambas disciplinas sino el problema ontológico originario, el planteo expuesto o presupuesto de la relación *sujeto-espacio-tiempo*. En este sentido, y considerando aún la distancia entre la noción más husserliana de tiempo en Rossi respecto a la temporalidad extática de Heidegger, (aunque el asunto que ocupa a Rossi no es ontológico sino propiamente óntico), existen dos nociones básicas en Rossi que se corresponden en sus presupuestos ontológicos con el pensamiento heideggeriano, y que como veremos, sin haber reconocido su herencia directa van a presentar las mismas posturas y limitaciones que el vínculo entre espacio y tiempo trazado en *El Ser y el Tiempo*: son las nociones de *locus* y *tipo*.

Nos es fundamental, entonces, recuperar para nuestro desarrollo las nociones originales del existencialismo, pues es la crítica heideggeriana a la metafísica, que da justo en el centro del problema, la que recupera la pregunta ontológica “dispensada” por la metafísica cartesiana y pos-cartesiana: “Por la posición ontológica de Descartes, incurre Kant también en una esencial omisión: la de una ontología del “ser-ahí”... Con el “cogito sum” pretende Descartes dar a la filosofía una base nueva y segura. Pero lo que él deja indeterminado en este comienzo “radical” es la forma de ser de la res cogitans, o más exactamente, el sentido de ser del sum.”⁴¹

De modo que la escisión entre sujeto y mundo viene planteada por la metafísica a partir de la teoría cartesiana de las tres substancias, como res cogitans y res extensa, (y como el ser divino garante de “tapa agujeros”). Que luego Kant realice un reemplazo categorial de la extensio como sintético a priori de ese cogitans, no quita el hecho de haber asumido un sujeto pensante que proyecta desde él, “emitiendo” espacio y el tiempo.

⁴⁰ Michel Pêcheaux, C. Haroche, *Analyse automatique du discours*, Dunond, París, 1969. Véase también la versión castellana de *Formación social, lengua, discurso*, en Arte, sociedad, ideología, Impresora Azteca, México, 1976.

Pero bien, aquí es donde Heidegger recupera la pregunta propiamente ontológica; la pregunta por el ser es siempre la pregunta por el ser de un *ente*, y en tal sentido un ente cuyo ser es *ser en el mundo*. Digamos, un ser que es substancia existencial antes que forma, (aunque no neguemos el ámbito propiamente categorial), el ser en el mundo que no admite, en su primordialidad, la escisión forma/substancia o bien, cuerpo/alma. Emerge entonces la recuperación de una corporeidad espacial y temporal que no es proyectada sino fundante y constitutiva del ente que ahora llamamos *ser-ahí*. Ciertamente esta recuperación fenomenológica, que no trata al fenómeno como a priori formal sino como primordialidad del ser abierto al mundo, el *ser cabe* (que ni siquiera es, sabemos, un “entre” sujeto y objeto, puesto que sería ello asumir previamente la escisión), nos devuelve ahora la posibilidad de reflexionar sobre un espacio muy diferente al kantiano. Una espacialidad existencial que constituye al ser-ahí, o dicho de otro modo, que nos funda como sujetos habitantes-habitados. A este espacio existencial* fundante y primordial hemos de referirnos ahora.

En la primera parte de *El ser y El tiempo* Heidegger postula la *existencia* (ser del ser-ahí) y sus *existenciarios* (modos constitutivos del ser, para diferenciarlos de las categorías formales)⁴² como una estructura íntegra del *ser en el mundo*⁴³. Esta estructura será descripta en su analítica existenciaría por tres aspectos que, por propio consejo de Heidegger, no debemos entender como “suma de partes” sino como perspectivas de la misma totalidad: La *mundanidad del ser* (con los existenciarios del *conformar* y de la *significatividad*), el *ente del ser* (como *ser-con* y como *uno*), y el *ser en* en cuanto tal, al que también llama *ser cabe*.

Nuestra reflexión se detendrá específicamente en el *ser cabe*, pues veremos que de él Heidegger da dos tratamientos distintos pero en una continuidad de pensamiento fundamental: como determinación del *habitar*⁴⁴ (al que llama

⁴¹ M. Heidegger, *El Ser y el Tiempo* (desde ahora SyT). § 6, p 29.

⁴² *ibid.* § 4, p. 15ss. En efecto, Heidegger no desconoce al pensamiento categorial sino que lo diferencia en tanto existenciarios y categorías son “dos posibilidades de caracteres del ser”, los primeros como aprioris del ser del ser-ahí, las segundas como caracteres del ser del ente. Cf. ps. 52-53.

⁴³ *ibid.* § 28, p. 151, donde define la analítica existenciaría como “poner de relieve su estructura original y unitaria del ser del ser-ahí, de las que se derivan ontológicamente las posibilidades y modos del ser de estas.”

⁴⁴ Aquí es donde Heidegger hace la primer presentación del *ser-en* en el capítulo II.

propiamente *ser cabe*) y como determinación del *habla*.⁴⁵ Para nuestra reflexión este deslizamiento será fundamental, pues desde el principio el *ser cabe* es presentado como el “ser del habitar”, pero en el transcurso de la analítica esta condición del habitar es desarrollada en tanto el *ser cabe* es el “ser del habla”.

En cuanto *ser cabe*, el *ser-ahí* es siempre “ahí fuera”, “es” espacial. No se trata de que el ente, nosotros, digamos desde una antropología existencial, estamos “en” un espacio, que “ocupamos” un espacio que nos hace de continente porque, precisamente, “mensura” lo suficiente para entrar en él. No se trata de un espacio “aditivo” de cosas. Se trata por el contrario de que el ente es espacial en tanto es habitando *un sitio, él es su sitio en cuanto tal*. Un sitio por el cual el *ser-ahí* circunda el mundo, se despliega en un entorno que le es cercano y que lo sitúa en su vida. Un sitio que le otorga una corporeidad que no es *nada más que* física, sino una corporeidad que se extiende en el “ser a la mano” y “ver en torno” de las cosas que son parte del sitio, que ya no son tampoco cosas en sí sino para ese sitio que es espacialidad fundante.

Al principio, Heidegger desarrolla la espacialidad del *ser cabe* a través su *mundanidad*, y de su existencial de *conformidad* refiere a otros dos que completan la estructura ontológica de la condición de sitio⁴⁶:

El *des-alejamiento* del sitio, existencial por el cual el sitio se vuelve “paraje”, es decir, cercanía de los útiles y los cuerpos que se torna “corporeidad del *ser-ahí*”: “El acercamiento no se orienta por la cosa “yo dotado de cuerpo”, sino por el “ser en el mundo” “curándose de”(…) Con arreglo a su espacialidad, nunca es el “*ser-ahí*” inmediatamente *aquí*, sino *allí*, allí desde el cual vuelve su *aquí*”⁴⁷. Pongamos un ejemplo sencillo de la cotidianidad de este ser: Un padre viudo tiene un niño de siete años, a quien despierta a las 6.30 para desayunar. Han elegido la pequeña mesita que está en la cocina angosta, bajo la ventana. Bien, los útiles se han vuelto “cercaños” al encuentro matutino de ellos dos. La tostadora no vale por “tostar”, ni la pava por “calentar”. Esos útiles adquieren vida, por decirlo así (y *significatividad*, pues en Heidegger la primer significación del útil es justamente referir y articular la estructura

⁴⁵ Nos interesa advertir especialmente este salto, en el cual Heidegger desarrolla luego, en el capítulo V, la analítica del *ser-en* con nuevos existenciales (el encontrarse, el comprender y el habla), pero donde es el habla quien “determina” a la totalidad que a su vez la funda. Cf. SyT, § 28, p. 154.

⁴⁶ *ibid.* en especial el apartado C. *Lo circundante del mundo circundante y la espacialidad del ser-ahí*, p. 117 y ss.

⁴⁷ *ibid.* § 23, p. 125.

del plexo de sitios), porque se tornan el paraje de un encuentro, de un sitio que ya no es tanto la incómoda cocina de 1.5 por 4, sino, *antes que eso*, cercanía, paraje de un encuentro entre un padre, un hijo y una ausencia. Y todo ese paraje se ha tornado corporeidad y al mismo tiempo “punto de vista” (*andar en torno y ver en torno*) desde el cual la cocina les es hermenéuticamente dada.

El segundo existenciario de conformidad es *la dirección* del sitio: pues es el otro existenciario que da cuentas de que aquellos útiles que conforman la espacialidad están “orientados”, en el sentido en que están referidos y señalizados hacia el paraje del que forman una “corporeidad abierta”. El sitio es “situación” dada en el cruce de referencias mutuas: la mesita, la pava, la tostadora, se orientan según sean ser-a la mano del padre y el hijo que se encuentran. De pronto, la tostadora adquiere una ubicación “funcionalmente no apta”, la pusieron sobre la tercer silla porque el lugar en la mesada les quedaba lejos. Es cierto que las sillas son para sentarse, pero no en el paraje de ellos. “Ahí” la silla y la tostadora tienen otra dirección.

Reparemos ahora en algo crucial en cuanto al desarrollo analítico: “De esa “dirección” del “ser-ahí” surgen las direcciones fijas a la derecha y a la izquierda. Lo mismo que con sus des-alejamientos, también carga el “ser-ahí” constantemente con estas direcciones. También se especifica según estas direcciones la espacialización del ser-ahí en su “cuerpo”[s. nuestro], que encierra en sí una serie de problemas peculiares que no son para tratarlos aquí”⁴⁸ Subrayamos la nota para recordar una vez más que no se trata de un mecanismo de “desmaterialización” del espacio físico, sino de ver en la sustancia existencial una espacialidad fundante abierta al mundo, por eso, “corporeidad del ser-ahí”. Ahora bien, en el punto mismo en el cual Heidegger toca la indagación de tal corporeidad añade que “no son para tratarlos aquí”. Justamente, aquí donde Heidegger se detiene nosotros notaremos una fisura en la analítica del ser cabe entre su presentación (cap. II) y su desarrollo (cap.V). Y en esta precisa fisura es donde veremos delinarse también los límites de la arquitectura rossiana.

B. La condición histórica del espacio arquitectónico

⁴⁸ *ibid.* p. 126.

La relación que nosotros trazaremos entre el *locus* en la teoría de Rossi y el *sitio del ser en* heideggeriano nos parece por demás inexcusable y evidente. Partiendo también, a su modo, de una fenomenología del habitar que asume en “la ciudad como manufactura”, Rossi retoma la noción clásica de *locus* como “aquella relación singular y sin embargo universal que existe entre cierta situación local y las construcciones que están en aquel lugar.”

Relación entre situación y construcción arquitectónica que refieren en el *locus* a una noción unificada del cruce entre espacio y tiempo, “puesto que esta noción del lugar y del tiempo parece inexpresable racionalmente, aunque comprende una serie de valores que están fuera y más allá de los sentimientos que experimentamos al captarlos”.

Luego, con Eydoux dirá que no solo la relación espacio-tiempo del *locus* es hacia atrás de la historia, sino que “invita al análisis positivo de los lugares que parecen predestinados a la historia.”

Pero el *locus* tiene además una constitución figurativa que le da capacidad creativa al arte y al diseño: “Las anotaciones de los tratadistas sobre encuadramiento del paisaje referido a la pintura, la seguridad con que los romanos, al construir nuevas ciudades, repetían elementos idénticos confiando precisamente al *locus* el valor de transfiguración.”

No menos sugerente es la concepción que Rossi presenta de la relación de significación dada en el *locus*, entre su figuratividad morfoespacial y su contenido de situacionalidad, correspondiendo llanamente con la *significatividad* del sitio en Heidegger:

“La arquitectura [por la arquitectura clásica] “conformaba” una situación; sus mismas formas cambiaban en el cambio más general de la situación, constituían “un todo” y servían para un acontecimiento constituyéndose ellas mismas como acontecimiento; sólo así se puede entender la importancia de un obelisco, de una columna o una lápida.” Y agrega: “¿Quién puede ya distinguir entre el acontecimiento y el signo que lo ha fijado?”⁴⁹

En el fondo, Heidegger: como si hubiera estado anticipándose a los planteos recuperadores de la historia, señalaba que “Mas el constante uso que se hace de esta estructura [la estructura espacio-existencial del desalejar y la orientación] no desliga

⁴⁹ Aldo Rossi, *La arquitectura de la ciudad*, comienzos del Capítulo tercero, pss. 185 y ss.

de la obligación de dar de ella una adecuada explicación ontológica, antes la exige. La exégesis psicológica de que el yo tiene algo “en la memoria” mienta en el fondo [s.n.] la estructura existencial del ser en el mundo”⁵⁰. Pues bien, esta exigencia también le corresponde a Rossi si encontramos en la misma explicación del locus que “El locus, así concebido acaba poniendo de relieve dentro del espacio indiferenciado (sic), condiciones, cualidades, que nos son necesarias para la comprensión de un hecho urbano determinado”⁵¹. ¿Cuál es el continente *espacio indiferenciado*, dentro del cual está el *contenido del locus*? Por eso, anticipábamos al principio esta distancia que debemos advertir en el nivel ontológico entre el arquitecto y el filósofo; para Rossi, en efecto, el sujeto es sujeto de una memoria analógica, y por tal mecanismo ahora el locus se vuelve una herramienta creativa en su poder “transfigurador” que recupera y renueva la historia del pueblo que habita su arquitectura.

En cuanto al tiempo, Rossi asume una fenomenología reflexiva más cerca de Husserl: el planteo dialéctico de un “espacio indiferenciado” “dentro del cual” otro universal-singular, el “espacio del locus” imprime las cualidades epocales del pueblo que lo habita, se corresponde antes con la noción de tiempo en Husserl, también dialéctica entre un tiempo “trascendente” y continuo y un tiempo “inmanente” de superposiciones intencionales en la memoria.⁵² Tal como Ivonne Picard señalara en la introducción a la *Fenomenología* de Husserl, hay en él una *fenomenología reflexiva* a diferencia de la *fenomenología existencial* de Heidegger⁵³, y Rossi adscribe a tal reflexividad en el planteo de una “memoria analógica”, pero a su vez, y a esto vamos ahora, centrará el problema del tiempo en la *estabilización y permanencia* de su intencionalidad transversal*.

Así es como unida a la noción de locus, aparece la noción de *tipo arquitectónico*. Tipo y memoria histórica son para Rossi los fundamentos de un pensamiento racional analógico autónomo de la arquitectura. El tipo, como pre-forma que contiene el sentido de una “permanencia”, en las mismas palabras de Rossi, se

⁵⁰ M. Heidegger, op.cit. p. 127

⁵¹ Aldo Rossi, op.cit. p. 186.

⁵² La dialéctica entre una *intencionalidad longitudinal* de un campo de presencia de simultaneidades retencionales y protencionales (que constituye a los objetos inmanentes), y una *intencionalidad transversal* de manifestaciones sucesivas devenida de la anterior, que constituye una sucesión histórica (y en ella a sus objetos trascendentes). Cf. Edmund Husserl, *Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente*, especialmente desde §7 a §11 de la Sección Segunda.

⁵³ ibid. p. 7. Véase Bibliografía.

convierte en la unidad compositiva por excelencia del diseño arquitectónico. Tal vez lo más cerca de este concepto morfológico que hallemos en teoría literaria sea el problema del “género”; aún así, el concepto de tipo es algo más complejo que éste por contener una dialéctica interna entre espacio y tiempo del habitar. El tipo, como el género, aparece como estructura primitiva, instaurada por la memoria histórica de la práctica social donde queda inserta; en este sentido Rossi alude a la idea que Marcel Poete señala respecto de una permanencia, aquella forma que guarda un pasado-presente, un pasado que no es parásito anacrónico de museo sino que aparece vigente y activa como centro de sentido y asidero de toda forma arquitectónica.

Pero más aún, el tipo es una estructura que relaciona una forma espacial, un sentido histórico, y una conducta social de uso, de apropiación habitacional del espacio, y de este modo Rossi parece reaccionar contra el dictamen funcionalista y el formalista de una sola vez. La permanencia tipológica viene a llenar el vacío que el funcionalismo ingenuo hacía de lo formal (en el modernismo) y que el formalismo hacía respecto de la significación de lo formal (en el neoracionalismo). De modo que con Rossi la autoreferencia y autonomía morfológica de la arquitectura no alude a una abstracción geométrica sino al pasado-presente que el tipo guarda y reserva en sí como estructura de significación.

Ahora bien, lo que nos interesa aquí es establecer “qué tiempo” espacializa un tipo arquitectónico. ¿Qué tiempo guarda en su “interior” la forma tipológica?

“...Esta persistencia y permanencia viene dada por su valor constitutivo; por la historia y el arte, por el ser y la memoria...”⁵⁴ Pues, se trata de una repetición acotada a lo que “persiste” y “permanece”. ¿Dónde hay pues repetición? En una memoria asociativa o analógica que repite al tipo para generar forma o que repite al tipo para interpretar (y apropiar) la forma. Y he aquí la contradicción, que se repita una forma que “permanece” desde tiempos inmemoriales, como una invariante temporal fija, tan fija que se vuelve estabilización del tiempo en vez de movimiento, clausura paradójica de toda repetición posible. Por repetirse como “persistencia” deja de ser genuinamente repetición. Persistencia que, lo advirtamos, tampoco es “retardo tensivo” o “distensión

⁵⁴ A. Rossi, op.cit. cap. primero, p. 102. Véase también, en cuanto al tipo, la referencia de Rossi a la noción de Quatremère de Quincy, p. 78, y sobre la noción de “permanencia” señala luego “que la diferencia entre pasado y futuro desde el punto de vista de la teoría del conocimiento consiste precisamente en el hecho de que el pasado es en parte experimentado ahora y que, desde el punto de vista de la ciencia urbana, puede ser éste el significado que hay que dar a las permanencias; estas son un pasado que aún experimentamos”, p. 99.

puntual” de un ritmo interno o inmanente (como perfectividad y puntualidad de la aspectualidad temporal en el desembrague enunciativo). La marca pática de la afectividad rítmica queda olvidada por una memoria puramente tipológica, del lado de una *intencionalidad transversal* más que *longitudinal*, si seguimos la referencia husserliana.

Se trata entonces, primeramente, de un tiempo externo o trascendente al texto: el tipo guarda una permanencia en tanto una memoria histórica lo relaciona analógicamente con una estructura originaria externa e histórica. Luego, este tiempo externo restringe las condiciones de toda posible composición inmanente del tiempo, invirtiendo las condiciones que Husserl señalaba de lo inmanente sobre lo trascendente. No es que la temporalidad inmanente no exista como tal, sino que queda delimitada y escondida por otro criterio generativo de diseño, en el cual la asociación transversal subordina a la longitudinal.

Hemos recordado que en Husserl el flujo temporal de la conciencia percibiente se halla desdoblado, y por tal motivo la constitución del objeto percibido en tanto objeto temporal será también doble. En especial traeremos aquí el ejemplo que el propio Husserl da en la *Fenomenología*, un hecho arquitectónico, un teatro, en tanto objeto construido de materia temporal. Entre los párrafos §27 y §38 desarrolla este caso para concluir en dos objetos temporales del teatro: una memoria de *retención viva* (correspondiente a su intencionalidad longitudinal) constituye al teatro como objeto temporal inmanente, campo de presencia simultánea de retenciones y protenciones, dada en la unidad perceptiva de la secuencia del recorrido que realiza el habitante. Pero a la vez, una memoria de *recapitulación reproductiva* (de intencionalidad transversal) lo constituye como objeto trascendente o histórico; la memoria estabiliza la unidad de la secuencia inmanente en una *unidad ideal*, en una totalidad permanente con la cual a su vez se constituye el tiempo trascendente de duración cronológica o histórica, pues ese mismo teatro, en tanto objeto perdurable en la memoria, constituye su tiempo histórico. Ha sucedido entonces que esta segunda memoria en tanto memoria intelectual, ha convertido al eso en *idea*, como señala Merleau-Ponty⁵⁵, y este objeto ideal que es *permanencia* ha aplanado y estabilizado el tiempo como *duración*.

⁵⁵ Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, p.426.

¿Qué operación teórica ha trazado Rossi entre la noción de espacio y la de tiempo en torno al *tipo arquitectónico*?

Al heredar, respecto del espacio, la noción de *locus*, la espacialidad del tipo guarda un fundamento existencial y viene a vincularse al *sitio* de la fenomenología existencial heideggeriana. Del otro lado, en cuanto al tiempo, adopta Rossi una fenomenología reflexiva, pero invirtiendo a Husserl:

En la Fenomenología, Husserl resalta la total complementariedad entre las dos intencionalidades, e incluso hace derivar de la retención inmanente la trascendente: “En la corriente concienical única y unitaria se hallan, pues, entrelazadas entre sí ‘dos intencionalidades’ inseparablemente unidas y mutuamente necesarias, como dos lados de una idéntica cosa. En una de ellas se constituye el tiempo inmanente, un tiempo objetivo, auténtico, en el cual existe una duración y un cambio de algo durable; en la segunda se constituye la inordinación cuási-temporal de las fases de la corriente que, siempre y necesariamente, tiene el fluyente punto ‘ahora’, la fase de la actualidad, y las series de las fases preactuales y postactuales (las aún no actuales).”⁵⁶

Cuando en la segunda sección de SyT Heidegger comienza a desarrollar la temporalidad del ser-ahí, hereda la intencionalidad inmanente y “operante” de Husserl y la concibe como temporación extática del ser. En cambio, Rossi retoma la intencionalidad transversal que cronologiza al tiempo y lo hace *durar en la permanencia*. El resultado de esto es claro: En la conjugación espacio-temporal del tipo, el sitio ha perdido su temporalidad inmanente y ha eternizado en la permanencia “de los monumentos” su tiempo histórico-trascendente. El tiempo del espacio ha vuelto a ser, por la vía rossiana, duración que perdura.

De aquí entonces que la morfología generativa de Rossi no considere una temporalidad interna a la vivencia del habitante, propia a su punto de vista y a su propia práctica de apropiación habitacional *in situ*, sino que, por una regla compositiva de simple yuxtaposición, son reunidas en el espacio una serie de tipos que eternizan su tiempo histórico: “En el ayuntamiento de Scandicci he tratado de proyectar un edificio con una organización compleja: por ello he utilizado juntas diversas formas tipológicas [s.n.] como el patio y la planta central”.⁵⁷

⁵⁶ Edmund Husserl, op.cit. § 39, p. 132.

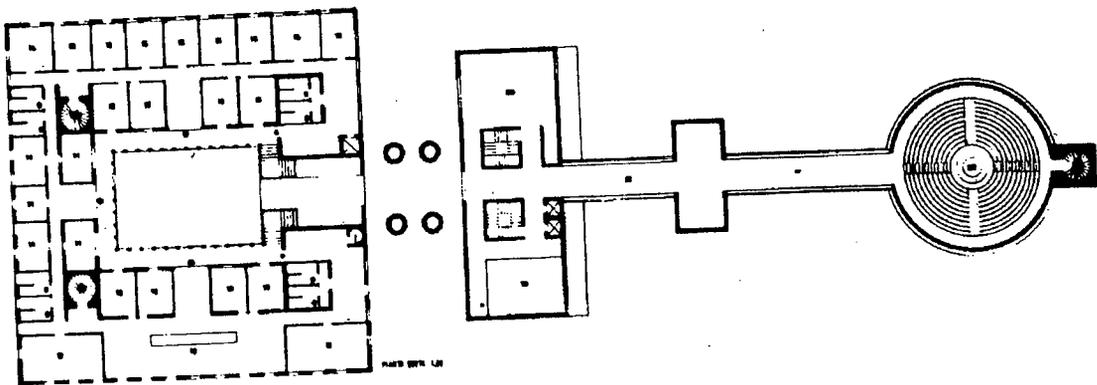
⁵⁷ H. Piñón, op.cit., p. 95.

El palacio comunal de Scandicci es un ejemplo clave para comprender el tiempo de la obra rossiana; aquí se “juntan” tipos espaciales que guardan una memoria histórica de la actividad habitacional, cada uno por separado. Es claro que hay una temporalidad inmanente en la obra marcada por la axialidad del eje central que otorga unidad de recorrido y percepción al palacio, pero no es esto lo que interesa sino que la lectura axial queda subordinada al registro analógico de cada parte yuxtapuesta. La riqueza de la obra rossiana viene a situarse así en la exaltación “del tiempo externo” del tipo que es a su vez permanencia y estabilización del tiempo histórico, dejando abierta la pregunta sobre su temporalidad inmanente .

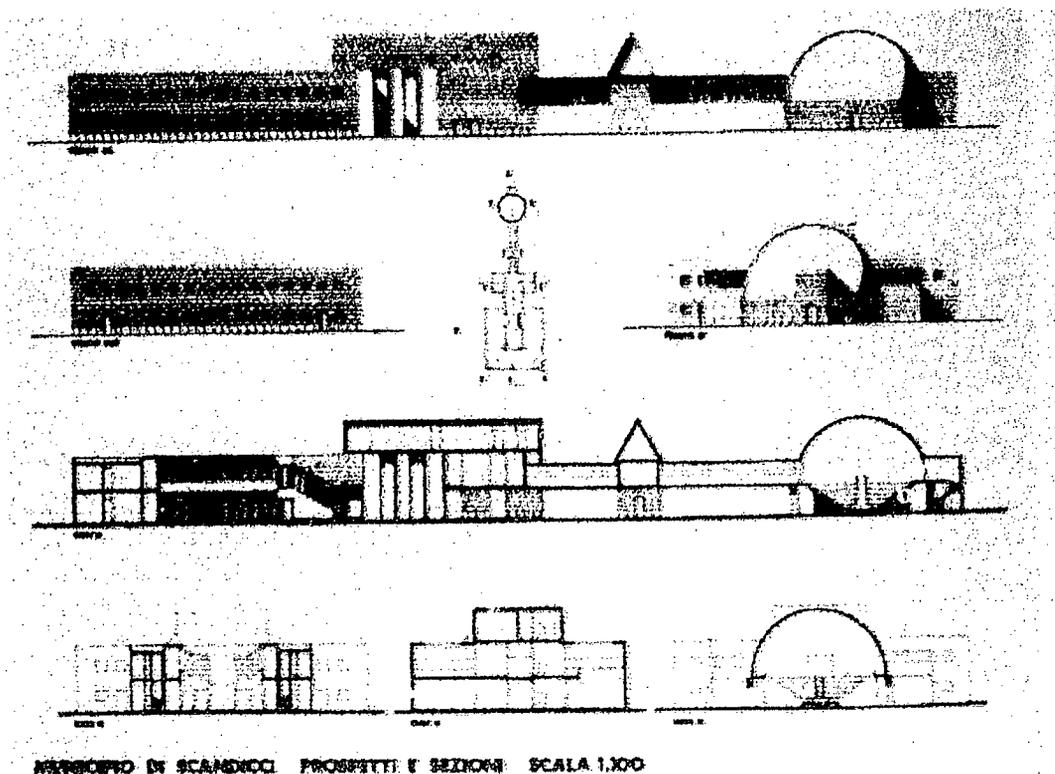
Figura 5⁵⁸

Palacio Comunal de Scandicci. 1968.

Planta nivel +4ms, vistas laterales y cortes.



⁵⁸ Helio Pinón, op.cit. p. 94.



Visto desde esta perspectiva, ya no parecen tan divergentes los substratos de las dos escuelas neovanguardistas. La *Bye House* busca un tiempo interno adjudicado a la estructura geométrico-abstracta, el *Palazzo Comunale* encuentra un tiempo externo adjudicado a la estructura tipológica, pero en su fundamento ontológico hay una sola idea de tiempo como duración o permanencia. *Y para ambos casos el resultado es la disolución de una temporalidad inmanente al sitio del ser cabe, interna a su apropiación habitacional.*

Necesitábamos realizar este recorrido guiado por el trabajo de Helio Piñón en cuanto a la neovanguardia, para buscar en las bases de sus posturas los límites a partir de los cuales nosotros haremos la pregunta por el tiempo del espacio arquitectónico. En efecto, el problema era y sigue siendo la relación sujeto-espacio-tiempo, y nosotros consideraremos desde una fenomenología reflexiva al *espacio arquitectónico* como *objeto de materia temporal*, pero sobre todo, desde una fenomenología existencial reconoceremos al *espacio existencial* como *espacio tensivo*, espacialidad de temporalidad interna, *sitio* que no sólo es desalejamiento sino despliegue secuencial de rituales del habitar. Esta fue precisamente la espacialidad que el modernismo obturó con la crítica kantiana del espacio y del tiempo mensurables, pero a la cual la neovanguardia no alcanzó a redescubrir por heredar precisamente los mismos

presupuestos ontológicos. Creemos que es en el redescubrimiento de este espacio existencial tensivo que hace *situación* del sitio, el que nos permitirá fundar luego una nueva semiótica de la arquitectura reconociendo en ella una narratividad intrínseca.

Ahora bien, como veremos en el apartado siguiente y lo anticipábamos más arriba (nota 48), la fenomenología existencial de Heidegger también nos retendrá en sus propios límites, pues el tema del espacio es desviado por él a cuentas del desarrollo de la temporalidad, y en este desvío volveremos a encontrar paradójicamente la misma obturación. De aquí que nos sea imperativo recomenzar una crítica posheideggeriana en torno a la espacialidad del ser cabe.

I. 3. La estructura doble del espacio existencial

I. 3. 1. La desespacialización de la repetición

A lo largo de este apartado realizaremos una recapitulación de la antropología existencial por la cual sentaremos las bases ontológicas de un espacio existencial originariamente *tensivo*, más allá de Heidegger pero a partir de la noción de espacio existencial que heredamos del *ser cabe*: la espacialidad del habitar como espacialidad abierta del ser-en-el mundo, constituida por los existenciales del *conformar* y de su *significatividad*. Será además el postulado ontológico-existencial a partir del cual luego abordaremos una semiótica narrativa de la arquitectura, acorde a tal teoría del sujeto.

Ciertamente, no se trata de negar la *instancia* teórica, el recorte de pertinencias y los límites de las categorías, sino de examinar ese lugar de “abierto” como la recuperación de un sujeto aniquilado por la Idea de la modernidad. Y de este principio arquitectónico y existencial a la vez (encontrar al otro ahí) nace una estrategia semiótica: si hay algún sujeto que construir en la semiótica de la arquitectura, este no es el sujeto que “primero piensa” sino que es *sujeto habitante* desde la primordialidad de su pensamiento, el mismo que da vida a la arquitectura mientras la habita y la reconstruye hermenéuticamente en un mismo gesto. Para esta

estrategia semiótica, hemos dicho que no nos importa significar la arquitectura desde los saberes de la disciplina (desde una crítica, sea cual fuere ésta), lo que nos parece crucial es reconstruir la semiótica del habitante, del que está *ahí*, dando vida al *ser* *cabe*; más precisamente, la semiótica de una *pragmática del habitar*. Y esta estrategia semiótica es la que resitúa la práctica del diseño, pues diseñar no puede ser desde este punto de vista “aplicar los saberes”, sino antes, ir al encuentro del otro, situarse frente-

a.

Si hay entonces una semiótica propia de un sujeto habitante, ella no puede ser más que una semiótica *de la vida cotidiana*, como lo ha llamado Herman Parret⁵⁹, una semiótica que está al límite (fenomenológico) de toda semiótica que fue pensada desde una mente incorpórea, que interpreta sin habitar (o bien que diseña sin el otro). Es el mismo límite de una semiótica del texto concentrada en la estructura de contenidos pero no en la incidencia del soporte material sobre estos contenidos en su circulación discursiva. Desde este punto de vista también sostenemos desde el principio que pensar seriamente en una semiótica de la arquitectura nunca será aplicar llanamente “el saber de la semiótica a” la arquitectura, sino reconstruir el sujeto habitante bordeando los límites de la semiótica. Y esto es precisamente lo que hará más fecunda la reflexión propiamente semiótica en torno a la arquitectura.

Pero en cuanto a la tensividad del espacio existencial, a su temporalidad inmanente (en los términos de Husserl), nos encontramos con un vacío común en los paradigmas de la filosofía: si en Kant el espacio es matematizado, en Heidegger la crítica a Kant se centra en haber “espacializado el tiempo”, por lo que el programa analítico será recuperar el tiempo por “desespacialización”, y de hecho, la recuperación de una espacialidad existencial, aunque reclamada, queda a medio camino en *El Ser y El Tiempo*. Por ello mismo es que nuestro intento será aquí “desandar Heidegger” recuperando la espacialidad en las reflexiones kiekegaardianas. A ella nos referimos como el “espacio de la repetición”. Luego, más allá de la fenomenología existencial, veremos como este espacio tensivo de repetición es tematizado y postulado desde otros abordajes posheideggerianos en torno al sujeto:

⁵⁹ Véase H. Parret, *De la Semiótica a la Estética*, pp 123-143. En el capítulo “Vivir el Tiempo” reconocemos junto a la explícita referencia del autor una confluencia fundamental con las tesis narrativistas de Poul Ricoeur, en cuanto a la estructura pre-narrativa de las prácticas cotidianas. Esta relación entre cotidianidad y relato que Parret ha llamado “tiempo de la vida-relato” (p. 140) es de principal fundamento para el marco teórico de nuestro trabajo.

nos referiremos a la tesis narrativista de David Carr y a la tesis sociológica de espacio urbano en Henri Lefebvre.

Desde aquí comienza a fundarse nuestra opción semio-narrativa: como decíamos, tal opción por un modelo textual del signo arquitectónico no es una operación meramente proyectiva⁶⁰ sino de reconocer mucho más profundamente en el *relato* el enlace entre la estructura hermenéutica y la estructura espacial de la existencia humana. Sólo desde este enlace encontramos efectiva y enriquecedora la apropiación de la semiótica narrativa ortodoxa, de vertiente greimasiana. Pero apropiarse desde este lugar de la semiótica narrativa es algo así como aplicar un giro copernicano a la semiótica, tornarla cercana, en el sentido de reconocer un diálogo de confrontación fecunda con la fenomenología de raíces existencialistas, y en especial con las tesis narrativistas cercanas a ella.

El concepto central que guiará este recorrido de recapitulación hacia el *ser* *cabe* es el concepto de *repetición*, por ser precisamente en ella donde Kierkegaard funde espacialidad y temporalidad en una misma categoría. Este es un concepto clave puesto que Kierkegaard lo contrapone a la mediación lógica, y vuelve a aparecer con nuevas fuerzas y luces en Heidegger. La repetición está también en el fondo de la oposición de paradigmas entre Kant y Kierkegaard, sobre todo, por la distancia abismal entre ellos en cuanto a sus ideas de eternidad.

En Kant, se trata de la repetición de una duración, de una medida, de una extensión que es lo que subyace para el tiempo y también para el espacio. Como garantía de la existencia del mundo, esta repetición se torna la ley ordenadora de la vida que la vuelve contra sí misma, la vuelve no-vida. La repetición kantiana se hace posible a costa de reducir la habitabilidad de la vida, o de hacer imposible la espacialidad cotidiana. Y acaso esta verdad central sea la que Kierkegaard pone en boca de su personaje Constantius en *La repetición*, quien en la búsqueda imposible de realizarla, la única vez que parece hallarla como “eterno retorno” se le torna en fatalidad: “Todo era completamente idéntico; los mismos chistes, las mismas

⁶⁰ H. Parret, op.cit. p 134. El problema que Parret observa aquí acerca de la crítica estructuralista de la semiótica a toda temporalidad existencial, “que reduce el relato a un apriori acrónico”, es enfocado tanto como recuperación como completamiento; como recuperación de las tesis greimasianas (en especial de la enunciación del tiempo enuncivo por vías de la modalización), y como completamiento y apertura al tiempo fenomenológico de la vida cotidiana, dirigida hacia una semiótica intrínseca a sus prácticas. En estrecha relación se encuentra la postura “morfoodinámica” de Brandt. Véase P.A. Brandt, *Dinámicas del sentido*, p 10.

cortesías, la misma camaradería y el mismísimo local. Nada, absolutamente nada, había cambiado. (...) Aquí desde luego era posible la repetición. Sólo el pensarlo me llena de escalofríos!”⁶¹

Y para negar este tipo de “repetición muerta” que Kierkegaard señala perteneciente a la idea y exclusivamente a la idea⁶², pone en su segundo personaje, el joven, la negación de Job a las explicaciones del sufrimiento de sus amigos. Es que, al no admitir que la vida se rige por una ley de causalidad divina que distribuye el castigo (que manipula la angustia de la culpa), la verdadera repetición no es la de la duración de un eterno desarrollo, sino la del encuentro con una trascendencia en la que “*he vuelto a ser otra vez yo mismo*”⁶³

La orientación de nuestra respuesta sobre la temporalidad del espacio existencial nace de la repetición como cause de deseo. Y esta repetición no admite un espacio que se extiende y dura, sino una espacialidad que se tensa y se orienta por su carencia y su objeto de búsqueda. En suma, una espacialidad erotizada, instauradora de un horizonte de deseo, y por tanto de historia.

1) Del habitar al hablar en Heidegger

A. La temporalidad kairológica del habla:

Señalamos más arriba que en torno a la analítica del *ser-en*, Heidegger desliza su pensamiento en un continuo que va desde el habitar al hablar. Primeramente, el ser-ahí es espacialidad en cuanto tal; su “ahí” es un estado de abierto a su existencia espacial. Sobre la espacialidad del mundo circundante Heidegger señala los

⁶¹ S. Kierkegaard, *La repetición*. En adelante utilizaré la traducción directa del danés por Demetrio Gutierrez Rivero, *Soren Kierkegaard: In vino veritas, La repetición*, Madrid, Guadarrama, 1975. Constantius es uno de los dos personajes de la historia junto con el joven melancólico, pero además es el narrador y el autor seudónimo del propio Kierkegaard. p 198.

⁶² *ibid.* p. 275. En el método de dialéctica existencial de Kierkegaard son reconocidos tres estadios, el *estético*, el *ético* y el *religioso*, caracterizados como esferas sin síntesis posibles entre ellos pero a la vez superpuestos en la existencia. El problema del estadio estético aparece manifiesto en la búsqueda egoísta de completud fracasada en su propia circularidad, sea como sensualidad (*Don Juan*), duda (*Fausto*), desesperación (*El Judío Errante*) o ironía. La “repetición” aparece como la categoría estética actorizada en la desesperación de Constantius, como un mecanismo puramente interno o mental. No nos interesa aquí desarrollar el método, sino advertir el “despliegue espacial” que Kierkegaard realiza al tematizar la repetición. Cfr. J. Collins, *El pensamiento de Kierkegaard*, pp 56-80; N. Chestov, *Kierkegaard y la filosofía de la existencia*, pp87-121.

⁶³ *ibid.* p 273.

existenciarios de *des-alejamiento* y *direccionalidad*, pero la estructura del ser-en *en cuanto tal* (Cap. V de SyT) se completa ahora con otros dos existenciarios determinados por el *habla*: *el encontrarse* y *el comprender*. El ser-en transita así entre el ser cabe (del habitar) y el ser-hermenéutico (del habla), de un habla que como sabemos no designa el ser sino que lo constituye en cuanto *encontrarse* y *comprender*. Pero sobre todo veremos que este desplazamiento entre habitar y hablar es un desplazamiento entre *espacialidad* y *temporalidad* del ser-ahí. En cuanto desarrollo hermenéutico que *tensa* al ser-ahí propio (“*corriendo al encuentro*”), este habla está fundado en el tiempo, y éste es el punto de partida de Heidegger para acceder a la temporalidad del ser.

Nos situemos ahora en este punto de partida y advirtamos lo fundamental para nuestro trabajo: claro está que el tiempo no es aquí “cronos”, no se trata de una línea neutra que se extiende y soporta toda la vida, se trata de “kairos”, el tiempo de los “momentos oportunos” que son *el habla del habitar*; digamos, que son el sentido interno de la espacialidad, un sentido que por ser temporal, *tensa* temporalmente los espacios de nuestra vida. La temporalidad del kairos determinada por el habla es desde el origen de la reflexión heideggeriana el tiempo interno del *sitio*, del plexo espacial donde el ser-ahí funde las dimensiones espaciales y temporales en un sentido kairológico intrínseco a su propio ser. De aquí que Heidegger se desplace fundando existenciarios unos sobre otros: el *conformarse* del sitio estará fundado en el *comprender*⁶⁴, y luego el *comprender* estará fundado en el *advenir* de la cura⁶⁵.

Aproximémonos mejor: *el encontrarse* es ante todo encontrarse “dirigido desde a”; habitar un *estado de yecto*, un estado en el cual las cosas quedan orientadas por un afecto o un estado de ánimo original al cual el ser-ahí se ha entregado.

Las cosas (y el ser-con) “van” hacia un estado en el que se encuentran y convergen afectivamente. El ser uno-con-otros y el ser de los entes a la mano quedan “referidos” (abiertos) a este estado afectivo o pático en el que fundan su existencia, y al que nosotros vincularemos directamente con el *deseo*. Un deseo por el cual el paraje de las cosas no es una realidad estática sino un lugar tensado y direccionado en el deseo que les es común. Claro que este deseo es para Heidegger una afectividad

⁶⁴ M. Heidegger, op.cit, § 18, p. 100: “El previo conformarse en...con...” se funda en un comprender lo que se dice conformarse...”

originaria que no está ni fuera ni dentro; es deseo originario que funda incluso la estructura psíquica, en tanto “no se refiere primeramente a lo psíquico, no es ningún estado interno [s.n.] que se exterioriza de un modo enigmático y destiñe sobre cosas y personas⁶⁵. Pero aún más, este concepto de deseo en tanto sexualidad es recuperado por Merleau-Ponty en una lectura existencialista del psicoanálisis, donde el deseo no queda atrapado en un inconsciente puramente “interno”, ni expresado en un cuerpo puramente físico-mecánico. El deseo es en cambio una ósmosis con la existencia y se fija a una estructura de conducta: “En el mismo Freud lo sexual no es genital, la vida sexual no es un simple efecto de los procesos, de los cuales los órganos genitales son la sede, la libido no es un instinto, eso es, una actividad orientada naturalmente hacia unos fines determinados, es el poder general que tiene el sujeto psico-físico de adherirse a unos medios contextuales diferentes, de fijarse mediante experiencias diferentes, de adquirir unas estructuras de conducta. Es lo que hace que un hombre posea una historia. Si la historia sexual de un hombre da la clave de su vida, es porque en la sexualidad del hombre se proyecta su manera de ser respecto del mundo, eso es, respecto del tiempo y respecto de los demás hombres...”⁶⁷

Desde esta mirada prospectiva que alcanza a Merleau-Ponty, *el encontrarse* es pues quedar atravesado por la dimensión sexual del deseo que orienta las relaciones humanas y les otorga un tiempo, una historia propia. Este deseo no es primeramente interior sino “ahí”, estructura de comportamientos que tensa nuestra existencia, de modo que la cura psicoanalítica no es sólo tornar consciente una verdad interna, sino recuperar una historia de situaciones y resignificarla desde otra situación – la relación transferencial con el analista-⁶⁸ El tiempo kairológico del encontrarse es pues el tiempo tensado por el deseo que impregna la estructura de relaciones del sitio.

El *comprender* es comprender desde la posibilidad de la muerte las posibilidades determinadas de la vida. Señala Heidegger que el ser “marra” sus posibilidades en tanto deja pasar otras. En este sentido el comprender es “ser posible”, no como posibilidad lógica sino como el quedar sumido en ciertas posibilidades frente a la finitud de la muerte (la posibilidad de la imposibilidad de la existencia).

⁶⁵ *ibid.* § 68, p. 391: “El comprender se funda primariamente en el advenir, mientras que el *encontrarse* se temporaria *primariamente* en el sido.”

⁶⁶ M. Heidegger, *op.cit.* § 29, p 158.

⁶⁷ M. Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, p 175.

⁶⁸ Cfr. J.F. Lyotard, *La fenomenología*, cap. II, punto VII, Fenomenología y psicoanálisis, p37 y ss.

Si el tiempo del encontrarse es el *tiempo tensado por el deseo*, el tiempo del comprender es un *tiempo finito tensado por la muerte*. Su sentido no es el de un telos de progreso que garantiza eternidad, sino al contrario, el tiempo de una opción limitada por la muerte con la cual el ser se otorga sentido y se proyecta como posibilidad. Por eso mismo el deseo que tensa el tiempo no es un deseo por el “más allá” que deviene en el presente como deber, tal cual vemos en Kant; es deseo en su finitud más propia, cruce de relatos cotidianos fragmentados, deseo que opera orientando la cotidianidad del sitio y las prácticas del habitar.

Llegados aquí, el tiempo encuentra otras formas con las cuales ser finito. Las tensiones temporales no son “lineales”, hacia un fin necesario; son al contrario tensiones con formas de repetición. Y este es el núcleo por el cual he propuesto confrontar a Heidegger con Kierkegaard. Pues, en el concepto de repetición ambos acuerdan contra las analogías kantianas, más allá de las distancias entre una idea más realista de la interioridad de la persona o más fenomenológica del ser. En ambos la repetición es la forma del cauce del deseo y la resolución de la angustia de un ser finito y relativo a la muerte.

Primeramente, con Kierkegaard hay repetición “después de la tormenta”, esto es, recién entonces cuando la persona ha decidido pasar el límite del *estadio estético* al *religioso*. La repetición, como estado de plenitud no es posible al modo del eterno retorno (actorizado en el deseo de Constantius). La repetición no es manejable por la conciencia ni por el circuito dialéctico de las ideas. Es aquí donde la categoría de la “prueba”, como el estado en el cual la persona se asume arrojada a la existencia sin la protección de un designio temporal que le ampare, estado en el cual tiene que elegir y a su vez aceptar el azar (por el cual el sufrimiento acontece sin ser designio divino –la enseñanza de Job–), quiebra el ciclo dialéctico, quiebra lo esperable y abre el tiempo de la repetición.

La repetición no acontece entonces por ley necesaria sino por opción deseante. La eternidad no es duración sino “instante redimido”. Sus formas no extienden el tiempo hacia adelante sino que, de nuevo, son formas páticas; señalan con sus figuras el tiempo de esa opción deseante y pasional. El tiempo de la repetición se vuelve entonces relato, avatares de un deseo en busca de una opción.

Por eso mismo también Kierkegaard entiende al deseo en relación a la angustia, la de elegir en la marca de la finitud sobre un abismo de posibilidades infinitas.⁶⁹

El marco del tratamiento de la repetición en Heidegger es para este caso semejante al de Kierkegaard: la repetición de un tiempo finito (de la estructura tripartita de la cura) y de un modo auténtico del tiempo, esto es, signado por la posibilidad de la muerte y la angustia de no-ser.

Al ir de lo espacial a lo temporal de la existencia a través de la estructura hermenéutica, los vínculos entre los existenciaros de ambas condiciones se entrelazan profundamente. Pero para enlazar y circunscribir la espacialidad en la estructura tripartita de la temporalidad, Heidegger pasa de dos existenciaros a tres caracteres extáticos del tiempo, y este paso analítico es fundamental en la resolución de la tesis de la cura.

El *encontrarse* del habla es asimilado al carácter de *facticidad* del tiempo, mientras el *comprender* a su *existenciariedad*.

La *facticidad* (ser-ya-en) como la condición temporal de encontrarse en situación, de encontrarse existiendo en un “pasado presente”, o un “constantemente sido”. Pero se trata, recordemos, de un encontrarse yecto, de una red de afectividad que parece continuar su historia. La *existenciariedad* (pre-ser-se) es la condición temporal del “advenir”, en el cual la existencia se proyecta como ser posible a lo que llega, como el “futuro presente” de un ser adviniente “hacia” la muerte. Y aquí tenemos la primer definición de la cura como totalidad unitaria del fenómeno de la temporalidad: “el existir es siempre fáctico. La existenciariedad es determinada esencialmente por la facticidad.”⁷⁰

Pero la cura, en tanto totalidad unitaria, inmediatamente es rectificada como tripartita con un tercer carácter, la condición *co-puesta* de *caída* (del ser cabe). Aquí es donde podemos apreciar cómo este desplazamiento de dos a tres caracteres es pues la absorción de lo espacial del ser cabe en la estructura tripartita de la temporalidad. En efecto, el punto de partida para reflexionar sobre esta estructura es el fenómeno de la *angustia*. (En el modo de resolución de la angustia ante el encuentro con la muerte y la condición propia de no-ser, Heidegger señala dos primeras formas de la cura: el tiempo propio en el que el ser se asume en relación a su finitud, y el tiempo impropio en el

⁶⁹ Cf. N. Chestov, *Kierkegaard y la filosofía de la existencia*, pp 88 y ss.

cual resuelve la angustia huyendo a una cotidianidad que no significa la muerte sino que sólo la espera). El sentido de angustia se presenta desde el ser cabe, es decir, se trata de un sentido profundamente “espacial” de la angustia. Ella emerge sin causa específica, pero es condición de *inhospitalidad* del ser cabe que habita. “La angustia no sabe qué es aquello ante que se angustia. Pero en “ninguna parte” no significa una nada, sino que implica un paraje, el estado de abierto de un mundo para el “ser en” esencialmente espacial”.⁷¹ Porque la muerte no es sólo determinación temporal sino espacial. La muerte es también no-habitar. Por eso es que los cementerios, como las cárceles, son “proyectos” profundamente contradictorios para la arquitectura.

De esta angustia espacial de inhospitalidad, de extrañeza del entorno, de la muerte como obstrucción del habitar, surge el carácter de *caída* como tercer condición del tiempo. (Caída en las cosas del mundo que, de nuevo, podrá ser impropia si elude su advenir, o propia si en la cura prima el advenir). De modo que, ahora visto desde la totalidad de la cura, del modo de resolverse como totalidad esta tripartición, la espacialidad queda delimitada, circunscripta, al momento de la caída (ser cabe), y así lo ratifica Heidegger hacia el final de la segunda sección de SyT: “Espacial sólo puede ser el ser-ahí en cuanto cura en el sentido de existir fácticamente cadente”... y más, se trata de lo espacial como el modo impropio del ser cabe, que es el mero *presentar*: “Esencialmente cadente, se pierde la temporalidad en el presentar y no se limita a comprenderse “viendo en torno” y partiendo de “lo a la mano” de que se cura, sino que toma a lo que de esto el presentar destaca, constantemente, como presente, las relaciones espaciales...”⁷²

Ciertamente, con el término “espacial” Heidegger ha detenido su analítica para seguir designando la condición métrica del espacio en tanto impropio. Hay una espacialidad propia de la existencia que “abre a la situación” del sitio y que es anticipada al principio de SyT, pero esta será paradójicamente desespacializada como *mirada* en el análisis de la temporalidad, punto de vista hermenéutico del que habita.⁷³

⁷⁰ M. Heidegger, op.cit., § 41, p 222.

⁷¹ ibid. § 40, p 215.

⁷² ibid. § 70-71, pp 423-424.

⁷³ ibid. § 60-62, pp 339-353: Cap II: Pero la espacialidad peculiar del “ser-ahí”, sobre la base de la cual se asigna la existencia en cada caso su “lugar”, se funda en la constitución del “ser en el mundo” (...) Cap III: ...¿no nos remitirá el “estado de resuelto”, en la tendencia misma existencial y más peculiar de su ser, al “estado de resuelto” “corriendo al encuentro” como a su más peculiar posibilidad propia? (...) La aclaración de la “conexión”, entre el “correr al encuentro” y el “estado de resuelto” en el sentido de la posible modalización de este último por aquel ha dado por resultado el mostrar fenomenológicamente un “poder ser total” propio del “ser-ahí”.

Este es el punto en el cual precisamente Heidegger no avanza; dejando circunscripto el problema de lo espacial a la caída, deja irresuelto el problema del espacio, que “sólo” puede ser cadente. Nuestra advertencia de este desplazamiento nos ha llevado a coincidir con Picard respecto a que en la analítica heideggeriana el espacio es derivado como “degradación del tiempo”: “Aunque Heidegger se resista a deducir el espacio del tiempo o a conceder un privilegio al sentido íntimo, en el significado kantiano de la palabra, muy a menudo dice que el espacio es un tiempo caído, constituido por el olvido del futuro y por una pretensión injustificada del presente a imponerse, a desprenderse del futuro y del pasado gracias a los cuales exclusivamente es, a desarraigarse de cierto modo, a absorberse en sí mismo (...) El espacio deja así de parecer verdaderamente originario. Parece ser una degradación del tiempo. No aparece más que como consecuencia de lo esencialmente decaído, característico de la existencia”.⁷⁴

B. El espacio de la repetición

Hasta aquí hemos presentado la tesis heideggeriana del tiempo como estructura tripartita de momentos co-puestos: *existenciariedad*(*pre-ser-se*), *facticidad* (*ser-sido o ser-ya-en*), *caída*(*ser cabe*); sabemos que con ella Heidegger traspasa a un “estado de abierto” del ser-ahí el tiempo inmanente de la conciencia que recibe de Husserl. Pero, hemos reparado con ello en que el deslizamiento de lo espacial a lo temporal circunscribe lo espacial al carácter temporal de la *caída*. Veamos ahora qué ocurre con la repetición y qué lugar ocupa en esta estructura.

La cura en tanto totalidad estructural puede, en relación a la muerte, resolver su finitud temporal de dos modos: como estado de resuelto o como irresuelto. En el primer caso la muerte es asumida y resignificada como vocación, y éste es el lugar que

Con este extracto deseo ejemplificar de la fuente primaria aquello que señalamos desde el principio: Si la estructura tripartita de la Cura realiza su totalidad por esta “conexión” entre “estado de resuelto” y “correr al encuentro”, y en tanto el correr al encuentro sea una “modalización existencial” del primero, el carácter espacial es reconocido en el estado de resuelto e ignorado en aquel otro, aún cuando el propio Heidegger propicie pensarlos como totalidad y advierta indirectamente a través de la “reiteración” la condición espacial del correr al encuentro: “...este “tener por verdadero” como resuelto “mantenerse libre” para la retirada es el propio “estado de resuelto” a la reiteración de este mismo estado.”

⁷⁴ Ivonne Picard, *El tiempo en Husserl y en Heidegger*, p. 9, Introducción a la *Fenomenología de la conciencia inmanente*. Véase Bibliografía.

Heidegger asigna a la repetición. Digamos, en síntesis, que la repetición es entendida como “retrovocación”.

En el estado resuelto de la cura, la existencialidad (o advenir), facticidad y caída son modos resueltos como *advenir de la muerte, repetición y mirada*. Pero de nuevo reparamos en una bipartición que prima sobre la caída; prima el modo del advenir propio, que es “precurar la muerte”, en el sentido que asumir la posibilidad de la muerte es abrir el futuro en tanto vocación. El advenir es estar “vocacionado para”, y en este sentido, existir en la tensión de un llamado que adviene y que otorga sentido a la vida desde su tiempo extático (lo vocacional no viene internamente, sino que en tanto “llamado” viene extáticamente). Pero este advenir es siempre al decir de Heidegger “correr al encuentro”, advenir siempre a una facticidad temporal que ahora “repite” la vocación como retrovocación. De modo que la repetición es el tiempo de un encontrarse, de un “hallarse de nuevo” semejante al “he vuelto a ser yo mismo” de Kierkegaard, orientado en un deseo vocacional, y como tal, la repetición es el modo temporal de un estado afectivo, conforme a la vocación que acontece en el modo del advenir.

Recuperemos el ejemplo anterior: en la cotidianidad del padre y el hijo que citamos más atrás, el ser-ahí “advienen” como vocación de ser familia atípica de dos personas. Incluso podemos servirnos de la analogía de la madre ausente, puesto que ellos son llamados a ser dos desde fuera, desde un tiempo del que no disponen y no pueden manipular, pero al que han otorgado sentido (han comprendido) en ese advenir en tanto vocación de ser dos. En esta vocación es “co-puesta” una repetición como modo en que constantemente son dos. Ellos se “hallan” en la repetición del desayuno, no el desayuno que es uno sucesivamente tras otro día tras día, sino más bien la práctica de un estado afectivo que les retiene en el curso de acontecimientos. El desayuno que no es sucesión de acciones sino repetición de una forma afectiva alrededor de la cual gira toda su vida, (aunque no estén ellos en el horario cronológico del desayuno), y sólo en tal sentido funda una historia para ambos.

El advenir de ser dos funda un destino, una trayectoria, mientras la repetición es la forma histórica de esa trayectoria. El desayuno es la memoria vigente de su más propio destino.

De esta tensión temporal entre advenir y repetición surge y se funda el ser cabe como *mirada*. Heidegger señala que el *tiempo historial* de la repetición es un

tiempo público, en tanto la repetición es un estado de resuelto “con otros”: En la cocina, el espacio del desayuno, y en todo el departamento “en torno” al “kairos” del desayuno, no están las cosas unas junto a otras, sino que las cosas “intertemporación”, son en la repetición de un evento que retiene una forma temporal (la de ser dos). La *mirada* vincula en su espacialidad la expectativa del advenir (ser dos) y la retención del estado afectivo que le es propio. La pava, la tostadora, la silla vacía se repiten en esa afectividad, y la *mirada* las reserva en ese vínculo. La mirada como ser cabe retoma pues desde la estructura tripartita de la temporalidad el “ver en torno” que en principio Heidegger señala respecto del *des-alejarse*, existenciario del habitar. La mirada es pues interpretar el sitio vinculando el advenir y la repetición. Como tal, la mirada es sólo gesto hermenéutico. Mirada del que mira y dice: “Se juntan en la cocina”.

Pues entonces, al deslizar la analítica del ser-ahí desde el espacio al tiempo, primero el espacio queda obturado en *uno* de los tres caracteres, la caída. Luego, al reflexionar sobre los modos de la cura (propia o impropia), lo espacial es disuelto en un devenir puro. El habitar se vuelve pura mirada que pone en situación las cosas y las vidas *respecto de* su advenir (correr al encuentro) y su repetición (estado de resuelto), pero ahora, el advenir y el retrovocar no tienen espacialidad, se han desespacializado al convertirse en derivados del *habla* y en productos de la conciencia. Esta operación analítica tiene su punto de inflexión clave cuando Heidegger trata el “estado de resuelto” en el capítulo II de la segunda sección. Aquí es donde, definido como “ser en situación”, Heidegger reconoce en éste una implicancia espacial, “En el término situación” (“estar, ser en situación”) resuena una significación espacial. No intentaremos amputarla del concepto existenciario. Pues entra también en el “ahí” del “ser ahí”.⁷⁵ En realidad, nos parece que tal aclaración delata lo que contrariamente sucederá en seguida. El espacio del estado de resuelto es amputado a cuenta de constituir tal estado por un encontrarse (dispuesto a la angustia de la inhospitalidad), un comprender (la vocación de su más propio poder ser) y un habla (que es silenciosidad avocadora de sí mismo). Al “ser en situación” se le reconoce una “espacialidad propia”, pero se lo desarrolla desde el estado de una “conciencia propia”. Luego, la repetición no será “espacio de la repetición”, sino la condición temporal del ser-sido propio, co-puesta a la mirada como gesto hermenéutico puro sobre el espacio. El espacio entonces queda acorralado: o bien es cadente, espacio del mero presentar en

⁷⁵ *ibid.* § 60, p. 344.

el modo impropio, o bien es puro devenir en la *mirada* del advenir y el sido en el modo propio del temporarizar*.

Este es el punto de inflexión al cuál nos interesa volver a nosotros: no sólo reconocer una espacialidad propia, originaria de los éxtasis del advenir y del sido, sino desarrollarla como un existenciario de *espacialidad tensiva*. Por eso debíamos recuperar en Kierkegaard el reconocimiento de este espacio. En *La repetición* el espacio no es la cuestión a la que se apunta pero es en la cuál se apoya. Con Kierkegaard la *repetición no es hermenéuticamente pensada sino habitada en situación*.

Aparece entonces un “espacio de repetición”: tanto Kierkegaard como Heidegger resuelven con la repetición el problema del tiempo y su trayectoria: plenitud de la vida afectiva o autenticidad en el sentido de la muerte (con la reflexión que nos queda pendiente sobre el vínculo entre el cause de la angustia y el cause del deseo). Sin embargo, lo historial y lo espacial quedan desvinculados en el desarrollo de SyT. La mirada kierkegaardiana nos ha servido pues para restituir lo historial al espacio existencial, o la *tensividad* a la espacialidad del ser cabe. Pues éste es en rigor el mismo ser que “en situación” por su habla funda una historia y se destina por ella, de modo que *el habitar es historial y el espacio siempre es espacio del tiempo, trayectoria de la búsqueda y el deseo*.

El gran problema de Constantius en *La repetición* parece ser intentar resolver la vida afectiva, como consultor del joven, en el marco de lo que Kierkegaard señalaba como estadio estético, en el cual la vida humana parece reducirse a un proceso lógico-dialéctico. El joven dice a Constantius “¿Acaso no era una especie de locura el haber domeñado de esta forma todas las pasiones, todas las emociones y todos los sentimientos del corazón, sometiéndolos férreamente al frío regimiento de la inteligencia?”⁷⁶ Y ya sabemos que esto no es por parte de Kierkegaard una resistencia a la razón, sino un rechazo a la pretensión de su dominio absoluto de la vida. Precisamente, “La grandeza de Job estriba en que el apasionamiento de su libertad no se deja sofocar o aquietar con una explicación falsa.”⁷⁷ ... volvía a señalar el joven en la carta del 14 de diciembre. La contienda con Hegel está librada a lo largo del texto, y el joven llega a decir contundente: “La filosofía moderna, por su parte, no hace ningún movimiento, sino que sólo hace, por lo general, hablar de eliminaciones y

⁷⁶ S. Kierkegaard, *La Rep.* p. 228.

superaciones, y si alguna vez realiza un movimiento, éste siempre se queda dentro de los límites de la inmanencia. La repetición, por el contrario, es y siempre será una trascendencia⁷⁷. Es sugerente la relación de esta forma de dicha y la idea de autenticidad que supone la retrovocación en Heidegger, pero antes de esto donde queremos llegar con Kierkegaard es que para explicar los avatares de la repetición en ambos protagonistas, toma por isotopía o tema dominante *al espacio de esas repeticiones*. Para dar cuentas de la repetición es que espacializa la secuencia de los protagonistas: precisamente ese es su mejor argumento, el demostrar que la repetición no es un movimiento puramente lógico, sino que embarga la existencia entera ahora puesta en clave espacial. La repetición de Constantius es primariamente la *secuencia espacial de un marco de conductas*: “La tarde siguiente volví otra vez al Konigstadter. Lo único que se repitió fue la imposibilidad de la repetición”...⁷⁹. Repetir la imposibilidad (de controlar la repetición) no es un episodio mental sino la secuencia del viaje a Berlín. Del mismo modo, el joven no repite un trauma de su vida “interior”. Si hay tal interioridad ella queda comprometida en la secuencia del escape a otra tierra, bien alejada de otro escenario espacial con el cual Constantius le proponía resolver su vida afectiva, con otra lógica de secuencias por las cuales el joven luego le catalogaría de loco.

Lo que vemos en Kierkegaard es la condición espacio existencial que hace temporal y elástico el espacio habitado, que lo hace “espacio de tiempo”: “Entonces, a esa primera hora de la mañana, sale la muchacha a su jardín y llena de admiración lo va recorriendo de una parte para otra. ¿Quién, sin embargo, se admira más, la muchacha o los árboles que la ven pasar con su calma y belleza? Ahora se pone de cuclillas y recoge las frutas caídas en el suelo. Ahora avanza unos pasos más y de pronto se queda plantada y pensativa...”⁸⁰ [s.n.] Aquí el primer ejemplo, el de la muchacha del gran jardín de las afueras de Copenhague. Allí Constantius solía ir de madrugada, y sin que la muchacha lo advirtiera, él recorría sus movimientos con la mirada. Ahí mismo, en esa mirada, Kierkegaard pone en boca de Constantius un tiempo interno que pertenece secretamente al ritual de la muchacha y *el bosque*. Los árboles la saludan...y ahora...y luego...y de pronto. Un tiempo rítmico interno al

⁷⁷ ibid. p. 255.

⁷⁸ ibid. p. 224.

⁷⁹ ibid. p. 199.

⁸⁰ ibid. p. 195

corazón del ritual, ritual en que la belleza de la muchacha se repite en cada momento que Constantius mira en cadena.

“Inmediatamente me dirigí a mi antigua posada para convencerme cuanto antes de la posibilidad y límites de la repetición...Se subía por una gran escalera, iluminada con luz a gas, se abría una pequeña puerta y se entraba en la salita o recibidor. A la izquierda una puerta de vidrio...De frente, al final del pasillo, un salón más amplio...Si uno cogía la silla de esta habitación medio a oscuras e iba a sentarse junto al alféizar de la ventana, podía solazarse a maravilla contemplando la gran plaza...Ay!, pero a penas llegué a mi antiguo alojamiento, me di cuenta que aquí no era posible ninguna repetición...”.⁸¹ He aquí el ritual inscripto en la misma arquitectura que le hace de soporte, ahora con total prescindencia de actorización humana. Los muros no solo son el fondo sino la figura en movimiento del escenario. Claro que la repetición que Constantius reconoce imposible aquí es la del “tiempo externo” o la del objeto trascendente en los términos de Husserl; él conserva una memoria del lugar que no podrá volver a confirmar años después, pero no es precisamente ésta la repetición a la que queremos aludir, sino, al contrario, a la repetición del “tiempo interno” o de la temporalidad inscripta en el ritual espacializado. Pues a esto Kierkegaard no alude pero asume como dado: también en la posada hay un tiempo interno, un tiempo que fue captado por Constantius por medio de una memoria rítmica (u operante), percibiendo el espacio de un modo tan cotidiano a todos nosotros que dejamos pasar por alto. “Antes del recuerdo”, o tal vez junto con la memoria histórica, una memoria rítmica captó la secuencia de los espacios, el comienzo y el fin de las imágenes contiguas...Sucede entonces que esta repetición no es repetición de un pasado histórico sino de un futuro rítmico que ya fue, como el himno ambrosiano de Agustín; y no se halla “lo que viví hace tiempo” sino “lo que espero que venga después de esto”. En este caso, si Constantius recuerda un pasado en forma de secuencia espacial, es primero porque en aquel pasado el espacio de la posada fue vivido en esa precisa temporalidad inmanente de repetición rítmica, solo que dicha temporalidad es existencial con Kierkegaard y reflexiva con Husserl. Más aún, esta tensión espacial es copresente dentro de una estructura de sentido global, a un objeto de deseo en torno al cual *toda la posada cobraba vida propia*: “Podía [uno] solazarse a maravilla contemplando la gran plaza...”

⁸¹ *ibid.* p. 165-167.

¿Qué nos queda entonces del espacio de *La Repetición*? un *espacio de tiempo interno, o espacio elástico estructurado por un deseo intrínseco*. Intrínseco a su apropiación espacial en tanto centro de carencia y búsqueda instaurado por el propio ritual del sitio. Aquella condición espacial del “estado de resuelto” que Heidegger no intentaría anular pero que deja atrás en su desarrollo es justamente la condición de *ritual* con que el ser es en situación. Los espacios de la vida humana no son solo “desalejamientos” o “direcciones de orientación” de un plexo inmóvil, como si el tiempo estuviera detenido en el mero “ubicarse” del “ver en torno”. Los espacios del sitio son sobre todo trayectorias de deseo, secuencias dinámicas de una tensión que es propia a la vida afectiva del sujeto habitante, y por la cual la espacialidad comporta su temporalidad inmanente.

Ahora se torna más clara la distancia entre Kierkegaard y Heidegger en lo referido al espacio, por lo menos en los dos textos claves que comparamos. A través de *La Repetición* Kierkegaard asigna al espacio una condición temporal que Heidegger sólo reconoce en la determinación del Habla, como articulación del *encontrarse* yecto y el *comprender* su posibilidad de muerte por parte del ser ahí. Más allá de que la estructura tripartita de la temporalidad opera simultáneamente con sus estadios al modo de los tres presentes de Agustín y Husserl, lo historial queda reservado al desarrollo hermenéutico del ser-ahí, al hecho de otorgarse un sentido vital que torna auténtica la trayectoria hacia la muerte. Entonces la repetición es en SyT la reiteración de su ser más propio, el de su vocación y su deuda. En otras palabras, se reitera aquello que será. Su unidad estructural radica en la repetición de un punto pasado que ya es proyección o trayectoria-hacia. Advenir y repetición son una unidad en la cual se precursa la muerte. Así es como en Heidegger el espacio es solo desalejar y direccionar, es solo escenario fijo, y queda él relegado de lo historial, y es así como esa fijación escénica de la espacialidad puede ser homologada a la fijación tipológica del locus en la teoría rossiana.

C. La poética de un estático habitar

Los caminos que la categoría moderna de *espacio* tomó por la vía filosófica en la crítica existencialista, y por la vía arquitectónica en la crítica neovanguardista, se hallan profundamente entrelazados. Hemos hecho notar que los puntos de contacto entre estas dos vías acontecen en los abordajes o presupuestos ontológicos de la triple relación sujeto-espacio-tiempo. Pero, en el cruce y avance de estos caminos hubo una condición del espacio existencial que fue olvidada o desalojada por la deriva de sus desarrollos: En los términos de Heidegger, la espacialidad del *sitio* fue des-ritualizada; en los términos de Husserl, el espacio arquitectónico en tanto objeto temporal fue unificado como puramente trascendente.

Con el neoracionalismo que ilustramos en la *Bye House* el espacio arquitectónico es un “objeto temporal inmanente”, se está diseñando sobre la base de un tiempo interno a la secuencia habitacional edilicia, pero al conservar la noción de tiempo como permanencia que dura, como extensión métrica, la temporalidad inmanente se ratifica como reflexiva, vuelve hacia su origen kantiano, y a cambio la temporalidad inmanente al ritual del ser cabe queda extraviada.

Desde el otro enfoque, ciertamente Rossi ha concebido al tiempo del espacio en tanto “objeto temporal trascendente”, pues lo que cuenta es el espacio como permanencia de una memoria histórica que actualiza su temporalidad por medio de operaciones analógicas, pero, en la operación teórica de cargar el dato de una temporalidad reflexiva puramente trascendente a cuentas de una noción de espacio más existencial como es la del *sitio*, el resultado vuelve a ser el mismo: El sitio se presupone ontológicamente “extático” pero se desarrolla desde una temporalidad “estática”. Ahora lo que “dura” no es la distancia que mide más o menos tiempo, sino la permanencia del monumento arquitectónico formalizada en el *tipo*, y el tipo no es más que el objeto de totalidad ideal de la conciencia tética en el cual el fluir temporal ha quedado detenido, fijo, inmóvil como pauta formal genealógica de diseño. Por eso mismo hacíamos notar que la regla morfológica de diseño en el *Palazzo Scandicci* es la yuxtaposición de tipos, una yuxtaposición que hace co-presentes diversos tipos reactualizados pero en cuya totalidad no se cuenta con una temporalidad inmanente. La temporalidad del ritual del ser cabe nuevamente ha sido extraviada al suspender el tiempo del sitio.

Ahora bien, la teoría rossiana sobre el tiempo del espacio arquitectónico viene a coincidir con la “anulación del espacio” en la tesis heideggeriana de la temporalidad extática.

Es notorio cómo, antes de Husserl, Kierkegaard reconoce en *La Repetición* una doble temporalidad trascendente e inmanente en la espacialidad vivida por sus personajes. Todo el planteo de la repetición está doblemente espacializado; el personaje intenta repetir en el gesto habitacional otro acontecimiento que ha sido guardado en una *memoria histórica*, pero como vimos en los ejemplos anteriores, lo que intenta repetirse es a su vez la secuencia interna de aquellos espacios que queda inscripta en la *memoria rítmica* de los mismos protagonistas.

Antes de Husserl, esta doble temporalidad es reconocida en el “espacio de la repetición” de Kierkegaard, pero este espacio es aquí verdaderamente extático, propio a la mundanidad del ser. Luego de Husserl, Heidegger lleva los tres tiempos del campo de presencia husserliano de una fenomenología de la conciencia a una fenomenología del ser, pero en el camino no ha recuperado con ello la espacialidad extática más propia de la estructura tripartita de temporalidad. Esta espacialidad del ritual apenas estaba asomando con Kierkegaard, pero al mismo tiempo que Heidegger des-ritualiza al sitio, Rossi lo tipifica como una permanencia de simultaneidades cuasi eternas, y lo despega de toda contextualización “cotemporal” al entorno de emplazamiento de la obra arquitectónica.

Por este mismo decurso es que tanto Heidegger como Rossi vuelven a cruzar sus caminos en lo que podemos llamar una concepción “auténtica o propia” del espacio del ser-ahí, a partir de lo que ambos entienden por *poética del espacio*.

En dos textos tardíos de Heidegger, *Poéticamente habita el hombre* (conferencia de 1951), y *El origen de la obra de arte* (publicado en 1952), vemos una continuidad de pensamiento en cuanto a la espacialidad se refiere. El “habitar propio” y por tanto su “espacialidad auténtica” son derivados del gesto hermenéutico del temporarizar propio. Así como la esencia de la poesía es un *hacer* por medio de la contemplación⁸², realizar la instauración de la verdad, la instauración como *ofrenda* (“El poner-en-la-obra la verdad impulsa lo extraordinario a la vez que expulsa lo habitual” [s.n.]), como *fundación* (pues la verdad se funda en “la tierra”, metáfora para aludir al origen histórico de la verdad de un pueblo, su *ser-sido*), y como *comienzo* (en

⁸² M. Heidegger, *El origen de la obra de arte*, ps. 90 y ss. Véase bibliografía.

el cual se reabre la historia del ser con el empuje de la “lucha de la verdad”), así también el habitar esencial “reposa en lo poético”. Contra la noción vulgar de habitar como lo que contiene alojamiento⁸³ Heidegger opone este otro habitar cuya medida es “entre el cielo y la tierra”, nuevamente la metáfora para indicar la tensión del temporarizar propio entre el ser-sido (el *terruño*) y el pre-ser-se (el cielo hacia donde apunta el morir continuo mientras se habita).

La identificación entre poetizar y habitar se hace plena hacia el final del texto, cuando Heidegger señala que “El poetizar es el originario dejar habitar.”⁸⁴ Pues se trata de un mismo “construir propio” primigenio, el instaurar la verdad del ser en la construcción arquitectónica misma.

Esta poderosa noción de la poética como habitar originario será retomada por nosotros luego, pues veremos aquí fundada una noción pragmática del hacer poético desde el diseño arquitectónico que vendrá a confluir con la noción más inmanente que heredamos de la lingüística. Pero notemos ahora el paralelo con la obra de Rossi: Al mismo tiempo que Heidegger aclara con Hölderlin que el habitar poético es “sobre esta tierra”, que no es en el reino de la fantasía⁸⁵, señala que “El habitar del hombre reposa en el re-medir de la dimensión -re-medir que alza la vista- a la que pertenece tanto el cielo como la tierra”⁸⁶, y este es el habitar esencial que “expulsa lo habitual”. Pues, ¿qué nos queda entonces en el *entre* el cielo y la tierra? Nos queda el gesto hermenéutico rossiano: ir al reemplazo de lo habitual por la genealogía tipológica del habitar. Pues al expulsar lo habitual identificado con el “mero medir” (el mismo síntoma de SyT) Heidegger arrastra consigo la temporalidad de ese cotidiano vivir, y del mismo modo Rossi olvida toda contextualización e inmanencia para eternizar el tiempo en la permanencia del tipo. En este gesto existe por cierto una poética que siempre “instaura un comienzo”; Piñón hace notar a todas luces la distancia de posiciones trazadas entre Grassi y Rossi⁸⁷: mientras Grassi radicaliza su dependencia lógico-formal del tipo histórico, Rossi avanza con su arquitectura ampliando su concepto de *analogía*, dejando participar en el trabajo creativo del diseño a su propia autobiografía, fuente de evocaciones más afectivas con las cuales se otorga la libertad

⁸³ M. Heidegger, *Poéticamente habita el hombre*, p. 14. Véase bibliografía.

⁸⁴ *ibid.* p. 25.

⁸⁵ *ibid.* p. 17

⁸⁶ *ibid.* p. 20

⁸⁷ Helio Piñón, *op.cit.* ps 106 y ss

de reformular los tipos más institucionales de la arquitectura; como diría Heidegger, un verdadero poeta “sobre la tierra” haciendo recomenzar la historia vista al cielo.

Podríamos objetar con Grassi que esto sería nuevamente volver a la “caja negra” de las excusas creativas en diseño, pero no es nuestro punto aquí. Nuestra pregunta más diligente hacia esta resolución de la poética es: ¿Cómo es posible instaurar un re-comienzo de la historia desde el seno mismo del habitar si el ser cabe no es marrado desde su facticidad habitual? ¿En derecho a qué verdad del cielo podemos recrear al terruño? Queremos notar con ello que la poética de la historia queda a medio camino sin el reconocimiento de una temporalidad inmanente y auténtica al ser cabe. Pues, para Rossi *el tipo* opera finalmente como pre-forma para fundar ahí su recomienzo en el acto creativo, pero la noción de tiempo sobre la cual se erige sigue siendo estática, se trata de una pre-forma primordial, originaria y duradera en el cual el tiempo siempre queda detenido; todas las variantes de la creatividad autobiográfica aplicadas a él no cambian su presupuesto ontológico por el cual, la práctica de apropiación habitacional es por así decir “congelada”, detenida en la fijación de su objeto puramente trascendente.

2) El sitio y la mirada

A. Desarrollos antropológicos en torno al *sitio*.

Nuestro posicionamiento antropológico es existencial. Hemos optado por una fenomenología existencial que asume al sujeto del habitar como el *quién* del *ser cabe*, como aquel que es constituido en su habitar mismo abierto al mundo, y de éste mentamos su espacio existencial y sus existenciaros. Sin embargo, hemos notado en el origen de esta posición una deriva que degrada al espacio como *caída* o que lo obtura como *mirada* hermenéutica (sea impropia o propia la constitución de *la cura*). El resultado de ello en las teorías del espacio arquitectónico puede entenderse desde la fenomenología reflexiva como un extravío de la temporalidad interna o “inmanente” del espacio propio a las prácticas del habitar.

Nuestro particular abordaje consiste en desandar este camino para hallar en el espacio existencial una primordialidad espaciotemporal original del ser cabe, propia a

lo habitual de sus prácticas. Diremos entonces que su estructura existencial es doble: el espacio existencial es *sitio* y *ritual*. El *sitio* *escenifica* el habitar y espacializa al tiempo; el ritual *tensa* el habitar y temporaliza al espacio. La condición existencial de ambos nos permite entender su cruzamiento como totalidad indivisa, no como “partes de aquí o de allá” del espacio que habitamos.

En cuanto a la noción de *sitio* tal como ha sido referida a Heidegger en los puntos anteriores, ella es ulteriormente explorada y desarrollada casi en una sinonimia directa con la noción de *territorio*, noción que viene a sacar a la luz diferentes aristas sobre su espacialidad según los saberes que abordan el tema. Será importante para nosotros retener aquí las tres posiciones más influyentes:

-Tenemos por cierto una primer versión del término proveniente de la etología, de la cual un buen resumen en esta línea de desarrollos puede hallarse en el trabajo de Robert Sommer⁸⁸. Basándose en los trabajos del etólogo Henri Hediger el territorio es definido como el área espacial en relación de posesión y defensa respecto a su individuo poseedor. Si bien hay un cuidado por limitar el sentido del término a lo puramente descriptivo sin ingresar a la discusión de la raíz innata o adquirida del comportamiento, nos queda clara la posición biologista por la cual estos desarrollos avanzan por estudios comparativos entre las especies, dentro de las cuales la humana sería “El animal número uno”⁸⁹.

Nos parece clave el trabajo de Sommer no sólo por su interés de aportar a la teoría de la arquitectura, sino porque se muestra con claridad hasta dónde avanzó este curso de desarrollos: Se comienza claramente por la concepción espacio “burbuja” en torno al cuerpo del individuo y capaz de responder así a los componentes de *personalización* y *defensa* de los que partía Hediger. El comportamiento territorial parece ser en principio individual, sobre todo en cuanto a la “*dominancia* (un individuo intimida o amenaza a otro) y *liderazgo* (un sujeto dirige al grupo).”⁹⁰ Pero se reconoce luego que esta burbuja personalizada tiene también bordes socializados y más lábiles en los cuales el sujeto territorial comienza a variar y el territorio se torna “público”; “Lyman y Scott distinguen cuatro tipos de territorio en las sociedades humanas: públicos, habituales, de interacción y corporales”⁹¹ A partir de aquí se abre un campo de desarrollos hacia una territorialidad de interacción grupal o social que comenzará a

⁸⁸ Robert Sommer, *Espacio y comportamiento individual*.

⁸⁹ Es el título que Sommer asigna al capítulo II de *Espacio y comportamiento individual*.

⁹⁰ *ibid.* p. 49.

tematizarse en la diversidad de ambientes (aparece el comportamiento territorial en “los espacios educacionales”, en “comedores”, en las “oficinas”..) y también en la diversidad de asentamientos humanos (se hablará entonces de una “territorialidad urbana”, de una “territorialidad rural”...).

Finalmente, llega el reconocimiento de un aspecto semiótico inherente al comportamiento territorial: la originaria defensa que la especie humana realiza sobre el territorio no queda en una simple operación castrense de ataque o huida del poseedor, sino que despliega la actividad comunicativa de demarcación de señales (como también sucede con otras especies) con el uso de códigos cada vez más elaborados y convenidos socialmente hacia dentro y fuera del área territorial. En esta línea, el “ritual” es entendido como ceremonial de defensa y reconocimiento contra el rival intruso, “Un determinado espacio puede ser defendido mediante cualquiera de las combinaciones posibles de posición, postura y gesto.”⁹² Surgirán entonces los vínculos más estrechos con los trabajos de origen antropológico como los de Ray Birdwhistel o Eduard Hall⁹³ que sistematizan los estudios sobre lenguajes gestuales o de distancias de interacción, y también en relación a los trabajos de dinámica conversacional con exploraciones experimentales como las de Nancy Russo⁹⁴.

- En segundo lugar y más cerca de nuestro tiempo y de nuestra línea de abordaje, ha surgido de la escuela de semiótica urbana colombiana⁹⁵ una noción de territorio explorada desde las prácticas de comunicación. Si bien Silva reconoce un origen etológico en ella, lo territorial sobrepasa aún en aspectos esenciales a aquel espacio de pertenencia y defensa. Pues no se trata de la pertenencia por una simple relación biótica con el suelo poseído sino la pertenencia a “la tierra de los padres”, a un espacio que nos sitúa habitacionalmente e históricamente en lo propio, en lo idiosincrásico. Por tanto, las “marcas territoriales” tampoco están al puro servicio defensivo sino por lo contrario, el territorio aparece como el punto de encuentro de múltiples semiosis y estrategias discursivas que construyen simbólicamente el auto-reconocimiento identificadorio del sujeto territorial. No se trata de la defensa ante un

⁹¹ *ibid.* p. 95.

⁹² *ibid.* p. 101.

⁹³ R.L. Birdwhistell, *Introduction to Kinesics*, Foreign Service Institute, Washington, 1952; Eduard T. Hall, *The hidden dimension*, Doubleday and Company, Inc. Garden City, N.Y. 1966.

⁹⁴ Nancy Russo: “*Connotation of seating arrangements*”, *Cornel Journal of Social Relations*, II, 1967. El trabajo es citado por Sommer a lo largo de la Primera Parte de *Espacio y Comp.*

⁹⁵ En especial con Armando Silva Téllez, en *Imaginarios Urbanos*.

extraño sino más propiamente de la construcción del *sí-mismo*, de aquí que el territorio “necesita, pues, de *operaciones lingüísticas y visuales*, entre sus principales apoyos.”⁹⁶ Es decir, el habitar con “los nuestros” implica la delimitación del territorio a partir de dos ejercicios, el de “*denominar* y el de *recorrer*”, señala Silva, y así el territorio se construye mutuamente entre una práctica de apropiación y una práctica interdiscursiva donde el decir y el ver confluyen en la demarcación de su extensión.

A los fines de nuestra tesis señalaremos dos de las categorías semióticas más importantes desarrolladas por Silva:

*Territorio y “*puesta en escena*”⁹⁷: Aquí es donde la noción de *ritual defensivo* es superada ampliamente respecto a lo dicho por la etología. Los sujetos sociales empíricos que encarnan la territorialidad no están allí en actitud defensiva sino más bien identificatoria; ciertos fragmentos de sus prácticas habitacionales se vuelven verdaderas rutinas de autoreconocimiento o de *protocolos* urbanos, de modo que los propios sujetos encarnan un escenario que se torna *enunciado por ellos mismos y sobre ellos mismos*: “práctica significativa”. Algunos estudios de semiótica de la vida cotidiana realizados en esta línea han utilizado la noción de *protocolo* confirmando por ella la definición fragmentaria de límites territoriales demarcados por distintos grupos urbanos.⁹⁸ Las prácticas de apropiación territorial se estructuran en una secuencia espaciotemporal por medio de la cual entonces se organizan las operaciones discursivas, se seleccionan los materiales significantes y el espacio queda integrado como el soporte visual de la práctica escénica. El protocolo sirve entonces de una sola vez para la demarcación espacial y para la identificación simbólica del sujeto territorial.

Por esta categoría Silva también corrige la rigidez de la noción más marxista del par centro-periferia: Como ya muchos lo han rectificado, en la cultura urbana no se trata de sólo “dos clases” y “dos lugares urbanos” sino de un conjunto de grupos sociales más diversos que entran en la fricción del poder urbano, y entretejen fragmentos territoriales más móviles y superpuestos dentro del mismo andamiaje ciudadano.

⁹⁶ Armando Silva, Op.cit. p. 50.

⁹⁷ A. Silva. Op.cit. p.62 y ss. Cf. *Los escenarios urbanos*. Revista Signo y Pensamiento, N. 11, Octubre, Bogotá, 1987.

⁹⁸ Véase en especial Amira Cano y otros, *Protocolos de San Juan como prácticas significantes de interacción social*, Sec. De Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de San Juan, 1989.

*Territorio y “punto de vista ciudadano”⁹⁹ : Pues, en el mismo hecho de fragmentar territorialmente el espacio de la ciudad quedan también fragmentados los puntos de vista por los cuales la ciudad es leída y consumida en la semiosis interdiscursiva. Los mismos sujetos que construyen los bordes a través de sus “discursos vivos” o protocolos, participan en la delimitación y recorte del texto espacial de su ciudad, pero desde la apropiación del mismo espacio. Silva vincula estrechamente la categoría de punto de vista con las operaciones de *exhibición* de objetos, de *focalización* (los encuadres de la focalización enunciativa) y de la *mirada* (en el sentido de aquel recorte visual que a la vez construye un saber ciudadano específico ligado al territorio); pero lo que queremos subrayar aquí es el giro que Silva da a la categoría de punto de vista en relación a la teoría ortodoxa de la enunciación: mientras que en los textos escritos la enunciación del espacio como “punto de vista” es una construcción puramente inmanente al texto, Silva reubica la categoría dentro de las gramáticas de producción del discurso territorial: el sujeto empírico participa activamente de la delimitación de ese punto de vista a la vez que se apropia del espacio y se vuelve receptor de sus propios protocolos. Para Silva la condición territorial se torna entonces la clave por la cual son organizados los universos de sentido de una idiosincrasia: “Estos dos ejercicios, denominar y recorrer, han de evolucionar hacia el encuentro de la región llamada territorio, como entidad fundamental del microcosmos y la macrovisión. Me explico: la macrovisión del mundo pasa por el microcosmos afectivo desde donde se aprende a nombrar, a situar, a marcar el mundo que comprendo no sólo de afuera hacia adentro, sino originalmente al contrario, desde adentro, desde mi interior psicológico o los interiores sociales de mi territorio, hacia el mundo como resto.”¹⁰⁰

-Ahora bien, nuestra postura en cuanto al territorio viene a ubicarnos antes de lo etológico o comunicacional, en una ontología fuerte; preferimos derivar la categoría de *territorio* del existenciario de *conformidad*, cuyo plexo se constituye por la totalidad de sitios y parajes que se estructuran por sus relaciones de *significatividad*, sentido propio a la “espacialidad del andar” “de que se cura” el ser-ahí.

Es en esta tercer versión de *territorio* donde podremos ubicar las antropologías existenciales más cercanas a Heidegger de Otto Friedrich Bollnow,

⁹⁹ A. Silva. Op.cit. p. 43. Cf. *La ciudad como comunicación*. Revista Dia-logos de la Comunicación, N.23, FELAFACS, Colombia, 1989.

¹⁰⁰ *ibid.* p. 48

Maurice Merleau-Ponty, Christian Norberg-Schulz e incluso Gastón Bachelard. A los fines de nuestra tesis nos detendremos especialmente en los desarrollos de Norberg-Schulz sobre los *elementos* del espacio existencial*¹⁰¹ :

* La tesis de N.Schulz que será luego retomada por nosotros consiste en el reconocimiento de una estructura de orientabilidad en la espacialidad humana; entonces la *significatividad*, como el existenciario que señala ese sentido originario y fundante del ser cabe (la “macrovisión” del punto de vista ciudadano en palabras de Silva), no es derivada tan rápidamente del “comprender” como lo hace Heidegger¹⁰², sino que, siendo fiel incluso al propio Heidegger, las relaciones de significatividad son dadas por su misma sustancia espacio-existencial, son relaciones *espacio-comprendivas* y no sistemas formales de pensamiento puro. De este modo N.Schulz identifica los siguientes elementos de esta “estructura existenciaria”:

* 1) *Centro y lugar* es aquel elemento por el cual se circundan las zonas en torno a un punto focal, y son situadas actividades e interacciones sociales específicas; se trata del elemento por excelencia que “desaleja” el plexo de útiles y recorta lo conocido y desconocido, y por lo tanto que demarca los bordes de la territorialidad. 2) *Camino y dirección* en cambio, es el componente que contiene una tensión propia entre meta y partida, y conecta lugares y sitios posibles por su condición de continuidad; al contrario del lugar, el camino aparece como el componente que tiene el poder de organizar el espacio a través de ejes o regímenes axiales. 3) La *región* aparece entonces como un tercer elemento de segunda complejidad constituido como fragmento tejido por lugares y caminos que aparecen como “figuras más prominentes”, y que en cierto sentido se vuelve a constituir en “lugar” de otro nivel territorial.

Por nuestra parte nos parece fundamental seguir a Bollnow¹⁰³ y adjuntar a esta enumeración otros dos elementos espacio-existenciales que presentan la misma condición estructurante, es decir, que tienen para nosotros el mismo estatuto existenciario y no las consideraremos como simples partes constructivas o funcionales: 4) La *puerta y el umbral* aparece como el componente de aquel “límite en libertad”, condición por la cual podemos poner límites pero al mismo tiempo traspasarlos o

¹⁰¹ Christian Norberg-Schulz, *Existencia, espacio y arquitectura*, 2. Elementos del espacio existencial, ps. 19-25.

¹⁰² “El previo “conformarse en...con...” se funda en un comprender lo que se dice “conformarse”, “en qué” de la conformidad, “con qué” de la conformidad.” M. Heidegger, *El ser y el tiempo*, §18, p.100.

¹⁰³ Otto Friedrich Bollnow, *Hombre y espacio*, ps. 143 y ss.

suspenderlos como tales, siempre ello desde una posición territorial que le es negada al extraño, pero, desde el lugar del extraño el umbral aparece también como aquel nexo que nos provee de una transición, de un estado intermedio y ambiguo por el cual nos transformamos en exploradores y peregrinos de lo que no dominamos ni disponemos, transgredimos las leyes de lo cercano y lo lejano para situarnos en el lugar del otro, “desalejamos” aquello que nos es extraño . 5) La *ventana y la veladura*, en cambio, comprenden una manera muy diferente a la puerta de “abrir la mundanidad del ser cabe”. Como justamente lo señala Bollnow, el latinismo “Augentor” con cual se designaban las pretéritas ventanillas laterales a la casa significa literalmente “puerta para los ojos”. La ventana no nos pone “a la mano” pero sí en el “ver en torno” del sitio y sus plexos; sin exponernos a la extranjería nos posibilita el reconocimiento de lo extraño focalizando desde un lugar propio, pero a la vez el “recorte” de la mirada, privilegio de la ventana, por la cual también la significatividad del territorio propio es fundada. Las puertas y umbrales siempre quedan ubicadas en los bordes territoriales, sin embargo las ventanas y sus veladuras son reversibles hacia dentro del territorio y así también configuran selectivamente la mirada sobre lo mismo y lo propio.

* Pero no debemos limitar la *mirada*, saber espacio-comprensivo de la condición territorial a las focalizaciones de sus solas ventanas; por el contrario se trata de una “macro” visión en los términos de Silva porque es el total de la estructura existencial del sitio la que otorga comprensión originaria al ser cabe. También Schulz señala que “Lugares, caminos y regiones [nosotros hemos agregado puertas y ventanas] son los esquemas básicos de la orientación, es decir, los elementos constituyentes del espacio existencial. Cuando se combinan, el espacio se convierte en una dimensión real de la existencia humana. Ya se ha indicado que el carácter de un lugar tiene que ser interpretado como el producto de su interacción o influencia recíproca con lo que lo rodea; un camino sin una meta o punto de destino es una cosa desprovista de sentido; y, finalmente, las regiones son menos estructuradas, pero representan “terreno” de unificación”¹⁰³

*Finalmente, señalemos un punto esencial de la tesis de N.Schulz: la estructura espacio-existencial del ser cabe es vinculada a una fenomenología de la

¹⁰³ C.N.Schulz, op.cit. p.29.

percepción a través de la noción de “esquema*” de Piaget. Los elementos no se fundan en delimitaciones físicas o constructivas de factura arquitectónica; un “lugar” no coincide necesariamente con un “recinto” habitacional; un “camino” tampoco será necesariamente una senda peatonal, y así con el resto. Se trata de componentes delimitados por leyes topológicas (de continuidad y cierre) que están en el origen de la percepción del espacio y los objetos en interacción con los esquemas del nivel sensorio-motor, las mismas leyes por las cuales la teoría de las formas (la Gestalt) reconoce la totalización perceptiva de parte del sujeto observador, solo que N. Schulz dará a tales leyes el origen genético planteado por el constructivismo de Piaget. De esta manera:

-el lugar es definido como un esquema organizado por la ley de proximidad (al centro) y la ley de cierre.

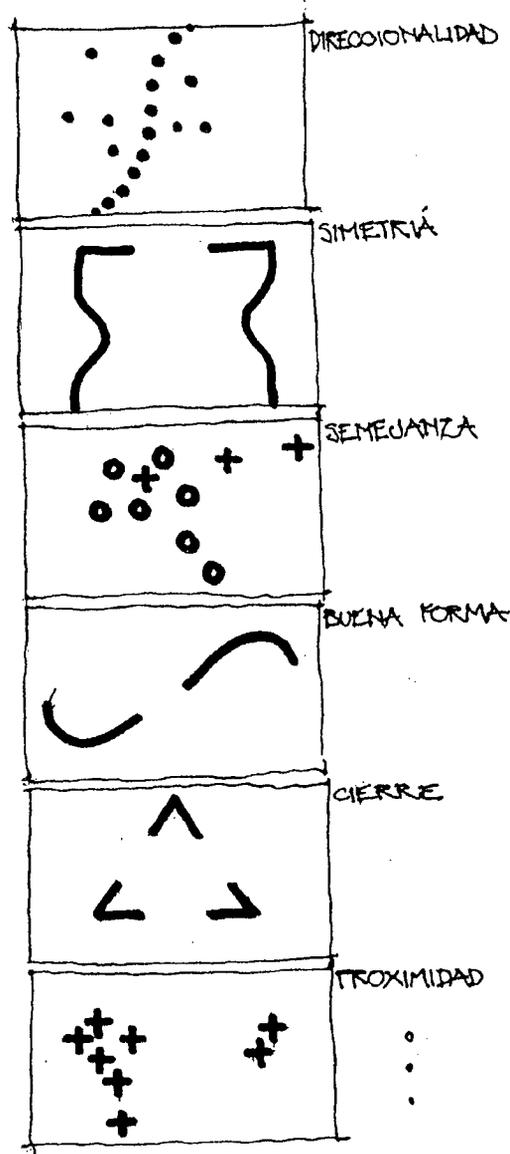
-el camino es un espacio definido en cambio por la ley de direccionalidad y buena forma.

-en la región domina la ley de cierre y semejanza.

-la puerta y la ventana requieren primariamente del factor figura-fondo, pues operan bajo la necesidad de distinguirse de sus envolventes o de las zonas fronterizas donde se ubican; también se distinguen por el factor de cierre en sus marcos.

Sucede entonces que un “lugar” o una “ventana” en cuanto componentes existenciales del “conformar” pueden materializar sus leyes topológicas con multiformes posibilidades que no necesariamente coinciden con sus funciones utilitarias: en un recorrido ciudadano el ojo de un puente puede por ejemplo materializar una *puerta* hacia un territorio, o una masa arbórea puede delimitar una ventana hacia otro. Además, estos elementos operan en diferentes *niveles* (para Schulz: la campiña, la urbe, la casa, la cosa), de modo que aquello que para un nivel menor puede ser una “región”, en un nivel superior como el urbano se constituye como un “lugar” de un territorio mayor.

Figura 6: Ejemplos de factores gestálticos



B. “La dialéctica de lo de dentro y de lo de fuera”

Este es el título que lleva el capítulo IX de *Poética del Espacio*, y la referencia a Bachelard nos será útil para acortar el camino en cuanto a la comprensión de la territorialidad como “punto de vista”. Las imágenes de inversiones topoanalíticas recogidas de Michaux o Tzara (“Una lenta humildad penetra dentro del cuarto / que habita en mí en la palma de la mano”...) ilustran esta exasperación de la frontera de lo

de dentro y de lo de fuera, la yuxtaposición en nosotros de la claustrofobia y la agrofobia. ¿De qué se habla? ¿Cuál es el objeto espacial en cuestión? ¿Es el espacio de habitación o es el cuerpo del habitante? En efecto, el punto en cuestión es que no se trata de una u otra opción. En Bachelard vemos una resistencia en cuanto a la reducción geométrica así como a la reducción “reflexiva” del psicoanálisis, pues, el punto en cuestión estriba en que la corporeidad del sujeto, (y ya lejos del individuo biológico de la etología), del sujeto de deseo, del sujeto de este cuerpo que es “proyección mental de una superficie” tal como describe Freud en *El yo y el ello*, esta corporeidad no es tampoco, ni tan solo, el cierre y delimitación de la piel que contendrá el mapa de la libido. Se trata de una corporeidad abierta al mundo que desplaza labilmente la frontera entre lo dentro y lo fuera.

Al mismo tiempo en que durante la fase narcisista se constituye este “yo/cuerpo” como primer objeto de amor, como totalidad de objeto, aparece la distinción yo-no yo, pero esta distinción no viene fenoméricamente dada entre “lo dentro de mi piel y lo fuera de mi piel”, por el contrario este yo-cuerpo es atendido por el psicoanálisis aún desde los propios textos freudianos como el cuerpo de lo que nosotros nombramos por ser cabe, como el cuerpo de un des-alejamiento, y como el cuerpo que hará síntoma no sólo sobre su piel sino sobre la “superficie mayor” de su espacialidad abierta al mundo.

Es indudable el carácter prioritariamente espacial del cual Freud parte para desarrollar el concepto de lo ominoso o “siniestro”. La clave del análisis filológico sobre el término *heimlich* radica en el hallazgo de que contiene internamente ambivalencias de sentido. Pero esta ambivalencia no es una contradicción lógica o puramente conceptual, por lo menos en el hallazgo de Freud. Se trata primero del hallazgo de una condición espacial del *heimlich* por la cual él es precisamente ambiguo. Remite primeramente a la habitabilidad: el término, señala el propio Freud, es traducido como “terruño”, “casa” o “doméstico”; deviene ambivalente al ser un término utilizado para decir *un-heimlich*, en el sentido de “hacer algo clandestino”, “algo a oscuras”, “algo a espaldas del otro”...¹⁰⁴ Queda claro que los “dos círculos de representaciones” a los que Freud alude como ambivalentes en un mismo término tienen algo muy importante en común, su dominante sémica espacial y el correspondiente contexto empírico del habitar. Lo siniestro es tal porque acontece allí

¹⁰⁴ Sigmund Freud, *Lo Ominoso* (1919), Obras completas, Vol. XVII, pp. 215-251.

donde se suponía que era un lugar de protección, y donde se creía sitio de paraje y referencia ahora hay fantasmas y terror. Lo siniestro es pues, primeramente ubicación espacial; aquello que es peligroso pero ha quedado “por fuera” de los límites del hogar (y de lo que soy), es simplemente peligroso pero no siniestro. El problema de lo siniestro es justamente su ubicación y condición espacial; sobre ella se funda su condición ambivalente.

Ahora bien, la dirección hermenéutica que lleva Freud es, lo sabemos, hacia el sujeto. La clave literaria del cuento de Hoffman conduce a Freud directamente hacia Edipo. Y tal vez aquí, en “el ver” y la ceguera, en la visualidad del espacio, Freud encuentra el mejor puente hacia el sujeto; es que la angustia de quedar ciego en el caso *del Hombre de Arena* de Hoffman o la autocastración de Edipo al cegarse a sí mismo, hallan en Freud el mismo origen, este es, la imagen fragmentada o escindida del padre temido, castrador y bueno a la vez.

La tesis freudiana de lo siniestro es pues que el complejo infantil de la castración *retorna* como síntoma de angustia en la presencia de lo siniestro, pero reparemos nuevamente en esto que al parecer quedó olvidado: No sólo en el primer análisis filológico sino en la propia tesis freudiana la condición espacial es prioritaria, pues “el padre” es la función que decide los límites del hogar, el “dentro” de la pertenencia del sujeto, y quien a la vez “desde dentro” retorna como violencia y terror y torna ambiguos los muros defensivos del hogar. Lo ominoso acontece como terror por su ambigüedad espacial; es aquello que se presenta situado en casa, en lugar conocido, pero que torna a la casa en extrañeza. De modo que, si bien es cierto esto que lo ominoso no es un peligro extramuros, (identificado como amenaza externa y por ello de algún modo identificable), del mismo modo sucede que lo ominoso no es (como lo indica el ejemplo urbano) condicionado a un intramuros físico de una residencia cualquiera. Por el contrario señala, por tornarlo ambiguo y desplazar sus contornos, un “borde” lábil y dinámico por el cual el sujeto re-sitúa cada vez su dentro y su fuera, y esta dinámica es la que hace del sitio territorial “punto de vista” del sujeto. La ambigüedad del padre, centro de identificación, opera extáticamente en la ambigüedad de este borde invisible que se mueve con nuestro cuerpo señalando su sentido de pertenencia. *“Mientras yo aún estoy sólo, soy yo aún sólo yo / Mientras yo aún estoy entre conocidos, soy yo aún un conocido / Pero en tanto entre desconocidos*

estoy, en cuanto piso la calle, pisa un peatón la calle”, dice Peter Handke en su poema *Cambios durante el día*.

Cuando hablamos pues de la espacialidad de lo ominoso aparece inserta una condición de frontera o borde de pertenencia que no es fijo de una vez por todas en tal o cual lugar, así como nosotros podemos sentirnos como en casa en un lugar desconocido, y perdidos en nuestra residencia habitual. Se trata en cambio de un borde flexible que delimita referencialmente al sujeto, y que como tal constituye su punto de vista desde el cual se sitúa cada vez en el espacio. La ambigüedad espacial de la frontera es, por ser referente situacional, también ambigüedad perspectílica. Dice: “éste es mi lugar ahora desde donde parto”...ésto me es cercano”...y también “desde aquí miro las cosas”.

Si la territorialidad se demarca con los bordes lábiles de lo ominoso, y será por eso que la territorialidad es identificación y pertenencia, habremos de reconocer dos tipos de laxitudes en el borde territorial: Primeramente es un borde que desdibuja los límites de nuestro cuerpo físico y el espacio habitado, y por lo tanto del dentro o fuera de nuestro cuerpo, constituyendo la corporeidad exocéntrica del sujeto en tanto ser-ahí. Por eso mismo su simultaneidad (pues el par dentro-fuera es temporalmente simultáneo) no es la simultaneidad de Kant; no es una forma trascendental de captación de las cosas sino antes un escenario pre-metafísico en el que somos constituidos como sujetos. En todo caso, nos atrevemos a decir que es al revés: encontramos en la categoría espacial de *sitio* la razón por la cual Kant llamaba al sintético del tiempo como “analogía de la experiencia”.

En segundo lugar, la laxitud del borde territorial lo hace perspectívico, es decir, lo constituye como elemento espacial de definición de puntos de vista respecto a la lectura de la situación habitacional. El habitante puede asumir el “fuera o el dentro” como alternativas hermenéuticas de su espacialidad; puede ponerse en lugar territorial o en un lugar inter-territorial, que le otorga el punto de vista intersticial del peregrino o el viajero, descosiendo redes para armar otras a través de sus viajes. Pero en una versión centrada en la espacialidad de lo ominoso, es precisamente no saberse ni lo uno ni lo otro, ni viajero ni dueño de casa, lo que provoca el terror y la amenaza y suspende el comprender del sitio.

I.3.2. El tiempo del espacio existencial

1. El “tercer círculo” de Lacan

Tras Merleau-Ponty hemos venido a hacer convergentes al *sujeto de deseo* del psicoanálisis con el *quién* del ser cabe, abierto al mundo, *ex-sistente*. Mientras decimos que el ser cabe “des-ajeja” el sitio, decimos por lo mismo que la territorialidad es fundada en la dialéctica dentro-fuera, emergente de la época fundacional de identificaciones originarias que otorgan tanto identidad de pertenencia a este yo-cuerpo, y por identificación y pertenencia fundan al sujeto como *habitante situado*.

¿Esto es todo? Claro que no; como anticipábamos más atrás (p. 71) el ser en situación del estado de resuelto no es mero ubicarse, pues si así fuera entonces Heidegger habría contado el fin y el espacio existencial no sería más que cadente. Hay un espacio tensado por una trayectoria, propio e historial, que es tan originario en el ser cabe como lo es su territorialidad. Hasta ahora este ha sido un espacio esquivo, sólo postulado tangencialmente como presupuesto de ciertas áreas disciplinarias que se topan con la condición existencial del habitar.

En principio, las referencias a este desdoblamiento espacial se hacen notorias en la teoría psicoanalítica de la identificación, en especial en las consideraciones topológicas de Lacan en cuanto al “cuerpo tórico*” del sujeto de deseo¹⁰⁵. Pues vemos en psicoanálisis una relación clave entre los tres conceptos de *identificación*, *rasgo unario** y *repetición*, y así como el concepto de rasgo unario hace de vínculo entre identificación y repetición, así es como la misma relación nos abre a una espacialidad tensiva tan originaria como la territorial.

En la superficie tórica del Yo no son dos sino tres los círculos estructurales que constituyen la corporeidad del sujeto, y precisamente es el tercer círculo el que nos da la clave topológica del espacio tensivo del *ritual*. Los dos primeros círculos espacializan en una misma “sustancia topológica” esta dialéctica irreductible entre el dentro-fuera, que es más originalmente relación lleno-vacío, el lleno de la vuelta anular que refiere a la totalidad *en lo real* (pues el rasgo unario es este significante que puede referir al trauma de la privación como totalidad), vuelta que a su vez constituye el

¹⁰⁵ Jacques Lacan, *La identificación*, en especial clases 12 a 16.

vacío central como referencia a la pérdida del *objeto a**, pulsional, pérdida de totalidad nunca reencontrada que funda al sujeto en su carencia propia.

Pero esta instancia (o *nivel de frustración*) no es posible que sea pensada estructuralmente sin la previa (de privación) tanto como sin la siguiente, pues es en esta misma instancia donde la identificación con el otro semejante abre a su vez la identificación de objeto metonímico*. De modo que ese tercer círculo formado de la adición de los dos anteriores, el círculo $D+d$ ¹⁰⁶ que al mismo tiempo rodea y pasa por el vacío central, refiere topológicamente a este desvío metonímico del sujeto hacia los objetos de deseo instaurados por el Otro. Refiere entonces a la salida del edipo por la instancia de la castración pero también a la emergencia del sujeto como un *ex-sistente* abierto al mundo por la trayectoria del deseo.

De modo que ahora el tercer círculo del toro espacializa esta “identificación tercera” que acontece estructurando el deseo. No sólo *identificación regresiva* (donde la repetición es síntoma de un estado regresivo fijado a una búsqueda de lo siempre perdido); no sólo *identificación de primer especie* (la “identificación imaginaria” a un semejante que Lacan ahora hace derivar como efecto del lenguaje); hay una identificación de objeto que es trayectoria metonímica y que a su vez también es ley de repetición. Precisamente, por ser derivada del lenguaje el sujeto repite su identificación a un rasgo unario, rasgo signifiante capaz de concentrar la semejanza al trauma de la pérdida, y a su vez de sostener la diferencia. Los objetos de deseo que son tercerizados por el Otro son levantados por esta condición doble de semejanza y diferencia, y por esta misma razón fundan una historia de repeticiones en la trayectoria del sujeto.

Por este tercer círculo vemos que identificación y repetición son como las dos caras de la misma moneda en la constitución edípica del sujeto, que la repetición llega mucho más allá, por cierto, que los estados regresivos del automatismo, y que la identificación también llega mucho más allá de las semejanzas ambivalentes.

Pero estas trayectorias del deseo trazadas por el signifiante del rasgo unario, mediación simbólica de todo registro imaginario, este tercer círculo que abre al mundo

¹⁰⁶ Donde D =demanda y d =deseo, de modo que el tercer círculo como suma $D+d$ presenta topológicamente la oposición elemental entre dos demandas, “o lo que demando o lo que demandas”, dialéctica entre el deseo del sujeto como “resto” y la demanda en relación al Otro. Tal dialéctica conforma el tercer círculo como adición de los dos primeros: pasa *a través* del círculo vacío y a la vez *lo envuelve*. La trayectoria permite desplegar espacialmente las dos cosas a la vez, pues el sujeto tiene como destino a la *cosa*, pero su ley es el camino del Otro marcado por el signifiante. Ciertamente seguimos sin confundir *meta* y *objeto* de deseo. El sujeto de deseo tiene como destino a *la cosa*, pero ella siempre es merodeada en su ausencia por la ley del Otro que le marca camino hacia el objeto. Jacques Lacan, *La identificación*, Clase 15.

sobre el fondo de la dialéctica dentro-fuera pero que dibuja una historia que por sí misma tal dialéctica no puede echar a correr, ¿acaso sólo abren a una temporalidad? ¿no es acaso esta formación topológica también “espacial”? Lo que vemos nosotros aquí es que a través del concepto de identificación el psicoanálisis roza con una raíz ontológica existencial por la cual el ser cabe no sólo direcciona y orienta el espacio “desalejando” sino también “descentrando”; el ser-ahí espacia* exocéntricamente como trayectoria de deseo y como ritual de su advenir.

En *El inconciente y la repetición*¹⁰⁷ vuelve a “repetirse la señal”, el aviso de un espacio desplegado por el desvío de una trayectoria rítmica. Pues de nuevo nos encontramos con el mismo efecto argumentativo que en *Lo Ominoso*, o que incluso más atrás en *La Repetición*: el tema es “el sujeto”, pero se llega a él por su clave de “habitante” donde el espacio juega de rema, y lo que pueda decirse sobre la repetición comienza por cómo “espacia la repetición”. La relectura que Lacan presenta sobre el caso *fort-da** de *El malestar de la cultura* nos es en todo complementaria a la tesis de la identificación por la vía simbólica del rasgo unario. Si con Freud el niño repite con el *carrete* placenteramente como activo la ausencia de la madre, que fue vivida como displacentera, Lacan advertirá que el efecto de taponamiento es secundario (así como el hecho de que el sujeto no repite el trauma originario sino al significante -el rasgo unario- que lo unifica), que el juguete que el niño hace aparecer y desaparecer al jalar de su cuerda no representa a su madre ausente sino en sí misma a la repetición como formación de trayectoria hacia un objeto que ya nunca será.

En esta lectura Lacan observa con el ritual del *fort-da* un acto de automutilación por el cual el juguete pasa a ser un “trocito de él mismo”¹⁰⁸, pero el hecho es que esta emergencia de corporeidad está desplegada y abierta al espacio del propio niño: la ausencia de la madre creó un “foso” y un lindero de su dominio puesto en el borde de su cuna, un dentro-fuera que es constitutivo y a la vez “circundante”, pero (tal como en el toro el tercer círculo completa el decurso del sujeto), este dentro-fuera no es la culminación sino la apertura de un nuevo espacio tensado por la repetición; no sólo el carrete aparece y desaparece, sino que lo hace centrífugamente *sobre el borde de la cuna*.

¹⁰⁷ Jacques Lacan, *El inconciente y la repetición*, Seminario 11, ps. 70ss.

¹⁰⁸ “Pues el juego del carrete es la respuesta del sujeto a lo que la ausencia de la madre vino a crear en el lindero de su dominio, en el borde de su cuna, a saber, un foso, a cuyo alrededor sólo tiene que ponerse a jugar el juego del salto.

Ahora bien, luego de apoyarse en el espacio lo que sigue en los textos psicoanalíticos es el tiempo, el tiempo en la historia de ese sujeto emergente. Como una paradoja, el psicoanálisis replica para estas categorías el mismo tránsito que Heidegger realizaba para sus existenciaristas, hacia el tiempo dejando atrás el espacio, pero lo que volvemos a advertir nosotros a través de ellos es que el par “dentro-fuera” de la identificación “imaginaria” es diferente pero a la vez complementario del par “aquí-allá” de la identificación de objeto, y ambos solidarios en cuanto es el rasgo unario lo que los articula en el orden de lo simbólico. Y así como nosotros no haremos la “reducción reflexiva” que reprocha Bachelard de declarar puramente mental a la categoría topológica de lo de dentro y lo de fuera, sino que advertimos en ella la raíz ontológica de un ser territorial que circunda y espacia *situando*, del mismo modo hay en el par aquí-allá de la repetición una raíz ontológica de un “estado de resuelto” que circunda y espacia *tensando*.

Viendo así una estructura espacio-existencial bipartita, que es así misma estructura espacio-comprensiva del “ver en torno”, nos queda por decir que la verdadera dialéctica irreductible no se opera *dentro* de los pares (dentro-fuera / aquí-allá) sino *entre* ellos; y es una dialéctica originaria entre existenciaristas que tampoco son del espacio o del tiempo sino que son originalmente espaciotemporales. El ser cabe espacia auténticamente de dos modos: El *sitio* desaleja y demarca sus bordes, pero en cuanto sus bordes definen un dentro-fuera entonces la temporalidad del habitante se detiene en simultaneidad. No importa si tales bordes son lábiles o “cambiantes con el tiempo”-el cronológico-, pues no hay otra posibilidad aquí que espaciar en simultaneidad lo dentro y lo fuera. No importa tampoco si el territorio no es homogéneo, si como vimos es una red de caminos, lugares y regiones que se totalizan en fragmentos, no importa que en el sitio vayamos de un lado a otro por tales caminos y que pasen los días, porque ese es el “presente” del habitante en el cual sus prácticas identificatorias y de pertenencia se despliegan como escenario de simultaneidades. Al contrario de lo que pretendía Heidegger, lugares, caminos, puertas, ventanas y regiones sólo sitúan, temporizan en simultaneidad aunque los relojes corran.

Pero, al contrario de lo que pretendía Heidegger, el ser-ahí propio también habita su estado de resuelto, y no sólo con su *mirada*. El *ritual*, no ya el “protocolo” cronometrado que pertenece a la apropiación territorial, sino el ritual en tanto

El carrete no es la madre reducida a una pequeña bola por algún juego digno de jíbaros –es como un

existenciario espaciotemporal, tensa hacia sus objetos-de-vida cotidiana y circunda el mundo como trayectorias de búsqueda, y no lo hace por espaciar cadente sino porque “la muerte ‘le transforma la vida en destino’”¹⁰⁹, porque es propio del estado de resuelto definir su finitud con “identificaciones terceras”, y que la vida le sea dada como cruce de pequeñas historias de repeticiones. Claro que el ritual nunca es en simultaneidad. No importa si el Otro ha plagado la vida cotidiana de objetos copresentes “ante los ojos”, tampoco importa si tal objeto está “aquí al alcance de la mano” o “allí”, pues ya estamos advertidos que con el “objeto” tampoco mentamos cosas “ante los ojos” ubicables por coordenadas. El ritual tensa secuencialmente; el ser cabe espacia entre las tensiones del antes, mientras y después en torno de objetos de deseo que configuran su propia sustancia existencial en el seno de su cotidianidad.

Ya no hay solo un dentro-fuera simultáneo sino que en una dialéctica irreductible con él el espacio existencial puede organizarse superpuestamente como trayectoria de sucesiones. La *mirada* del estado de resuelto entonces también se desdobra: mirada del sitio, la mirada del centinela que cela y demarca, y mirada del ritual, más fragmentaria, del buscador que organiza el espacio desde un futuro, ni tan utópico ni tan heroico pero igualmente propio. Y es justicia que les reconozcamos su irreductibilidad: la simultaneidad espaciotemporal del sitio y la sucesión del ritual no se sintetizan en un nuevo existenciario, sino que corren superpuestos en el habitante de modo tal que la única síntesis posible es realizable por su propia facticidad.

2. Rastros del espacio tensivo

Todos los desarrollos que hasta ahora conocemos de la antropología existenciarista sobre el espacio, lo hemos visto, refieren al sitio y su simultaneidad temporal, de modo que venimos a arrastrar este corte entre espacio y tiempo que pareciera insalvable para las teorías del sujeto que han fundamentado a las teorías de la arquitectura. Sin embargo, será fundamental para nosotros referirnos a algunas tesis antecedentes claves que formulan, aunque lateralmente o al modo de hipótesis de base, un espacio tensivo, una espacialidad temporalizada por leyes de persecuciones; me refiero a los trabajos de Henri Lefebvre y David Carr, y no es por casualidad que

trocito del sujeto que se desprende pero sin dejar de ser bien suyo, pues sigue reteniéndolo.” Ibid, p. 70.

¹⁰⁹ Jorge Romero Brest, *¿La estética o lo estético?*, p.20

aunque disímiles, el tema del primero sea “el espacio” y el del segundo “el tiempo”, y ambos resulten coincidentes en una misma noción de *espaciotemporalidad*.

-En *La revolución urbana* Lefebvre realiza una crítica marxista de las nociones del espacio urbano de la modernidad, y para ello viene a recuperar desde el principio las posiciones heideggerianas sobre la condición del habitar.¹¹⁰ Lo que sobresale para nosotros es que esta reformulación referida al fenómeno del comportamiento urbano plantea en su núcleo una relación dialéctica entre *centralidad-policentralidad*¹¹¹ en estrecha coincidencia con la que nosotros hemos trazado entre *sitio y ritual* y a los cuales otorgamos estatuto de existenciaris. Más aún, el trabajo de Lefebvre ha servido para dar luego inicio a nuevos estudios de sociología urbana en donde se reconoce en esta bipartición al espacio “dramatizado” y “erotizado” de la ciudad actual.¹¹²

Pues, el par centro-periferia viene a quedar referido a las relaciones entre *poder-deseo* de la apropiación habitacional. El centro se define como un espacio que resulta de un “escenario de simultaneidades” erigido como centro de decisión y ejercicio del dominio territorial¹¹³. En el centro “la distancia puede convertirse en nula” señala Lefebvre a cuenta de su simultaneidad, y cuando este es señalado como “lugar” o red de lugares (en relación al no-lugar de la utopía) nos queda clara su filiación a la noción que Schulz asigna a este “elemento existencial”, solo que Lefebvre lo enmarca al “nivel” de lo urbano.

Por el contrario, la policentralidad refiere a otra espaciotemporalidad de “tendencias orientables” hacia la dispersión de diferentes centros, de un “orden espacio-temporal de lo cercano y lo lejano, de “diferencias en relación de proximidad” que hacen del espacio de la vida cotidiana un espacio fragmentario de cortes y fisuras dentro de la masa urbana.

Para Lefebvre como para nosotros, las categorías del par tienen también la condición de ser categorías espacio-comprensivas del sujeto habitante; centralidad-policentralidad es referido entonces al par *isotopía-heterotopía* en una directa

¹¹⁰ Véase en especial ps. 88-91

¹¹¹ *ibid.* p. 421.

¹¹² “Instead, Lefebvre argues that the diversion of space to the purposes of particular groups restores the ambiguous nature of space –it becomes, to use Lefebvre’s terminology, dramatised and erotised. Its position of power goes beyond the rationality of spatial organisation, structure, and needs...” Gareth A. Jones, “The Latin American City as contested space: a manifesto”, *Society for Latin American Studies*, Vol 13, N 1, 1994, p.1

¹¹³ H. Lefebvre, *op.cit.* ps. 124-126.

homologación con Greimas¹¹⁴. Aunque nosotros pongamos entre paréntesis esta homologación, (pues lo que hemos dicho es que el sitio tiene bordes lábiles, y por ello opera con niveles espacio-existenciales, y por ello puede haber en él un recorte de varias isotopías que definen en conjunto su “focalización enunciativa”), nos parece crucial reconocer que son espacialidades con miradas y lecturas diferentes pero superpuestas, que a su vez son internas y constitutivas de la misma organización espacial de la vida cotidiana, y en esto es donde coincidimos plenamente con Lefebvre.

No solo esto, sino que por ello mismo aparece en el plano de las realizaciones discursivas (y no solo de los contenidos), en la instancia perceptiva de la lectura del espacio, dos modalidades de recortes y organización del significante espacial, a los cuales nos referíamos más atrás con la mirada del “centinela” y del “buscador”:

También Silva señala este punto sobre el nivel del espacio urbano; a este espacio tensivo le corresponde un “orden visual y narrativo” donde el eje “antes y después” son “una cuestión topológica”¹¹⁵, es decir, un criterio para construir con la lectura una trama continua que organiza al significante en un proceso narrativo. Este proceso narrativo es por un lado “vivido” en la práctica de apropiación espacial y por otro lado “releído” en ella y por ella conforme a su condición espacio-comprensiva.

-Ahora bien, el eje antes-después que estructura el espacio-tiempo del *ritual*, ¿en orden a qué echa a andar su temporalidad? Ciertamente nos parece más que insuficiente la respuesta formalista que Silva encuentra en las categorías morfológicas de vacío-lleño (Armheim), en primer lugar porque si lo referimos al significante espacial éste tensa sus ritmos con morfologías mucho más complejas que la relación entre vacíos y llenos, pero en segundo lugar porque hemos visto en esta tensión una raíz existencial de la que ahora pasa a dar cuentas, del lado de “la vida” y las prácticas, el trabajo más reciente de David Carr.

Por otra vía, la del tiempo de las prácticas cotidianas, en *Time, narrative, and History*¹¹⁶ encontramos la postulación de una espaciotemporalidad tensiva, estructurada por retenciones y protenciones. Resumamos a grandes rasgos los puntos de la tesis que serán fundamentales para nosotros:

¹¹⁴ *ibid.* p. 45

¹¹⁵ A. Silva, *Imaginario*, ps. 122-123.

¹¹⁶ David Carr, *Time, Narrative, and History*, Indiana University Press, 1991. La tesis está también extractada por Carr en *History and Theory*, vol XXV, N 2, 1986, ps. 117-131.

a. En primer lugar, Carr plantea contra el estructuralismo una continuidad en sustancia y forma entre el relato de la acción histórica y la acción histórica misma. Aunque señale al resguardo que no son idénticos y que hay evidentes diferencias, el acento viene puesto en que comparten “algunos de los rasgos”¹¹⁷ que los hacen estructuralmente continuos, de tal modo que el relato de la acción es una “extensión” y es “constitutiva” de ella.

b. De este modo, Carr fundamenta su tesis invirtiendo la fenomenología reflexiva de Husserl en existencial: Elimina lo pasivo de una conciencia puramente receptiva (pues sabemos que en Husserl “activa” es sólo “la conciencia” percibiente) pero conserva la estructura intencional ahora asignada al ser-ahí que “hace vida” y que es agente de los eventos de la historia. Así, uno de los rasgos fundamentales que vienen a compartir relatos y acciones es la estructura de *comienzo-medio-fin*, donde tanto eventos como relatos se organizan desde su final hacia atrás, donde retención no sólo es memoria sino preparación, y donde prótención no sólo es expectativa sino acción efectiva hacia un fin, en coincidencia con la tesis ya conocida de Anscombe¹¹⁸. La acción misma tiene una naturaleza teleológica bajo el primado del futuro, aunque no por ello se descarten al azar y sus contingencias.

c. El tercer punto crucial de esta tesis es el *quién* de la acción. El sujeto de la acción es para Carr al mismo tiempo *relator y agente*, “se-relata” en condición activa y no pasiva. Pero el sujeto en cuestión es también emergente de la propia estructura narrativa que crea identidad. Esta estructura constituye la unidad de la acción en el tiempo de los eventos y asimismo instaura al sujeto de la historia en una relación dialéctica entre el *yo-nosotros* de la comunidad gestora. En la misma línea, Lyotard ha advertido esta condición de los relatos de construir a los mismos sujetos históricos por una superposición entre los enunciadores y enunciatarios de la ficción narrativa y los

¹¹⁷ “Se podría objetar que la estructura [de la acción] no es necesariamente una estructura narrativa. Pero, ¿no hay un parentesco entre la estructura medio-fines de la acción y la estructura comienzo-medio-fin de la narrativa?...Lo que estoy diciendo es que la estructura medio-fin de la acción despliega algunos de los rasgos de la estructura comienzo-medio-fin que la visión de la discontinuidad dice que está ausente de la vida real.” D. Carr, *History and Theory*, p. 121.

¹¹⁸ En cuanto a la estructura “medio-fines” de la acción, la tesis de Anscombe sobre la acción intencional es un antecedente fundamental para Carr. Recuperando la categoría aristotélica de *silogismo práctico propiamente dicho*, y diferenciándolo tanto del silogismo práctico *ocioso* como del conocimiento contemplativo *a posteriori*, Anscombe reconoce en él un razonamiento en el cual “la conclusión es una acción” cuyo sentido viene dado por premisas que incluyen caracteres de discapacidad, y cuyo objeto querido “se encuentra a cierta distancia de la acción inmediata”. El silogismo no “obliga a la acción”, pero es el orden de toda acción intencional que existe en medio del caos. Por su parte, Carr vuelve a diferenciarse de la teoría de la acción anglosajona, que se basa más en un modelo de comportamiento

agentes de las prácticas sociales, en el cruce entre los eventos y la locución empírica de sus historias de vida.¹¹⁹

Ahora bien, lo que nos complace en especial de la tesis de Carr es la imposibilidad de anular la espacialidad de los sujetos de estos eventos, de caer por la vía heideggeriana en hacer o bien cadente o bien sólo perspectivico al espacio, pues como nosotros anticipábamos la estructura de retenciones y protenciones de la secuencia *comienzo-medio-fin* tiene para sí una espacialidad originaria por la cuál los sujetos no sólo miran hermenéuticamente, sino que habitan sus historias. Es imposible pensar esta tesis sólo del lado del tiempo, y así también lo señala Carr: la acción organizada desde el final hacia atrás implica una disposición temporal “tanto como una disposición espacial”¹²⁰.

Y nos es fundamental advertir aquí que esta “disposición espacial” organizada secuencialmente no lleva en su trayectoria la deriva del fin utilitario y de su tránsito mecánico. Los “objetos de deseo” que constituyen la finalidad de estas historias fragmentarias de la cotidianidad son mucho más complejos que “tomar agua”, “trabajar en la oficina”, “dormir”... porque precisamente tienen que ver con “identificaciones terceras” de sus agentes demarcadas en sus apropiaciones espaciales. En todo caso es la funcionalidad físico-mecánica y sus “útiles” la que comienza a “direccionar” y a cobrar sentido propio a través de tales objetos.

Del mismo modo, la trayectoria espaciotemporal de la secuencia comienzo-medio-fin no es coincidente con las vías físicas por donde circulan nuestros cuerpos, aunque por estas vías sea efectivizado el registro perceptivo del espacio. La secuencia comienzo-medio-fin del espacio tensivo no tiene que ver con la secuencia cronológica

corporal, para asistir a un modelo de acción social de agentes históricos. G.E.M. Anscombe, *Intención*, Barcelona, Paidós, 1991. Cfr. D. Carr, *Time, Narrative, and History*, p. 31.

¹¹⁹ “...los puestos “narrativos” (destinador, destinatario, héroe) se distribuyen de modo que el derecho de ocupar uno, el de destinador, se funda sobre el doble hecho de haber ocupado el otro, el de destinatario, y el de haber sido, por el nombre que se lleva, ya contado por un relato, es decir, situado en posición de referente diegético...El saber que se desprende de tal dispositivo puede parecer “compacto” por oposición al que llamamos “desarrollado”. Deja percibir con claridad el modo en que la tradición de los relatos es al mismo tiempo la de los criterios que defiende una triple competencia, saber-decir, saber-escuchar, saber-hacer, donde se ponen en juego las relaciones de la propia comunidad y las del entorno...” Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna*, Cap. 1. Cfr. D. Carr, *Time...*, Cap. V, *From I to We*.

¹²⁰ “It is that goal which organizes not only my bodily disposition and my implement but my whole environment (the ground beneath my feet, the net before me, the boundaries of the court, etc.) into a kind of predicament or problem my action hasto solve. And the arrangement that results, it is clear, is a temporal arrangement as well as a spatial one;” D. Carr, *Time...*p. 39

de la *Bye House*, sino con la doble condición simbólica y existencial por la cuál su “significatividad” está ritualizada desde el advenir su fin. Entonces no importa cuántos escalones debía subir Constantius, ni que su recorrido fuera de abajo hacia arriba del edificio, (esto es lo que tematizamos los arquitectos), lo importante es que toda la posada para él estaba organizada en función de un fin que era “captar el paisaje por la ventana de su habitación”. Este era para Constantius el “futuro-presente” en cada momento que era huésped del lugar, y su memoria secuencial ordenaba el antes y después de toda la posada en torno a este fin. Y si es “el desayuno” uno de los fines de aquel padre e hijo que cohabitan, entonces no sólo la cocina se vuelve el centro desalejador de su sitio, sino el futuro-presente de su ritual más repetido, y en torno a él se definirán los antes y después de todo el territorio de su hogar.

Por cierto, el sujeto habitante, agente de la acción histórica más cotidiana no es “el individuo” sino un sujeto múltiple de deseo encarnado por diferentes grados de socialidad según los niveles existenciales en que se trace el ritual, (arquitectónico, urbano...), y según el punto de vista con cual sea leída su territorialidad (punto de vista territorial o interterritorial). Desde luego, los objetos de deseo que demarcan fines en los rituales del habitar no serán tampoco para nosotros las proyecciones fantasmáticas del diván psicoanalítico, sino los que en esos mismos niveles organizan la secuencia de su cotidianidad más socializada.

3. Homeomorfías, homotopías y “significatividad” narrativa del espacio.

A. Estructuras topológicas de sitios y rituales.

Hemos señalado que el *ser cabe* presenta una estructura espaciotemporal que vuelve a desdoblar los existenciaros del *conformar* y de su *significatividad*:

-El *sitio conforma* por desalejamientos y orientaciones que direccionan según el par dentro-fuera, y su *significatividad* (su condición espacio-comprensiva) es territorial; las relaciones de su plexo refieren al sujeto de deseo en tanto sujeto de identidad y pertenencia.

Este conformar temporacía* en un *presente de simultaneidades* que puede variar según los niveles de territorialidad y según sus puntos de vista que se adopten sobre ella, pero siempre formularán un “escenario de situación”.

-El *ritual conforma* el habitar por la tensividad propia de su estructura teleológica, direccionada siempre por el primado del “futuro-presente”, y su *significatividad* es historial, es decir, las relaciones del plexo ya no refieren a un principio fijo de identidad sino a las identificaciones con objetos de deseo que abren a un decurso de búsqueda, y que estructuran así historias fragmentarias de vida cotidiana.

Asimismo el ritual temporacía al habitar en una *sucesión de principio-medio-fin* donde el todo continuo queda articulado por series de repeticiones entre el antes-después de cada eslabón espaciotemporal, pues aquí es donde el espacio es tensado melódicamente, donde se periodiza con retardos o aceleraciones, donde aparece “la posada de Constantius” de *La repetición* o el ejemplo del *teatro* de Husserl.

Sitio y ritual constituyen esta dialéctica entre dos modos del conformar espaciotemporal, y entre dos modos de significatividad. Son dos modos de ser-en-el espacio, y por ello son también dos modos de lectura auto-comprensiva del sujeto habitante que implican para él registros perceptivos diferentes¹²¹. Sin embargo, esta doble condición dada en las prácticas del habitar y en la lectura del espacio por el habitante no debe llevarnos a hacer simples inversiones de Kant y Husserl.

“Simultaneidad y sucesión” no son sin más las categorías temporales de Kant, ahora “abiertas a su mundanidad” e invertidas como temporaciones de los existenciaros del espacio. Coinciden, cierto, en el hecho de un registro perceptivo que detiene el tiempo en una mutualidad de fenómenos o lo moviliza en una secuencia de estados, pero no lo hacen por las razones kantianas de la presencia o ausencia de necesidad causal sino al contrario, por un orden teleológico que parte desde el futuro-presente hacia atrás, según la significatividad del espacio remita en el sujeto a identificaciones “segundas” o “terceras”, de pertenencia o de deseo.

¹²¹ Las variaciones de los registros perceptivos del habitante según lo simultáneo y lo sucesivo, son tema ya explorado y han sido vinculadas al orden del poder y del deseo en la apropiación del espacio. Los ejemplos van desde las alternativas de lecturas de espacios cerrados en oficinas (Vs. Mark Knapp, *La comunicación no verbal*, Bs. Ars, Paidós, 1982) hasta los registros de recorridos urbanos (como en el caso de Stephen Carr, *The city of the mind*, Indiana University Press, 1967.)

“Simultaneidad y sucesión” en el sitio y el ritual no son tampoco directamente homologables a las categorías husserlianas. Es cierto que hemos realizado una inversión de estas categorías siguiendo el camino de la tesis de D.Carr, llevando estas copresencias de retenciones y protenciones desde una conciencia pasiva al ser-ahí como gestor activo de las prácticas. Pero, tal inversión es realizada por Carr respecto al tiempo como *objeto temporal inmanente*, y respecto a su *intencionalidad longitudinal*. Conforme a ello, nosotros llamamos “sucesivo” al ritual porque a él adscribimos las “copresencias simultáneas” de la conciencia intencional, y a sus tensiones copresentes de comienzo-medio-fin, ahora como éxtasis espaciotemporales. El ritual en su totalidad es este presente que se distiende en sucesión.

Pero no llamamos “simultánea” la temporación del sitio porque él sea homologable al *objeto temporal trascendente* de la *intencionalidad transversal* de Husserl. Por el contrario, sitio y ritual son ambos existenciaros que en su instancia perceptiva implican por igual objetos temporales inmanentes, y ambos constituyen el campo de copresencias del tiempo fenomenológico del habitante en cuanto percibiente. Aquí hay algo nuevo respecto a Husserl, pues en rigor sitio y ritual temporalizan el espacio existencial como dos modos de campos de copresencias *superpuestos*, en un caso reteniendo el flujo temporal en la condición territorial (simultaneidad del sitio), en otro distiendiendo el flujo en su condición historial (sucesión del ritual).

Y asimismo, ambos existenciaros acontecen por igual como el fundamento ontológico de dos modos de uniones sintéticas de objetos trascendentes (o transcurivos). Tanto los sitios y rituales que “duran” en el recuerdo reflexivo del habitante se constituyen en objetos ideales de su habitabilidad, y por este camino la tradición de un pueblo puede erigirlos como *tipos*. El pensamiento posmoderno de lo tipológico diluyó el origen ritual de sus arquetipos porque su herencia moderna lo hacía declinar como fuera el caso hacia un espacio atemporal, de aquí nuestra sospecha de que hubieron muchos tipos que tuvieron una génesis de origen ritual (¡y no sólo los templos!), y que luego fueron retraducidos por la posmodernidad en tipos de territorialidad.

Al hacernos la pregunta acerca de cómo son conformadas espacialmente las temporaciones continuas de simultaneidad y sucesión, buscamos en sus

significatividades propias, en los círculos de la “superficie tórica del sujeto”, y hallamos una clave heurística de origen topológico:

Las redes de simultaneidad del sitio son conformadas por continuidades *simplemente homeomorfas*, las trayectorias de sucesión del ritual por continuidades *homotópicas*.¹²²

En Topología se dice que una “homeomorfía” es una equivalencia topológica entre dos conjuntos (o superficies), por la cual uno puede transformarse en otro de manera biunívoca (a cada elemento de un conjunto le corresponde únicamente otro de su homeomorfo, en forma simétrica), y bicontinua (el entorno de cada elemento se corresponde con el entorno del elemento homeomorfo, por medio de alguna función de transformación.)

Ahora bien, la continuidad entre homeomorfías puede ser de dos tipos:

- a) *Por corte y sutura*, como el caso típico del toro y el nudo, donde para pasar de una homeomorfía a otra es necesario pasar por un estado *no* homeomorfo intermedio (en el caso del toro, tras cortarlo por la circunferencia generatriz y obtener una “manguera” que no es homeomorfa a las otras dos figuras). De modo que hay un corte y luego una sutura a través de la cuál se llega por “un salto” de una a otra homeomorfía.
- b) *Por homotopía*, que es el caso en el cual la transformación de una homeomorfía en otra se realiza a través de una familia continua de deformaciones intermedias. (Supongamos el simple caso que del toro pasemos a un “8” torciendo continuamente la arandela. Pero pensemos además que cada uno de los estados intermedios son una familia copresente de homeomorfías en un sistema de espacios topológicos).

Podemos así dar una definición topológica del *sitio* como un sistema de espacios topológicos que tienen en común un mismo conjunto derivado (sus puntos límites –su borde territorial–), y cuyos subconjuntos se componen de elementos que conforman entre sí homeomorfías por “corte y sutura”.

Dado un nivel territorial N, que es el continente del sitio, podemos decir que:

$S1n : [Tn \{e\}]$, donde:

$S1n$ = Cada espacio topológico, definido por cada subconjunto “e” de elementos espacio-existenciales. En $S1$ habrá entonces, de máxima:

$S1L$ = Espacio topológico de lugares de $S1$.

$S1C$ = Espacio topológico de caminos de $S1$.

$S1V$ = Espacio topológico de ventanas de $S1$.

$S1P$ = Espacio topológico de puertas de $S1$.

En todo S_n sucederá que su conjunto frontera $F = T \cup F'$, siendo F' el conjunto derivado de puntos límites en “N”, que será común para todos los espacios topológicos que conformen el sitio. De este modo, cada conjunto T (los puntos territoriales que forman cada subconjunto), es abierto y a la vez cerrado en N .

En $S1L$, los lugares son homeomorfos entre ellos, y así con $S1C$, donde los caminos son homeomorfos entre ellos, y lo mismo con $S1V$ y $S1P$, y de estas homeomorfías decimos que son por corte-sutura. Es decir, no existe para el habitante una deformación continua entre un lugar y otro del sitio, ni entre un camino y otro, etc. Existe una continuidad homeomorfa entre ellos, pero entre una y otra hay un salto no homeomorfo.

Entre un lugar $L1$ y otro $L2$ de $S1L$, (como para todo S_n) hay *invariantes topológicas* que identifican el modo de “direccionar” de cada elemento, tal como son las propiedades topológicas que señala Schulz para ellos. $L1$ y $L2$ tienen un centro propio, y cada punto del conjunto direcciona hacia este centro. Pero no hay para el habitante otra posibilidad que dar un salto no homeomorfo para pasar de $L1$ a $L2$.

Además, los espacios topológicos de todo S_n son *inconexos*: en la operación de intersección de cualquier “e” con otro (entre una ventana y un camino, por ejemplo) el resultado es un *conjunto nulo*. Y esto es así porque aún los invariantes topológicos de iguales $S1n$ son homeomorfos pero no son compartidos. Tal condición hace posible también que los espacios topológicos de todo sitio puedan tener *particiones*, (las “regiones” señaladas por Schulz). Tampoco podremos decir que el conjunto derivado de su límite territorial es topológicamente su intersección, pues como sabemos por definición F' no pertenece a S_n , sino a N .

¹²² Véase E. M. Patterson, *Topología*, Madrid, Dossat, 1959. Sobre topología de superficies véase en

Esta doble condición topológica para la continuidad de todo sitio, que entre iguales elementos existenciales haya homeomorfías de corte-sutura, y que entre todos ellos sean inconexos, hace que el sitio temporalice en el presente de sus simultaneidades. Es justamente el salto no homeomorfo lo que provoca que no haya otra posibilidad para el habitante que una y otra homeomorfía (y a su vez que uno y otro{e}) sean en simultaneidad.

Veamos un ejemplo que ya tenemos presentado:

No examinemos al *Palazzo Comunale di Scandicci* por la estrategia tipológica ni compositiva ni de estilo de Rossi y su clara filiación con Boullée, sino por su estructura existencial bipartita. Dado entonces un nivel territorial N que en términos de Schulz llamaremos “arquitectónico”, y dado en N un punto de vista territorial (que recorta a N en la relación dentro-fuera, y dejará excluida de la lectura el contexto arquitectónico circundante al palazzo, pero perteneciente a N), se define en N el límite territorial del sitio del palazzo, por el cual reconocemos los siguientes elementos:

SL : L1 (área de oficinas en patio central); L2 (área de acceso, lectura y comedor); L3 (sala del consejo). Como vemos, es relativo que los lugares coincidan o no con la zonificación funcional, pues L1, L2 y L3 no se definen por las funciones que albergan o por sus concreciones plásticas, sino porque son homeomorfas entre ellas. Los tres lugares direccionan centripetamente hacia centros propios. Del mismo modo:

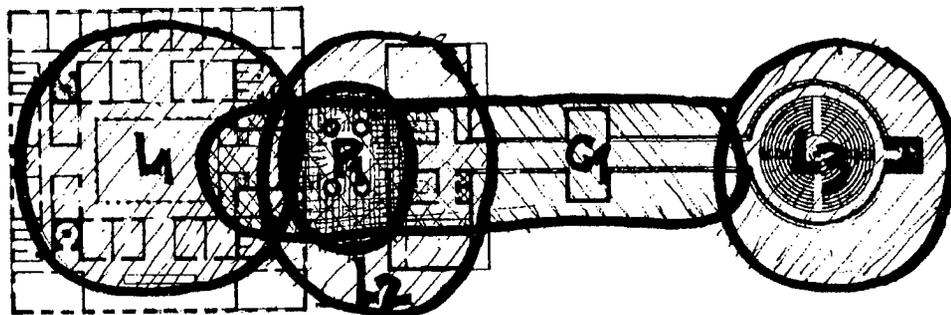
SC: C1; el camino, que no es definido por la funcionalidad de su tránsito peatonal, sino porque todas sus partes direccionan por la invariante topológica de una orientación común, aunque sus partes estén además materializadas con diferentes envolventes y criterios plásticos.

SP: P1, es la única “puerta espacio-existencial” del sitio, pues el factor gestáltico de figura-fondo es resuelto con una gran pregnancia plástica por el contraste lleno-vacío, y es precisamente el único evento en el cual el factor de cierre crea una ambigüedad en su límite territorial (no coincidiendo ello, ni debiendo coincidir con los límites físicos del terreno de implantación).

En este sitio territorial L1; L2; L3; C1 y P1 temporalicen en simultaneidad para el habitante. No importa la ubicación física o el desplazamiento motor del

individuo percibiente, porque el punto de vista existenciario ya fue definido. Sea N el nivel arquitectónico, y sea su punto de vista territorial, la totalidad de los $\{e\}$ en S_n acontecen como unidades espaciotemporales simultáneas, pues entre ellas hay saltos no homeomorfos y espacios topológicamente inconexos que suspenden la fluencia del tiempo.

Figura 7: Mapa de elementos homeomorfos



Superpuestamente a esta red de elementos que define al sitio, hay para el mismo S del palazzo y el mismo punto de vista territorial un sistema *homotópico* R . Definimos topológicamente a todo *ritual* como un sistema de espacios topológicos que constituyen una *familia homotópica relativa* a un subconjunto o *grupo fundamental* de elementos fijos, tal que todos los puntos de cada subconjunto homotópico y de su grupo fundamental pertenezca a S_n :

$R/n : [T_n \{r\}]$, donde:

R/n = Cada espacio topológico, definido por cada subconjunto "r" de elementos tensivos. Siendo R_1 el sistema homotópico del palazzo para $n=1$, tendremos:

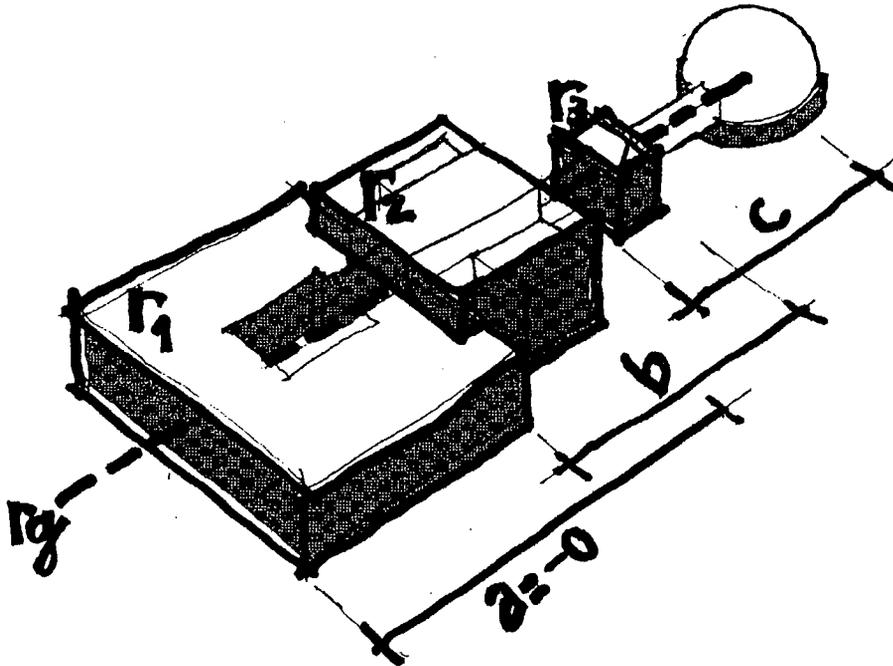
r_1 = Prisma calado en el área central (área de oficinas)

r_2 = Prisma calado en su eje longitudinal (acceso+sala de lectura+comedor)

r_3 = Prisma calado en su eje longitudinal (descanso de galería)

rg = Grupo fundamental (conformado por el total de puntos que constituyen el eje ordenador).

Figura 8: Mapa de elementos homotópicos



No se trata de una descripción puramente geométrica y plástica, sino de registrar por tal estructura morfológica sus condiciones homotópicas: r_1 se deforma homotópicamente, de manera continua, hasta r_3 . Y la familia m tiene en común un grupo invariable que es el eje que los atraviesa; este eje puede ser en términos plásticos vacío en el caso de r_1 , lleno en caso de r_2 , r_3 y en el resto de la galería en forma de "puente"; puede también cambiar las posiciones relativas entre uno y otro lugar (son interpenetraciones o caladuras en r_1 , r_2 y r_3 , o son yuxtaposiciones en la zona del puente); lo que importa es que para los subconjuntos m el eje fijo los instaure como homotopía *relativa* a él.

En R_1 existe también, además de rg , un grupo de *invariantes homotópicas*, que son los elementos de r que hacen homeomorfos a r_1 , r_2 y r_3 entre sí: los tres son prismas, los tres son calados por rg en su centro geométrico, y sobre estas invariantes se soporta la deformación continua en proporción y tamaño. Por eso mismo es que la

sala de conferencias no pertenece a la topología $\{r\}$, y tanto ella como la cubierta a dos aguas en r_3 pueden tomarse como verdaderas *alotopías retóricas* para R_1 .

Entonces, la homotopía R_1 ha espacializado las condiciones de todo rasgo unario, una unidad morfológica que demarca de una vez semejanzas y diferencias, pero esta demarcación conforma un espacio tensivo de temporalidad sucesiva con ritmos propios.

r_1 , r_2 y r_3 sólo pueden ser “copresentes” en tanto conforman una cadena espacio-temporal de “antes-después” entre ellos. Qué está antes “o” después de qué no nos interesa por ahora, puesto que la homotopía espacializa una *trayectoria hacia*, y no al objeto de deseo en sí. Y esta trayectoria viene a quedar cualificada por sus ritmos internos: entre r_1 - r_2 hay un intervalo $a=0$; entre r_2 - r_3 un intervalo b positivo, y entre r_3 y la sala del consejo hay un intervalo c que involucra a la sala en la secuencia rítmica. La *pregnancia formal* de la semiesfera es tan contrastante que ella se establece como el comienzo o el final de la secuencia temporal. En el ínterin homotópico las variaciones de intervalos y elementos r le otorgan una celeridad a la secuencia: entre los intervalos a y b hay una celeridad mucho mayor que entre b y c , donde la secuencia se hace más lenta. Ahora bien, en sentido inverso a lo que físicamente ocurre con las distancias métricas de los intervalos, el espacio tensivo “se expande” tanto más entre a y b como se “condensa” entre b y c .

B. De la significatividad historial a la significación* semio-narrativa.

El palazzo comunale nos ha permitido ejemplificar con sencillez la superposición de sitio y ritual. Para S_1 no hemos incursionado posibles particiones regionales, ni atendido a una lectura de borde interterritorial, donde la condición de contexto o entorno varía, pues las topologías $\{e\}$ ya no tienen en común su límite territorial, sino que constituyen homeomorfías con otros elementos, siempre del mismo nivel N . Tampoco hemos sumado complejidad para R_1 , pues pueden darse casos donde existan varias familias de homotopías superpuestas para un mismo sitio, y puede suceder también que en el nivel N de la “*cosa*”, como lo llama Schulz, los objetos (en el sentido de “útiles”) del sitio tengan las *pregnancias* suficientes como para establecer nuevas homotopías. En cuanto a sus prácticas cotidianas el habitante parece estar

apoyándose permanentemente entre ambos niveles, entre “objetos” y “espacios”, para trazar y referir espacialmente la trayectoria de sus historias.

Pero con el ejemplo nos interesa acudir a dos condiciones básicas para el desarrollo de nuestra tesis:

a. El ser cabe *conforma* y auto-comprende (la *significatividad*) espacio-existencial en una superposición constante entre *sitio* y *ritual*. Como anticipábamos más arriba, ellos constituyen una dialéctica irreductible que se unifica en la facticidad del habitar, pues las leyes de sus continuidades topológicas son leyes diferentes. Y a su vez, tales leyes topológicas implican modos de temporalidad diferentes y superpuestos en ambos existenciaríos. Para el ser cabe es posible la continuidad entre espacios topológicos homeomorfos o entre espacios topológicos homotópicos, pero no entre unos con otros, y del mismo modo él puede alternativamente temporar en simultaneidad el espacio del sitio o temporar en sucesión las trayectorias del ritual.

Sitio y ritual vienen a ser el fundamento ontológico de toda práctica de apropiación espacial, dada en un nivel determinado de territorialidad y gestada activamente por el sujeto habitante en cuestión. Esta estructura bipartita y espaciotemporal es entonces ordenadora al mismo tiempo de la apropiación espacial como de las secuencias temporales de sus prácticas cotidianas involucradas.

Ahora bien, todo lo que hemos dicho hasta aquí, aunque nos hallamos apoyado en un ejemplo de arquitectura, no está dicho del espacio arquitectónico en cuanto signo (u objeto de comunicación) particular, sino de las *prácticas* de apropiación espacial. Pero, lo que buscamos desde el principio en esta tesis es definir al espacio arquitectónico como signo de una semiótica de la vida cotidiana, en su particular instancia de semiosis por la cuál estas prácticas son el *interpretante final* del espacio, y el espacio interpretante de éstas. Entonces, la pregunta acerca de la semiótica arquitectónica para nosotros se formula como: ¿Cuál es la estructura de significación del espacio arquitectónico, que es producida y consumida *para* un interpretante de prácticas que superponen sitios y rituales del habitar?

b. Nuestra segunda clave heurística para desarrollar nuestra tesis es el reconocimiento de una convergencia entre las dos organizaciones topológicas de sitio y ritual, del lado de las prácticas y la trascendencia del texto, con las dos funciones semióticas de todo relato, las *funciones descriptiva y narrativa*, del lado de su

inmanencia textual. Y en el reconocimiento de esta convergencia en el borde fisural entre práctica histórica y discurso arquitectónico podemos ahora reformular el carácter mixto del signo arquitectónico:

Este signo es *función-signo* por naturaleza, motivado y convencional al mismo tiempo, pero no porque su denotación sea “la función físico-mecánica”, sino porque el signo arquitectónico es primeramente interpretante del sitio y ritual de la práctica, y a su vez ella interpretante final de éste, de tal manera que sobre la simultaneidad del sitio se levanta su función descriptiva, y sobre la sucesión del ritual realiza su función narrativa. De aquí que digamos que, a partir del fundamento existencial del habitar, el signo arquitectónico es un *relato* de las prácticas de sus habitantes.

En este marco de semiosis la doble estructura topológica espaciotemporal es la “raíz motivada” de la función-signo arquitectónica, pues para este corte de la cadena de semiosis (que es el que nos interesa), homeomorfías y homotopías son a la vez la organización espaciotemporal de las prácticas como la organización del significante arquitectónico, cuya “sustancia espaciotemporal” simultánea toma a su cargo la función de describir estados o escenarios, y la sucesiva toma a su cargo la función de narrativizar las prácticas de los habitantes, de poner en “proceso” el decurso de sus acciones.

Gérard Genette ha señalado estas dos condiciones temporales para ambas funciones del relato: “La narración se dedica a las acciones o a los acontecimientos considerados como puros procesos, y por eso pone el acento en el aspecto temporal y dramático del relato; la descripción por el contrario, como se detiene sobre objetos y seres considerados en su simultaneidad, y considera los procesos como espectáculos, parece suspender el curso del tiempo y contribuye a desplegar el relato en el espacio [de ficción].”¹²³

Esta convergencia provocada por la raíz motivada del signo función arquitectónico nos permite reconocerlo *desde su semiosis particular* como *relato espacial* de la vida cotidiana, y al mismo tiempo reconocer por ella la fuerza de determinación semiótica que sus significaciones ejercen sobre las prácticas mismas.

¹²³ Gérard Genette, “Fronteras del relato”, *Communications* 8, 1966.

NIVEL DE LAS PRÁCTICAS DEL HABITAR (La "trascendencia del texto")		RAIZ MOTIVADA DEL SIGNO-FUNCIÓN	NIVEL DEL TEXTO ARQUITECTÓNICO (Inmanente)	
Fundamento Existencial	Significatividad	Organizaciones Topológicas Espaciotemporales	Plano de la Expresión (Significante arquitectónico)	Plano del contenido (Significación)
<i>Sitio</i>	Identificaciones de pertenencia (territoriales)	<i>Homeomorfias</i>		Función descriptiva: construcción de escenarios
<i>Ritual</i>	Identificaciones de objeto (de deseo)	<i>Homotopías</i>		Función narrativa: construcción de procesos

Ahora bien, como dijimos el tema de nuestra tesis es definitivamente semiótico, de manera que nuestro interés se situará en el nivel de la inmanencia textual, pues lo que buscamos son morfologías narrativas para trabajar predictivamente con ellas en la práctica del diseño. No estaremos reñidos pues con el postulado de inmanencia del estructuralismo ni con la estructura de contenidos de la semiótica narrativa greimasiana, sino que adoptando asimismo el postulado de *doble hermenéutica*, como veremos, reconocemos una especificidad en la sustancia espaciotemporal del significante arquitectónico y en el corte de su semiosis particular que centra su

atención en el sujeto habitante, y desde este marco partimos y formulamos las preguntas:

¿Cómo es el recorrido generativo* de la textualidad arquitectónica? ¿Cómo son las estructuras semio-narrativas y discursivas para un significante así compuesto por superposiciones homeomorfas y homotópicas?

II. EN TORNO A LA FACTUALIDAD DEL DISCURSO ARQUITECTÓNICO

Hipótesis básicas del signo arquitectónico en tanto discurso del Habitar

II. 1. Hipótesis de doble hermenéutica

La búsqueda de *competencia semiótica* en la semiosis del habitar, es decir, desde la producción y recepción del discurso espacial en el seno mismo de la práctica de apropiación habitacional de ese espacio, es la que asimismo define al espacio arquitectónico como *objeto semiótico* y ubica nuestra tesis en el *ámbito de mediación* entre texto y prácticas, entre inmanencia y trascendencia, entre el mundo del texto espacial y el mundo de las prácticas habitacionales. Es propiamente el ámbito del análisis del discurso, situado en ese borde de convergencia para el cual seguiremos desde ahora los postulados de *doble hermenéutica* en Paul Ricoeur¹:

¹ “Una vez liberada de la primacía de la subjetividad, ¿cuál puede ser la primera tarea de la hermenéutica? A mi juicio, buscar en el propio texto, por una parte, la dinámica interna que preside la estructuración de la obra; por la otra, la capacidad de la obra para proyectarse fuera de sí misma y dar lugar a un mundo que sería ciertamente la “cosa” del texto. Dinámica interna y proyección externa constituyen lo que llamo la labor del texto. La tarea de la hermenéutica consiste en reconstruir esa doble labor del texto.” P. Ricoeur, *Narratividad, Fenomenología y Hermenéutica*, p. 493.

Reconocemos un ámbito interno al texto, gobernado por su sistema semiótico capaz de producir significación; este ámbito es pues el que permite reconocer en el texto su capacidad de *ficción*, su construcción de sentido.

Al mismo tiempo, reconocemos un mundo al cual el texto se proyecta y para el cual es dado, el mundo de las prácticas *ficcionadas* por el espacio, que es en las palabras de Ricoeur, la *cosa* del texto.

La doble labor del texto tiene que ver con este doble reconocimiento, con su posibilidad de ficcionalidad inmanente y con su proyección en el mundo en que es puesto en circulación. De este modo, Ricoeur adopta la posición de un *continuismo relativo* entre relato y prácticas históricas. No está ubicado en la posición de continuismo radical de narrativistas como David Carr puesto que salvaguarda los ámbitos propios de relatos y prácticas, ni en la posición de Verón que niega la posibilidad de ambas instancias², pero asimismo reconoce el vínculo entre sus estructuras de temporalidad.

El punto de convergencia entre prácticas y discursos también es postulado por Ricoeur como aquel en el cual “ambos traen algo en común”, *su carácter y estructuración temporal*, y aquí es donde vemos una similitud con el continuismo de Carr que él mismo se esfuerza en desconocer de Ricoeur. La tesis de *triple mimesis*³ se caracteriza por esta doble posición (sea de la acción al texto o del texto a la acción), la de reconocer una internidad propia en el texto, capaz de construir la “intriga” y por tanto una temporalidad propia, y por el otro lado reconocer en la misma operación mimética de producción y reconocimiento del texto, un vínculo con su externidad y los tiempos de las prácticas históricas mediante el cual el texto proyecta su intervención. En Ricoeur, a diferencia de Carr, ambos reconocimientos son recíprocos y constituyen una sola propuesta hermenéutica.

Ahora bien, nosotros acotaremos “el mundo” del texto arquitectónico a su propia semiosis en el seno del habitar. Desde el punto de vista de Peirce, podemos decir que el *ámbito de mediación entre texto y prácticas históricas* queda definido y acotado como *condiciones de factualidad discursiva* de las relaciones triádicas de la

² E. Verón, *La semiosis social*, “El sentido como producción discursiva”, p. 127. Adviértase la distancia que Verón toma respecto de nuestra doble hermenéutica, que el autor remite a una “vieja querrela entre el análisis interno y el análisis externo” “...el análisis discursivo no puede reclamar ‘inmanencia’ alguna...”

³ P. Ricoeur, *Tiempo y Relato I*, ps. 123 ss.

semiosis (entre representamen, objeto e interpretante). Lo que permite “mediar” entre texto y prácticas históricas es precisamente la práctica histórica de su semiosis, de su producción y su recepción según sus condiciones de factualidad particulares, “factualidad” en el sentido de un “empirismo al resguardo de los hechos”⁴, de “condiciones de realización”, como es el caso de la lógica pragmática de Peirce.

Entonces, si la mediación entre texto y práctica es el marco-problema de nuestra tesis de competencia semiótica, las condiciones de factualidad discursiva en tanto condiciones de mediación son el marco teórico de su abordaje.

Tal abordaje nos permite reconocer las próximas cuatro hipótesis o postulados teóricos iniciales, que apuntan a estas condiciones factuales del discurso arquitectónico y por las cuales asumimos su *soporte material* (materialidad del dispositivo y materialidad del significante propiamente dicho) como pertinencia fundamental que modifica, contra el estructuralismo ortodoxo, las operaciones de los *universales* del lenguaje en el recorrido generativo.

De tal modo que para nosotros, el término *discurso* queda reservado a lo que Peirce llama *representamen* o (signo en sentido estricto), es decir, el objeto significativo factualmente producido en su materialidad, y así lo diferenciaremos del término *nivel discursivo* que remite a las categorías formales de la discursivización.

Pero, sobre todo, el reconocimiento de esta pertinencia nos trae importantes consecuencias en las categorías de *sujeto* y *cuerpo*.

En cuanto al sujeto, ya estamos prevenidos por Greimas pues no será para nosotros “el pene” ni abriremos “los grifos de algo incontrolable”⁵. No es necesario.

En la inmanencia del texto arquitectónico existe un *espacio enuncivo*, de substancia puramente conceptual y semántica. El espacio arquitectónico construye desde su significación y para su habitante este espacio de pura ficción y de naturaleza narrativa. En este espacio tenemos claro que el “sujeto” es una función actancial dentro de su estructura sintáctica.

⁴ La expresión es de Gérard Deladalle: “El empirismo peirciano no es el empirismo de los hechos en el sentido material del término, sino el empirismo a salvo de los hechos, a salvo de sí mismo, el empirismo fenomenológico de Kant. Por cierto, no son las formas *a priori* (espacio y tiempo) de la sensibilidad lo que lo salvan, sino la creencia transformista en la continuidad de la experiencia en el espacio y en el tiempo.” G. Deladalle. *Leer a Peirce hoy*, p. 83.

⁵ A. Greimas, *La enunciación, una postura epistemológica*. Este ensayo termina pues con una clara sentencia: “fuera del texto no hay salvación. Únicamente el texto, nada más que el texto y nada fuera del texto.”

Ahora bien, en la trascendencia de su semiosis reconoceremos un *espacio factual*, que es fenomenológicamente coincidente con la *estructura bipartita del ser cabe*, y desde el cual el discurso arquitectónico es construido, producido y consumido por un *sujeto factual*, que es su propio interpretante al cual llamaremos desde ahora *receptor-habitante*.

Para este sujeto, su *corporeidad*, su *habitud*⁶, no es más al decir de Greimas “una figura como tantas otras, un volumen que, situado en el ámbito espacial, se desplaza dejando a su paso una estela de configuraciones”⁷. El dispositivo del discurso arquitectónico ha repuesto su corporeidad como *competencia semiótica*, y volvemos a coincidir con la postura más fenomenológica de Lyotard:

“El espacio de la indicación no es ni el cuadro del sistema ni la línea de la palabra. Los puntos por donde pasará el movimiento que indicará “dónde está aquí” no son como términos medios, como mediadores que, en función del sentido o del sonido, se confrontan con la palabra o con el fonema elegido, para quedar eliminados, en esas operaciones de selección y concatenación virtuales que la lingüística estructural ve funcionando en el acto de la palabra. Por el contrario, el lugar indicado, *el aquí*, queda captado en un campo sensible, como su base, sin duda...Lo podemos decir de otro modo. Arriba y abajo, derecha e izquierda, delante y atrás, son lugares que hay que referir a un volumen generador, que es el cuerpo viviente y parlante y su gesto gestador, sin que, no obstante, debamos ver en tales lugares unas dimensiones *de* este cuerpo.. La indicación del aquí remite a una coexistencia del cuerpo y del espacio que no tiene similar en la experiencia del lenguaje...”⁸

Hablar pues de soporte material y dimensión espacial del discurso será en adelante un solo problema, de cuya resolución *dependen* los vacíos de la enunciación.

⁶ En efecto, el cuerpo perceptor del habitante aparece como una estructura de lazos espaciales que desborda propiamente lo físico, y sobre este fenómeno orienta Merleau-Ponty una fenomenología del cuerpo: “Pero este hecho [el de reconocer los vestidos como anexos del cuerpo] no prueba que la presencia de mi cuerpo sea comparable a la permanencia de hecho de ciertos objetos, el órgano a un utensilio siempre disponible. Muestra, al contrario, que las acciones en las que me empeño por *habitud* incorporan a sí mismas sus instrumentos y les hacen participar de la estructura original del propio cuerpo. En cuanto a este, es la *habitud primordial*, la que condiciona todas las demás...” (s.n.). Luego: “La experiencia revela bajo el espacio objetivo, en el que el cuerpo toma finalmente asiento, una espacialidad primordial de la que ella no es más que la envoltura y que se confunde con el ser mismo del cuerpo. Ser cuerpo es estar anudado a un cierto mundo, vimos nosotros, y nuestro cuerpo no está ante todo, en el espacio: es del espacio.” Véase Merleau-Ponty, M. *Fenomenología de la Percepción*, ps. 108-109; 165.

⁷ A. Greimas, *En torno al sentido*, “Condiciones de una semiótica del mundo natural”, p. 57.

⁸ Lyotard, J. F., *Discurso, figura*, “Dialéctica, índice, forma”, ps. 45-58.

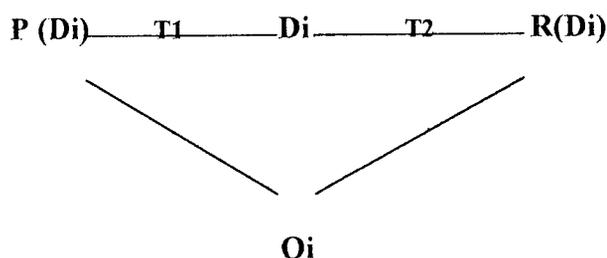
Pues este *espacio factual* viene ahora a redefinir, hacia dentro del texto, el *espacio de la enunciación* y el *sujeto de la enunciación*.

Esta corporeidad generadora de discurso ha trocado la enunciación *egológica* del enunciado lingüístico en enunciación *egófuga*, tal como lo diferencia Herman Parret⁹, porque en el espacio de su factualidad el ser cabe es siempre *ahí*, y no *aquí*. El *espacio de la enunciación* del texto arquitectónico viene dado entonces por el propio recorte de sitio y ritual que delimita al texto desde el punto de vista territorial que adopte el receptor-habitante. Y es por esta misma enunciación egófuga, existenciaría, que el total del nivel enunciativo de nuestro texto arquitectónico no se basa en un esquema de comunicación bipolar, yo-tú, sino como veremos en una pragmática dada en la relación *sujeto observador-sujeto informador*¹⁰ de la percepción.

II. 2. Hipótesis de la materialidad espaciotemporal de la práctica discursiva como matriz fenoménica de la competencia semiótica.

Como señalamos con Gérard Deladalle, Peirce coincide con Kant en un empirismo a salvo de los hechos, pero no coincide con su concepción de espacio y tiempo en tanto *categorías a priori* de la sensibilidad. Espacio y tiempo son en cambio el soporte material e histórico de la experiencia continua de la semiosis, de la práctica y consumo social de los discursos. Se trata del *espacio-tiempo de una práctica* determinada por sus relaciones triádicas.

Para el caso del espacio arquitectónico como representamen inserto en el hecho del habitar, la matriz fenoménica espacio-temporal es la de un *interdiscurso de prácticas cotidianas*:¹¹



⁹ Parret H. *Las pasiones*, "Carta sobre las pasiones", 219 ss.

¹⁰ Estas categorías señaladas por Filinich en cuanto a la enunciación del espacio serán cruciales para la formulación de nuestras tesis. Cf. María Isabel Filinich, *La Enunciación*, p. 70ss.

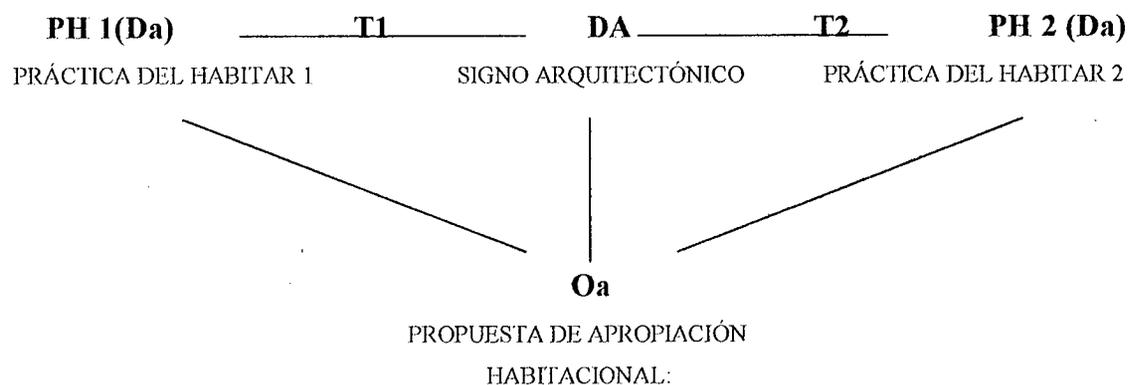
P (Di): Discurso del contexto de producción de Di.

Di : Discurso interpretante de P como signo.

R (Di): Discurso interpretante de Di como signo.

Oi : Objeto al que refieren los discursos, que supuestamente es común a los tres.

Es decir, en el tiempo T1, P es un signo para D, que es interpretante de P. En el tiempo T2 la cadena triádica vuelve a armarse, siendo ahora D signo para R, discurso interpretante de D con sus propias condiciones o gramáticas de recepción. El término “objeto” señala aquí la categoría peirciana de una de las partes del signo, al concepto que los discursos tienen como referente.

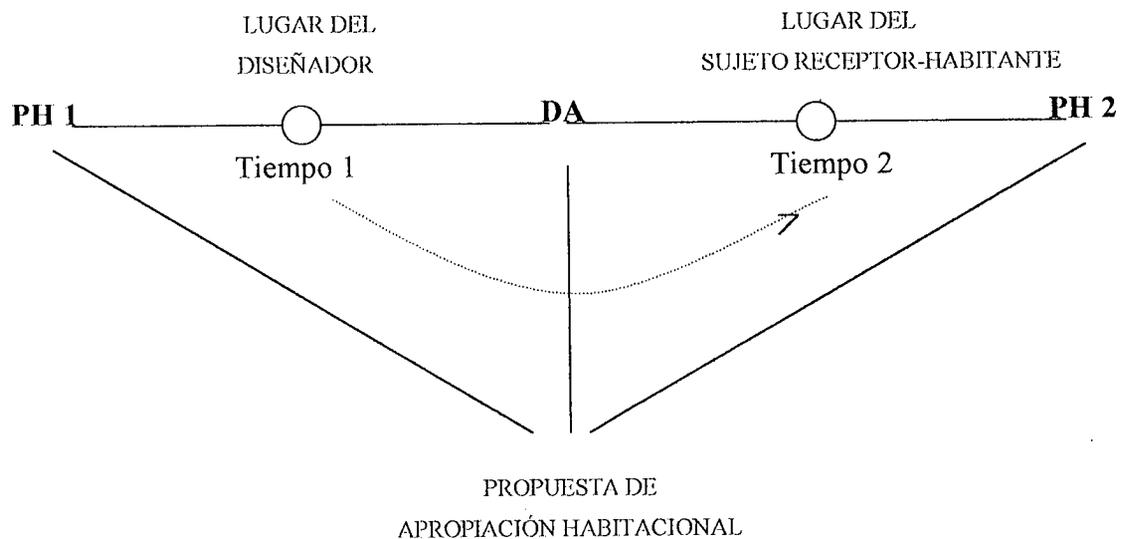


Nuestro signo arquitectónico queda de esta manera acotado a un corte particular de su semiosis, definido como *interdiscurso*, lo que nos permite delimitar el marco de la competencia semiótica del receptor-habitante:

El *espacio factual* de la producción del discurso arquitectónico es precisamente el de PH1 para el caso de la gestión del diseño en T1, pero sobre todo es PH2 para *el receptor-habitante*, pues él vuelve a gestionar la producción del discurso activamente desde su práctica. De este modo, las condiciones de apropiación espacial de *sitio* y *ritual* de PH2, (la delimitación del nivel espacio-existencial, la definición del punto de vista territorial o interterritorial, la demarcación de la frontera del sitio, la selección de recorridos homotópicos), quedan instauradas como el *contexto accional*

¹¹ Volvemos aquí al esquema presentado por Verón, de un corte en “un punto en la red discursiva”. E. Verón, *La semiosis social*, p.132.

de DA, como lo menciona Parret¹². Pero bien, con una gran diferencia: Este contexto accional no es el espacio tiempo de un cuerpo contextualizado que se encataliza por un esfuerzo mental de interpretación, en el vacío del nivel de enunciación de un texto ya dado. Es por el contrario condición de producción por el cual el discurso arquitectónico viene a ser delimitado, configurado, desde el seno de la práctica y la habitud de su interpretante.



II. 3. Hipótesis de doble mimesis del tiempo

El hecho de definir doblemente al signo arquitectónico, desde su inmanencia y desde su trascendencia, como interdiscurso de las prácticas, nos conduce ahora a formular una nueva hipótesis de base situada en la función icónica-mimética del signo:

En Oa nos encontraremos con el resultado de la *ficción* del texto arquitectónico, la construcción propiamente narrativa que el espacio devuelve a la lectura del receptor-habitante. El objeto inmediato¹³ de este referente es la propuesta

¹² Parret, H. *La enunciación y su puesta en discurso*, Fonds National Belge de la Recherche Scientifique, pp. 4 ss.

¹³ Dentro de la relación triádica del signo, Peirce distingue dos aspectos del objeto referente del representamen: "...Pero aún debe señalarse que habitualmente hay dos Objetos, y más de dos interpretantes. Esto es, debemos distinguir el Objeto Inmediato, que es el objeto tal como es representado por el signo mismo, y cuyo ser es, entonces, dependiente de la Representación de él en el Signo; y, por otra parte, el Objeto Dinámico, que es la Realidad que, por algún medio, arbitra la forma de determinar el Signo a su Representación." De esta manera el objeto inmediato aparece como el *recorte* que el representamen hace de él en algún aspecto (o "fundamento"), y el dinámico como aquel

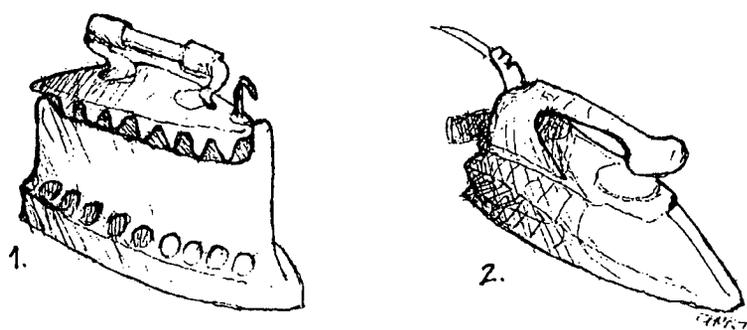
ficcional del espacio para conformar su sitio y su ritual enuncivos *para ese espacio*, pues la mimesis acontece entre las topologías espaciotemporales del significante arquitectónico y de las prácticas de apropiación en él. El objeto dinámico desbordará esta práctica particular hacia una tipificación de sitios y rituales en el mundo posible del receptor-habitante, entonces, la mimesis será ahora “autorreferencial”, entre las topologías espaciotemporales del significante y las series significantes que la arquitectura pudo estabilizar como "tipos" para este interpretante.

En coincidencia con Husserl, el objeto inmediato del representamen arquitectónico lo implica fenomenológicamente como *objeto temporal inmanente*, pues se trata aquí de la espaciotemporalidad de sus propias prácticas situadas y ritualizadas, pero en cuanto objeto dinámico, el representamen se organiza ahora como un *objeto temporal trascendente*, ha idealizado la espaciotemporalidad de las prácticas y las ha “detenido” en un icono tipológico. He aquí el origen semiótico de una bifurcación en el pensamiento proyectual de la arquitectura que depende del aspecto que seleccione de su objeto; un pensamiento tipológico por el cual en la misma medida que hace del objeto dinámico un *necesitante* en los términos de Peirce, que lo estabiliza como ley, crea una práctica mimética de autoreferencia hacia dentro de los objetos arquitectónicos, pero olvida las condiciones de inmanencia de las prácticas “vivas” en la cadena de la semiosis.

En realidad, el significante arquitectónico comparte una doble relación semántica común a todos los signos-funciones y propia a la condición visual de su plano de expresión, solo que su especificidad viene dada por su condición existencial. El plano de expresión del espacio arquitectónico presenta una *forma visual* y una *substancia espacio-existencial*.

Esta visualidad propia de los signos-funciones aprovecha la operación icónica de representar el “tiempo externo” y el “tiempo interno” del objeto. Doble condición que vuelve a confirmar la estructura semio-narrativa del espacio.

Veamos un caso sencillo de signo-función:



Aquí tenemos dos planchas domésticas de ropa. La primer mimesis del tiempo externo corresponde a la operación de representar el *tiempo histórico* de su contexto de emergencia (el tiempo T2 de la red interdiscursiva), operación semiótica que sitúa en el mismo tiempo histórico a su práctica funcional. La plancha 1 nos ubica en una práctica del “tiempo de la abuela”; el objeto supone la necesidad de llenar la caja con carbón, sostener con una agarradera su mango debido a la conducción del calor...y junto a estos aspectos hay en el objeto marcas formales del gusto y la fábrica de esta época. Aún tornando la plancha como objeto snob, utilizándola en 2002 con una resistencia eléctrica incorporada, el objeto seguiría remitiendo a aquel tiempo en razón de un “tipo” que el receptor reconoce perteneciente a un contexto accional. El tipo guarda entonces una relación de significación con un tiempo trascendente (de ese objeto y esa práctica en el tiempo de la abuela) y con un “arquetipo” (los aspectos formales básicos que hacen reconocibles a los dos objetos, 1 y 2, como planchas manuales de uso doméstico. La relación arquetípica entre 1 y 2 es lo que hace posible reconocer aún hoy al objeto 1 como “plancha”).

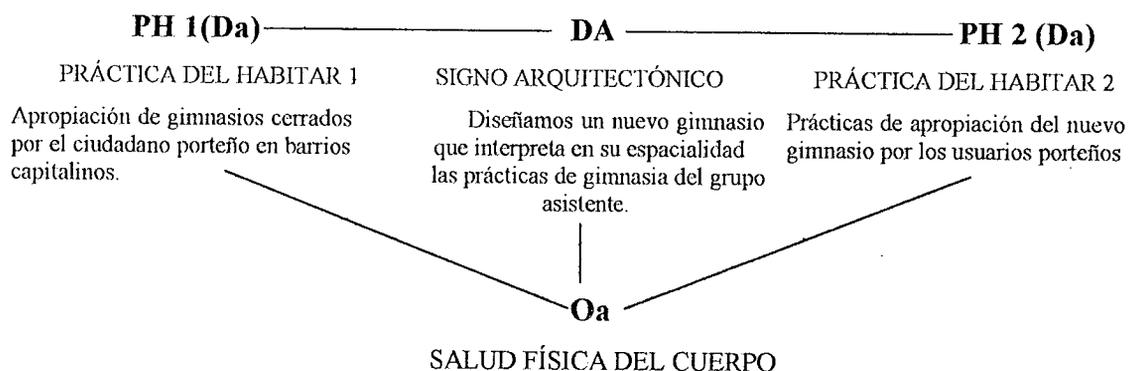
Una segunda representación acontece con el “tiempo interno” del objeto. ¿Interno a qué? Bien, la relación de significación icónica se produce entre la secuencia temporal *interna* de los componentes formales de la plancha, reconocidos visualmente (el mango + la base) y la secuencia temporal *interna* a la práctica de planchar que es significada: En 1 el mango representa un movimiento de *levantamiento* de la plancha, mientras en 2 representa un *desplazamiento*. La proporción y tamaño de la base de 1 significa junto al mango un “peso” para el brazo de la persona, que construye la imagen de una práctica intermitente, levantar y apoyar, levantar y apoyar...sobre la

mesa de planchar. La base de 2 representa por el contrario un objeto “liviano”, que se deja empujar hacia delante y que puede en un sólo desplazamiento terminar su recorrido en los rincones de la prenda y no en algún lugar de la mesa, ya que este otro objeto de la práctica ha perdido interés para esta plancha.

Notemos asimismo la importancia de una “pragmática de lo cotidiano” como centro de la instancia de enunciación del signo-función. El sujeto observador es enunciado en el registro propioceptivo que el sujeto informador (la plancha) provoca en la lectura visual. La percepción del cuerpo de la práctica de 1 refiere a una mano y brazo fuerte que debe luchar verticalmente con la gravedad para realizar la práctica; en 2 se enuncia un cuerpo mediante una mano “descansada”, que se dejará llevar por la inercia.

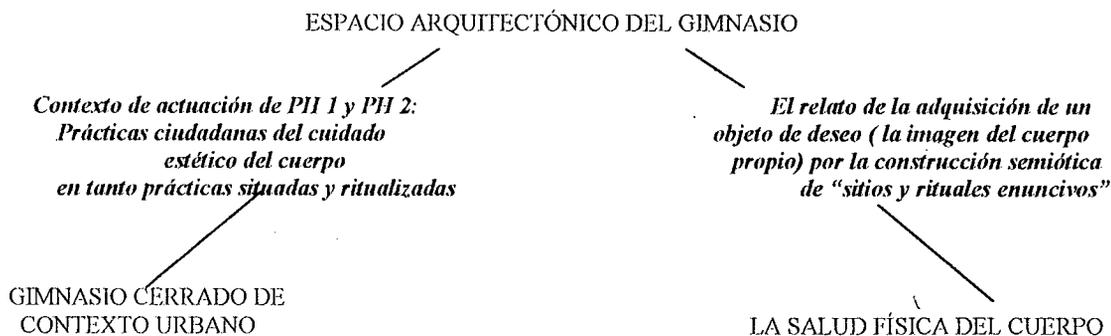
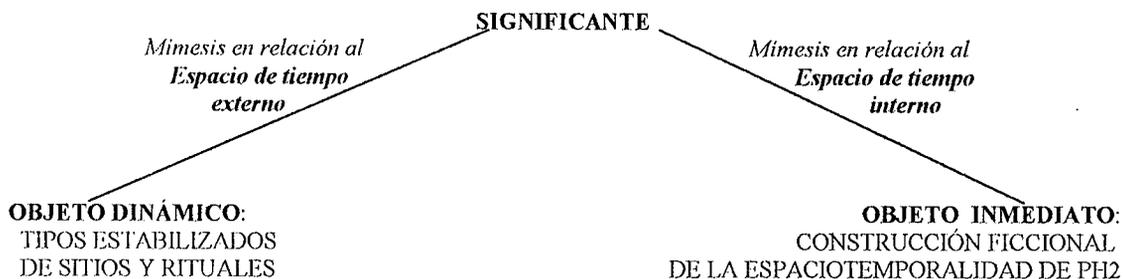
Ahora bien, decíamos que la gran distancia entre los útiles y el espacio arquitectónico en tanto signos-funciones viene a marcarse por la condición existencial de las prácticas habitacionales; el tiempo interno del relato arquitectónico es mucho más rico y complejo que el tiempo de una función utilitaria, pues lo que mima el signo arquitectónico en cuanto objeto temporal inmanente es la simultaneidad del sitio y la sucesión del ritual de las prácticas mismas en ese espacio. Aquí es donde se ubica nuestra tesis. Aunque reconozcamos una mimesis tipológica pertinente al efecto de sentido sobre las prácticas, ligada teóricamente a la neovanguardia rossiana, nos centraremos en las funciones semióticas del signo arquitectónico en cuanto objeto inmanente, donde la mimesis acontece entre la espaciotemporalidad del ser cabe (sitio y ritual) y la espaciotemporalidad de su representamen también topológicamente doble (homeomorfo y homotópico).

Veamos un ejemplo anticipándonos a uno de nuestros casos, un centro deportivo cerrado, en el contexto de su nivel urbano:



En el ejemplo que trataremos luego tenemos un “gimnasio en Capital Federal”. Cuando lo diseñamos y construimos, lo hacemos para que él sea interpretante de las prácticas cotidianas particulares a su objeto (Oa): El ideal de cuerpo bello y sano que inspira a cierto sector de ciudadanos hacer gimnasia. Pero con esta cadena hablamos en especial de prácticas cotidianas *del habitar*. Delimitamos P(Di) no sólo a las prácticas de la gimnasia, sino a las prácticas *del habitar estos gimnasios* (PH 1). No es cualquier gimnasia y no es cualquier objeto, sino aquellas prácticas que se constituyen por un habitar particular (cómo los gimnasios cerrados tipo SPA establecen sus modalidades de sitios y rituales). Ahora bien, cuando diseñamos lo hacemos prospectivamente hacia la segunda cadena del interdiscurso: El gimnasio entonces opera como signo para PH 2, con el usuario que prevemos (y nunca podemos controlar) en una misma comunidad de interpretación, y que realizará una lectura espacial *de ese objeto*, desde *esa práctica* de apropiación, *en ese gimnasio*.

La función mimética que desarrollaremos para el relato arquitectónico se circunscribe a Oa como el objeto inmediato que Da mima para PH2:



II.4. Hipótesis de “ambigüedad” en la emergencia del discurso-representamen.

II.4.1. Las tres hipótesis anteriores nos advierten ya que para nosotros el *soporte material* de la factualidad discursiva es una pertinencia fundamental para toda semiótica posible, y el factor determinante de la competencia pragmática de nuestro interpretante, el *receptor-habitante*. Pero sabemos también que este es el punto crítico en el cruce de la semiótica narrativa de vertiente estructuralista y de la pragmática peirciana.

Desde Hjelmslev en adelante, si no había quedado claro con Saussure, el sistema semiótico, cualquier sistema del que hablemos, será siempre una estructura formal, cualquier estructura formal de la que hablemos. Para recordar los tres niveles de existencia semiótica en Greimas, la *virtual* contendrá formas de relaciones paradigmáticas, la *actual* formas en cadenas sintagmáticas, y finalmente el nivel de existencia semiótica *realizado* reunirá las formas de la manifestación discursiva.

Pues es claro ver que la teoría de la escuela estructuralista y otras pragmáticas cercanas a ella¹⁴ han venido haciendo una especie de aterrizaje hacia el problema del discurso, digamos, desde las formas de la lengua hacia las formas de apropiación del sujeto de discurso, pero nunca invadiendo el ámbito de ese “soporte de aterrizaje” del significante discursivo y el evento de su semiosis.

Digamos que es este “trazo de luz” con el cual aún no se toma contacto con lo material, lo que dirime las cosas en la toma de distancia de la perspectiva empirista de la enunciación, y en última instancia viene dividiendo las aguas entre escuelas.

En ese trazo de luz es donde anclamos esta tesis. Intentamos dar cuentas de aquellos contenidos que quedan fuera por sostener esa distancia rasante, es decir, aquello del enunciado que la teoría de la enunciación no puede resolver por hacer “evitable” al soporte material en tanto pertinencia enunciativa, y por declararlo

¹⁴ En especial el caso de Osvald Ducrot, pues vemos que la teoría de la polifonía entra en colapso al analizar enunciados que salen de una factualidad puramente conversacional o escrita, como el caso de /lavame sucio/ (escrito con el dedo sobre el parabrisas del auto) o /la bombonera no tiembla, late/ (como pancarta dentro de la tribuna del estadio de fútbol). En efecto, según se reconozca o no la pertinencia del soporte material de estos enunciados tal como los define Ducrot, (objetos factuales), el resultado del análisis de locutores y enunciadore será totalmente distinto. Véase Ducrot O, *El decir y lo dicho*, “Esbozo de una teoría polifónica”, pss 178-181.

“pretexto”¹⁵. De aquí la importancia de la teoría peirciana, en especial en relación al interpretante.

Pero ello no implica para nosotros, como decíamos, necesariamente abordar al enunciado desde una mirada empirista y positivista, sino más bien reformular el concepto mismo de “forma” que ha imperado en la teoría lingüística, con otro que nos permita construir una *pragmática materialista*, es decir, no sólo bajo el reconocimiento de la emergencia del enunciado en el decurso histórico de la *semiosis*¹⁶, sino una pragmática que asume la pertinencia de la *habitud* en tanto condición perceptiva en el significante y en el dispositivo de discurso, y la coloca en el centro de sus operaciones.

Es este concepto de forma que tomamos de P. A. Brandt. Es necesario cambiar la perspectiva ahí dentro de lo formal para entonces reconocer al soporte; cambiar el enfoque *morfo-proyectivo* por una postura *morfo-dinámica* para toda semiótica. Esto es, reconocer al fin que “las formas son formas de las sustancias”¹⁷, que su factualidad discursiva es también un a priori, o bien, que el camino no es de mano única, que las formas no sólo proyectan sobre lo material sino que su primer lugar de emergencia es lo material. Si de veras la semiótica greimasiana aspira a generalizar las formas de contenido para toda materialidad, la única manera de realizar esta aspiración es confrontar estas formas con una fenomenología que haga posible acceder a su particularidad perceptiva.

Marca realista para la semiótica que nos permite reponer en el modelo semiótico aquel “ala” fenomenológico tan necesario para acceder a la significación del

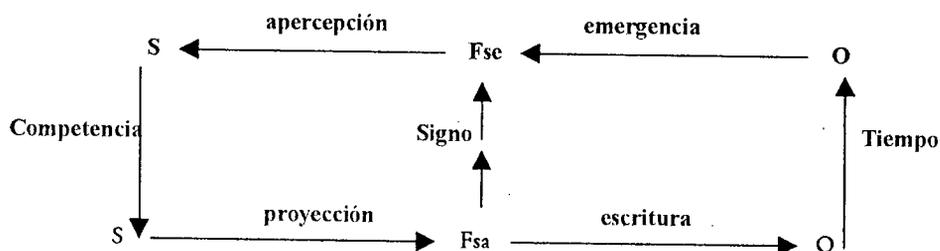
¹⁵ “El plano de la expresión, en cuanto sustancia, es sólo un pretexto, bien que necesario, para la captación de una discontinuidad diferencial. Por ello, esta operación de captación debe ser considerada como una organización particular de categorías formales...La forma semiótica se reduce a “informar” la sustancia, sin que por ello derive ella misma de la sustancia. Greimas, J.A. *En torno al sentido*, “La estructura semántica”, p. 46.

¹⁶ Pues este es el giro hermenéutico del análisis del discurso de vertiente francesa, donde el soporte material es pensado como esquema, con mayor o menor grado de estructuración, que dispone las fuerzas históricas para la emergencia de la formación discursiva. Aún, y a pesar de su resistencia al mote de “pos...”, ¿a qué llamaba Foucault “estrategias” y “reglas...”? El ámbito de la formación discursiva como instancia originaria, génesis de formas primitivas del discurso, *formaliza una práctica histórica*; aquí es, pues, la materialidad histórica del evento de la *semiosis* la que está en juego, por encima, rasante, a la materialidad *del soporte*.

En el vuelo rasante de esquematizar el soporte como práctica histórica, algo se nos pierde de su materialidad, algo excluimos de él, precisamente, las determinaciones materiales que operan el contacto entre los cuerpos del significante y el interpretante; y este contacto primero que Brandt reconoce en el ala superior del esquema que presentamos, y que nos impone una mirada fenomenológica, es en efecto el soporte de toda práctica discursiva y el camino fenomenológico de este realismo filosófico. Cf. Foucault Michel, *El Orden del discurso*.

¹⁷ Brandt P. A., *Dinámicas del sentido*, ps. 9-11.

espacio arquitectónico¹⁸. Según Brandt, “En una perspectiva más filosófica, podemos tratar de caracterizar el proceso global en que se inscriben los fenómenos comentados, es decir, la semiosis. Si por “sujeto” S entendemos a la vez el sujeto idiomático y el protosujeto [de esquemas categoriales sobre los que se inscribirá la escritura de su mundo y su *ex-sistencia*], y por “objeto” O, el mundo de los objetos, de los lugares y de los tiempos denotados, podemos imaginar una instancia intermedia F, el Fenómeno emergente y perceptible, y también reproducible por la reacción semiótica al mundo (el fenómeno como expresión). Las relaciones entre S, O y F nos parecen deber establecer una red como la siguiente :



Y resume Brandt: “Para el realista, la escritura desaparece de la geografía, y lo que circula entre signo y competencia constituye una representación, que rememora y conmemora la “presentación” pura del mundo, por $O \blacktriangleright F \rightarrow S$. Para el nominalista todo O es escritura y cultura, repetición de fantasmas subjetivos proyectados, por $S \blacktriangleright F \rightarrow O$. Para el semiótico, estas dos actitudes son justificadas en casos límite, mientras en general hay que tomar en cuenta la ambigüedad de la emergencia.”¹⁹

II.4.2. Venimos a referir que, tanto en la instancia perceptiva como en la proyectiva del *habitante*, la estructura bipartita del ser cabe predetermina la emergencia del significante. Notaremos dos aspectos fundamentales al significante arquitectónico a partir de aquí: En relación a su forma perceptible es *signo plástico-visual*, en relación a su sustancia espacio-existencial es *obra abierta*.

1. Es necesario advertir que al referirnos en II.3 sobre la mimesis del tiempo por el espacio no lo hicimos como criterio taxonómico, sino como veremos más

¹⁸ Deladalle ha señalado también, en relación a las categorías de primeridad, segundidad y terceridad, que Peirce se acerca más al realismo de Duns Escoto y se aleja de la abstracción aristotélico-tomista; “...el signo es el efecto práctico de nuestra mente y sus conceptos en lo real. El signo es el lugar del espíritu y de la materia. En la lógica de las categorías, estas son producciones dialécticas del espíritu, y sin embargo Peirce afirma que todo comienza con la “observación” y la “percepción”. Deladalle, G. *Leer a Peirce hoy*, p.35ss

adelante como *función* icónica-mimética. En cambio, para clasificar al signo según su representamen tomamos la categoría de signo plástico-visual del Grupo μ , aunque para sus condiciones sintácticas refiramos su visualidad más específica al modelo tensional que Arnheim ha definido para la forma arquitectónica.²⁰

Este modelo tensional de percepción concibe que las estructuras profundas que ordenan el percepto visual consisten en un campo de tensiones en el cual se despliega energía visual. Dentro de este campo operan elementos-masa que concentran y emanan fuerzas perceptivas y elementos-vacío en el que se despliegan atracciones o rechazos de fuerzas:



Atracción

Rechazo

* El ejemplo de Arnheim en la introducción de *La forma visual de la arquitectura*

Ahora bien, por cierto que este campo de energía visual no es un campo físico, sino un campo fenoménico que involucra nuestro contacto con la sustancia visual. En tal sentido, el hecho que veamos en el ejemplo un campo de atracción y otro de rechazo no depende sólo de lo que hay dibujado en concreto, sino de la relación que la imagen guarda con nuestro cuerpo percibiente. Por ejemplo, distinguimos mayor concentración de masa arriba o abajo en cada caso, y distinguimos una proximidad entre los elementos (más lejos o más cerca alteraría los efectos de campo) porque, en rigor, nuestra relación corporal con el espacio que habitamos proyecta e introyecta los ejes arriba-abajo, cerca-lejos, y otra serie de relaciones. (Relaciones que constituyen un vínculo de continuidad entre nuestro cuerpo perceptor y el espacio percibido). Es, digamos, nuestro cuerpo demarcado por la imagen y la imagen recibida por el cuerpo perceptor, y en esa interrelación sucede la emergencia del fenómeno perceptivo y su dato óptico.

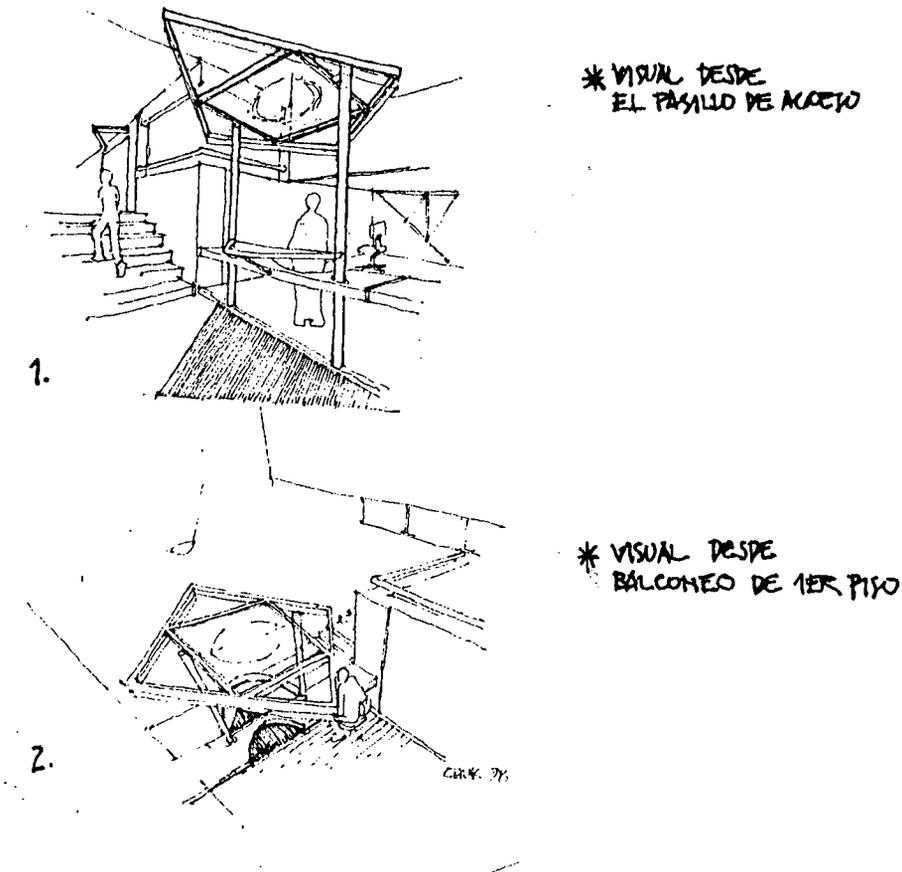
¹⁹ Brandt P.A., *La condición semiótica*, en Seminario internacional de comunicación, ps. 189-192.

²⁰ Grupo μ , *Tratado del signo visual*, p.167ss. Sobre el *modelo tensional* de distribución de energía visual en el espacio plano y en el espacio arquitectónico, confróntese en especial Kandinsky W., *Punto y línea frente al plano*, pp. 50 ss., Arnheim, R. *La forma visual de la arquitectura* 13-29, Dondis, *Sintaxis de la imagen*, 53-62, Araujo I. *La forma arquitectónica*, pp. 134-145, Kepes, G. *El lenguaje de la visión*, pp. 34-55.

Entonces, el rasgo sémico o unidad visual mínima del significante no es el elemento-masa o el elemento-vacío, sino el producto visual entre ellos en relación a la corporeidad del habitante. Asimismo, para poder reconocerlo tendremos que utilizar un meta-lenguaje descriptivo fotográfico o gráfico que sea lo más cercano posible a la proyección cónica del ojo.

Volvamos a anticiparnos y retomemos el ejemplo del gimnasio, ahora recortando de él visuales de su recepción:

Figura 9: Registro de descriptores visuales



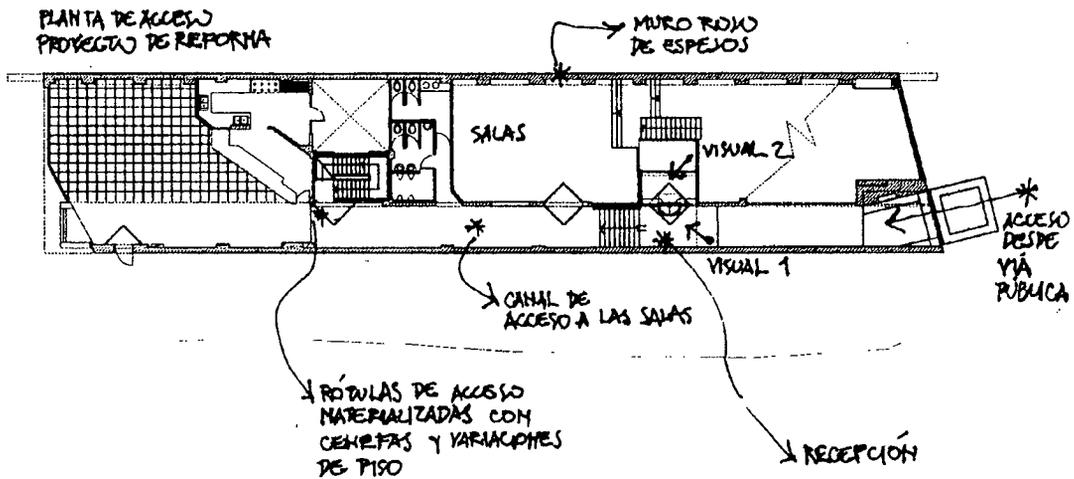
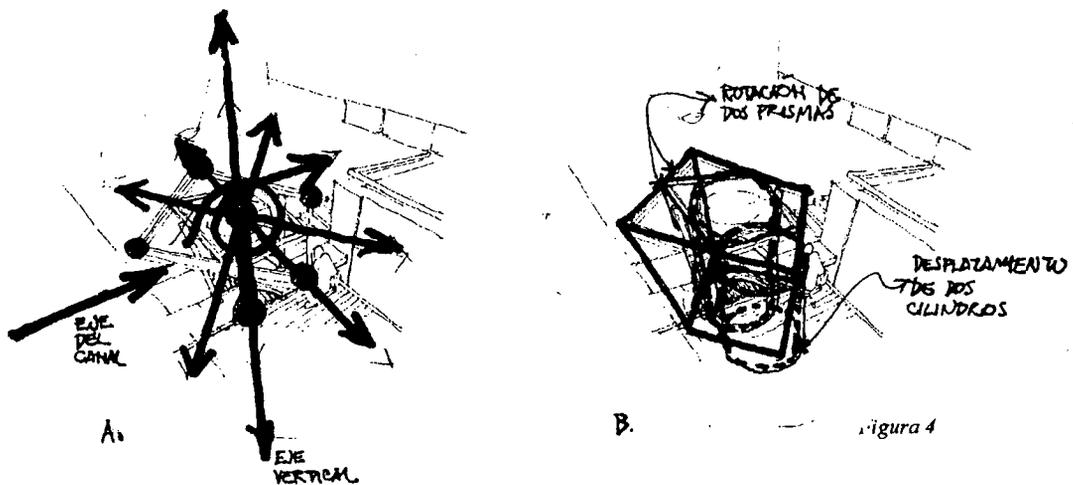


Figura 10: Reconocimiento de rasgos séimicos



En una primer aproximación, señalemos que en el descriptor visual A tenemos una serie de puntos y ejes que organizan el equilibrio perceptivo del campo visual. El eje del canal de acceso es tomado por una serie rotada de ejes. Las relaciones de equilibrio perceptivo entre los ejes provoca una sensación de rotación que toma y arremolina la axialidad dura del canal. Por un sub-código de transformaciones psico-

perceptivas, (que codifica las transformaciones de percepciones visuales en sensaciones del cuerpo, en este caso de equilibrio) el rasgo (el percepto total de elementos y relaciones de tensión visual) significa /participación/; el sujeto que llega es como tomado en el giro envolvente con el cual la recepción interrumpe al eje predominante del acceso.

En el descriptor visual B tenemos el ejemplo de una relación sintáctica de enlace por interpenetración entre un volumen prismático y dos volúmenes cilíndricos. Los volúmenes quedan materializados por las aristas de la cenefa, el corte de color del piso, y los cortes curvos de los mostradores. Este rasgo de enlace pone a la recepción en la postura de “salir al encuentro”. El rasgo activa al sub-código cinésico-postural para significar, digamos, /encuentro/. Pero además, la relación de proporción y escala que estos volúmenes guardan entre sí y con el cuerpo percibiente activan al sub-código proscémico (que semiotiza relaciones de distancias entre las sujetos de las prácticas). Por este sub-código podemos reconocer el significado /personal/ (a diferencia de distancia pública, social, íntima...)

De este modo, /participación/, /encuentro/, /personal/ son semas que empiezan a constituir la figura-lexema de la “recepción”, cuya práctica queda cualificada y particularizada.

Nos estamos anticipando a nuestras tesis al describir con los rasgos sémicos también su función semiótica (o significación). Lo hacemos para alcanzar a señalar aquí otro aspecto de su estatuto plástico-visual que es su articulación en *red* de totalidades; en efecto, como señala el Grupo μ , se cumple aquí el enfoque mixto (global y estructural) de Palmer, de modo que no proyectaremos el principio de doble articulación de la lingüística sino que en lo sucesivo tendremos que reconocer *niveles, relaciones de subordinación y de coordinación* para discretizar el significante arquitectónico:

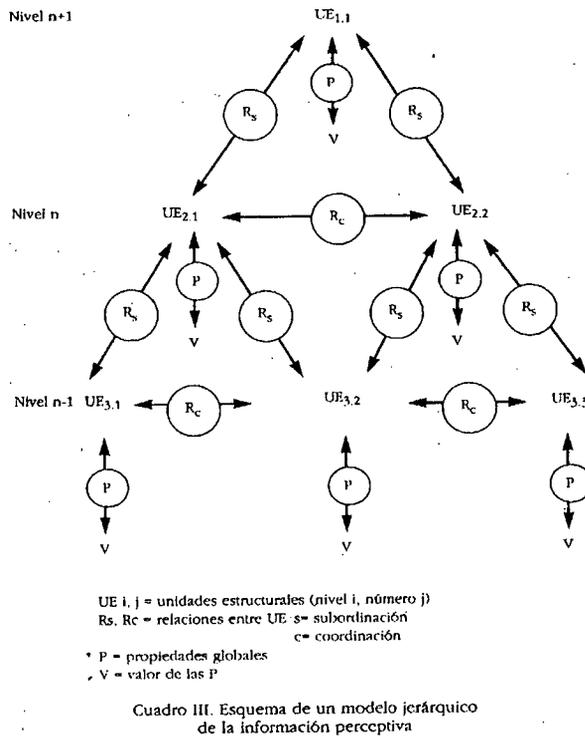


Figura 11²¹

II. Aunque en cuanto a su segmentación el signo arquitectónico contempla aún una instancia previa que responde a la pregunta “¿cómo fueron seleccionados los descriptores visuales? ¿Por qué el registro perceptivo del habitante puede ser recortado por aquí?”

En esta instancia es donde volvemos a recuperar la categoría de *obra abierta* de Umberto Eco²², pues, como señala él y otros autores para el caso de las obras de

²¹ Grupo μ , op.cit. p. 89.

²² En *Obra abierta*, Eco promueve una noción de *apertura* para la obra de arte en relación a su “intérprete” que hacemos aquí extensiva para el discurso arquitectónico. La obra abierta tratada aquí no sólo es abierta en función a las distintas posibilidades que la obra ofrece para sus múltiples interpretaciones, sino que es abierta en su propia materialidad signifiante; es literalmente una obra inacabada, que se totaliza mediante las operaciones del propio receptor en un juego de transacciones entre la obra y los mecanismos de interacción perceptiva. Véase Eco, U. *Obra Abierta*, “La poética de la obra abierta”, ps. 71-104.

Ciertamente, la naturaleza de apertura de una obra de arte depende de las condiciones de materialidad en el signifiante y en su dispositivo de discurso, porque éstas son las que determinan la naturaleza de la transacción entre objeto y receptor. No es casual, pues, que en tanto Eco se aleja del problema de la materialidad hacia el problema de la interpretación de textos escritos, se aleja de la hipótesis de transacción receptiva hacia la noción de *Lector modelo*, cada vez más acotado y delimitado desde el interior del mismo texto. Cf. Eco, U. *Lector in fábula*, “El lector modelo”, ps. 73ss.

arte cinéticas²³, la existencia actual y realizada del texto arquitectónico depende de la intervención activa del recorrido del receptor sobre la materia del significante, en este caso, el espacio arquitectónico del centro deportivo.

Ahora bien, no se trata de cualquier “recorrido”, pues el sujeto es doblemente receptor-habitante. Este recorrido viene a derivarse entonces de la estructura doble del ser cabe: si pudimos reconocer dos organizaciones topológicas diferentes para el *Palazzo*, es porque las condiciones de sitio y ritual en el habitante implican asimismo dos registros paralelos en su recepción, dos memorias metonímicas de simultaneidad y sucesión que operan durante la misma práctica de apropiación espacial, que delimitan dos tipos de continuidades espaciotemporales, y que, por último, en razón de esta diferencia en lo continuo definirán dos tipos de unidades discretas en su discursivización discontinua.

Nos queda claro que en lo metodológico tendremos que reconstruir analíticamente esta instancia: Nuestro objeto-discurso se delimita a partir del recorrido del habitante; en principio, si se trata de un espacio dado, tendremos que circunscribir las imágenes visuales que surgen de los recorridos funcionales fácticamente dados, pero luego diferenciar sobre ellas los dos tipos de registros espaciotemporales que dependen de la memoria perceptiva del habitante, y que más allá del recorrido físico-motor articulan la construcción activa del *objeto temporal inmanente* del espacio.

Las relaciones de coordinación y subordinación del signo arquitectónico dependen así de la clave topológica espaciotemporal que selecciona el receptor-habitante (y el analista en la instancia de descripción metodológica).

II.5. Hipótesis de convergencia espaciotemporal en el dispositivo del discurso arquitectónico:

interpretante inmediato; interpretante final.

II.5.1. El dispositivo espacio-existencial del discurso arquitectónico

²³ Véase De Bértola, Elena, *El arte cinético*, en especial “Movimiento real y movimiento óptico”, p. 23ss.

El espacio-tiempo de la práctica discursiva, hemos dicho con Peirce, es regulado por el *dispositivo del discurso*. Y esta función regulativa centrada en el soporte material del dispositivo es crucial pues determina las condiciones del *espacio-tiempo factual* de producción y recepción discursiva. Aumont ha definido al dispositivo de discursos visuales como “los medios y técnicas de producción de las imágenes, su modo de circulación y, eventualmente, de reproducción, los lugares en las que ellas son accesibles, los soportes que sirven para difundirlas. El conjunto de estos datos, materiales y organizaciones, es lo que entendemos por dispositivo”...Pero más nos interesa aún la clave espacial a la cual Aumont refiere el dispositivo: “La primer función del dispositivo es la de proponer soluciones concretas a la gestión de ese contacto *contra natura* entre el espacio del espectador y el espacio de la imagen, que calificaremos como espacio **plástico**... “Ese es, pues, el primer dato de todo dispositivo de imágenes: se trata de regular la distancia psíquica entre un sujeto espectador y una imagen organizada por el juego de los valores plásticos, teniendo en cuenta el hecho fundamental de que uno y otra no están situados en el mismo espacio; que hay, para emplear la expresión de André Michotte a propósito del cine, una segregación de los espacios respectivamente plástico y espectadorial.”²⁴

Si volvemos a nuestro corte en la cadena discursiva, veremos entonces que el dispositivo de discurso es el soporte material de este espacio factual que media y gestiona ese “contacto *contra natura*” entre el representamen y el interpretante, que determina asimismo la distancia temporal “T” y las condiciones de recepción (y producción) de ese discurso particular.

Es fundamental para nosotros reconocer ahora la relación de determinación entre espacio factual (trascendente) y espacio enunciativo, *de la enunciación* (inmanente al texto), pues las “reglas de contacto” entre espacio espectadorial y espacio plástico de la imagen son las que vienen a fundar en cada caso las reglas de la función indicial-deíctica de cada discurso.



²⁴ Aumont, J. *La imagen*, ps. 143-144.

La diferencia fundamental entre el discurso arquitectónico y cualquier otro discurso puesto en circulación, y por tanto su especificidad como “semiótica de la vida cotidiana”, radica en el carácter de su dispositivo. No se trata ya de un “espacio regulativo de mediación”, sino del espacio existencial de la vida humana y del tiempo histórico de sus prácticas cotidianas concretizadas mediante el espacio arquitectónico, su representamen.

Esta diferencia que hace a la condición espacio-existencial del dispositivo determina a la relación signo-interpretante en tres aspectos:

1. *Convergencia espacio-temporal entre producción y recepción del discurso:*

Hemos dicho que el discurso arquitectónico no está generado en un esquema bipolar de comunicación (entre emisor y receptor), por lo cual su instancia enunciativa deviene extraña a la oralidad y la escritura. En cambio, el discurso es producido en la relación sujeto observador (el habitante)-sujeto informador (el espacio arquitectónico). Es a través de la relación activa entre observador e informador, en la instancia de recepción, por la cual es producido el discurso de la arquitectura. Su discurso-representamen no es el espacio en sí, sino el producto de la interacción entre éste y el recorte que hace el sujeto desde su práctica de recepción y apropiación habitacional. En tal sentido, el discurso arquitectónico es entendido como *obra abierta*, y su *interpretante* como las condiciones activas de recepción y práctica habitacional.

¿Qué tipo de función indicial-deíctica funda el dispositivo arquitectónico hacia el interior de su textualidad? Una enunciación *egófuga y discursivizante*²⁵:

En un estado de convergencia espacial, el espacio no es encatalizado por una memoria interpretante sino es la dimensión que funda al enunciado desde la mirada o el contacto perceptivo entre informador y observador.

Enunciación egófuga: Es la única posible a teorizar desde esta posición. El sujeto enunciado no es un punto de cruce de coordenadas espaciales y temporales, sino el cuerpo contextualizado, la habitud de un sujeto definido existencialmente por su habitar.

Enunciación discursivizante: Una concepción egófuga del sujeto es necesariamente una concepción maximalista de la enunciación. La enunciación del

²⁵ Parret H. *Las pasiones*, “Carta sobre las pasiones”, p. 219ss. La teorización de la subjetividad enunciada en tanto subjetividad pasional será clave para nuestra tesis en el nivel enunciativo, pues es coincidente al hecho de una “espacialidad afectiva”, propia al existenciar del *encontrarse*.

sujeto no estará “aquí o allá”, sino que impregnará todo el discurso en tanto perspectiva de un sujeto “situado” y “tensado” en su habitar.

En este sentido, es toda la materia del significante la que ya en el plano de contenidos es enunciación y la que se vierte en el nivel simbólico (o discursivo) y se discretiza en sus unidades paradigmáticas tras el paso de umbral en el recorrido generativo.

2. *La competencia corporal del interpretante inmediato*: El dispositivo arquitectónico repone desde su espacialidad la *corporeidad del sujeto* en la *instancia perceptiva* de la semiosis, (la corporeidad que es repuesta por encatálisis en la instancia enunciativa de la escritura). Si en Peirce el interpretante inmediato es posibilidad de interpretabilidad del signo, el conjunto de reglas que, anterior al evento de su semiosis, posibilita interpretar la relación entre signo y objeto²⁶, el interpretante inmediato de la práctica habitacional (PH2) viene dado por las condiciones de corporeidad en la recepción. El sujeto no percibe el espacio desde un puro dispositivo visual, un ojo en el vacío, sino que visualiza desde el cuerpo de su práctica de apropiación espacial; su percepción visual está determinada por su corporeidad de habitante, y esta corporeidad instaure reglas específicas y particulares *de visualidad* para el interpretante inmediato.

3. *La competencia territorial e historial del interpretante dinámico*: La práctica de apropiación espacial del habitante es, en la semiosis, el “efecto físico”, la respuesta material al discurso de la propuesta de vida del espacio, y por tanto es en términos de Peirce el interpretante dinámico, el efecto posterior de la recepción y la producción de un nuevo signo en forma de práctica habitacional.

Pero hemos señalado que el espacio-tiempo de esta práctica interpretante viene a ser, mediante su especial dispositivo, el de la misma existencia humana. Y precisamente, al poder referir con Peirce el espacio-tiempo a la práctica de la

²⁶ “Mi interpretante inmediato está implícito en el hecho de que cada Signo debe tener su Interpretabilidad, una que le sea propia, antes de tener un intérprete. Mi interpretante Dinámico es aquel que es experimentado en cada acto de interpretación; y en cada uno de éstos es diferente de cualquier otro; y el interpretante Final es el único resultado interpretativo al que cada Intérprete está destinado a llegar si el Signo es suficientemente considerado. El interpretante inmediato es una abstracción: consiste en una Posibilidad. El interpretante Dinámico es un evento singular y real. El interpretante Final es aquel hacia el cual tiende lo real”. Peirce, Ch. S. *La ciencia de la Semiótica*, p. 110, “Cartas a Lady Welby”, 14 de Marzo de 1909.

experiencia y no a categorías apriori (como lo hiciera la neovanguardia en arquitectura), nos permite el acceso a las condiciones existenciales del habitar y a reconocer al sujeto de ese habitar en tanto *ser cabe*, espacialidad de la existencia.

Aquí es donde habremos de acudir a la estructura doble de sitio y ritual, sobre los límites de la semiótica, para esta particular semiosis del espacio. Más allá de su percepción visual, el interpretante queda determinado por las condiciones de *territorialidad e historialidad* de su existencia espacial. La territorialidad como la condición de determinarse a un sitio y una frontera; la historialidad como la condición de tensar la práctica y su espacialidad intrínseca hacia la consumación de un fin, como señalamos, aquello que también Ricoeur llama la condición pre-narrativa de las prácticas históricas, asumiendo en ellas una estructura de comienzo-medio-fin.

El reconocimiento de estas dos condiciones del habitar otorga ahora al interpretante otra competencia específica, la de interactuar con el espacio y construir su discurso *desde* la territorialidad e historialidad de sus prácticas.

II.5.2. El sujeto del discurso arquitectónico en tanto interpretante

Es así como, acotando la búsqueda de la competencia pragmática de la semiosis arquitectónica a sus condiciones de factualidad, y estas quedando establecidas por el espacio-tiempo de su dispositivo de discurso, quedan definidos dos ámbitos particulares:

En relación a su *interpretante inmediato*: las pertinencias provenientes de la corporeidad del habitante en la recepción visual activa con el “informador” arquitectónico.

En relación a su *interpretante dinámico*: las pertinencias provenientes de las condiciones de territorialidad e historialidad del habitante en sus prácticas de apropiación habitacional.

En el primer caso las pertinencias abren al estudio de una fenomenología de la percepción y en el segundo a una fenomenología del habitar, que completan el ala fenomenológico de la emergencia del discurso-representamen arquitectónico.

Para hablar al mismo tiempo de estas competencias determinadas por la factualidad del discurso hemos designado al interpretante como *receptor-habitante*; el primer miembro de la relación referido al interpretante inmediato, el segundo referido al dinámico.

Finalmente, la construcción de un modelo de competencia semiótica desde el ámbito de mediación de texto y práctica, significación y mundo, se traduce en componer la competencia semio-narrativa de carácter universal con la competencia del interpretante de tal texto. En una misma competencia se reconoce pues el doble origen, la ambigüedad de la emergencia de su signo.

II.6. Modelo pragmático de competencia semio-narrativa

Las cinco hipótesis precedentes vienen ahora a integrarse en un modelo de ontología fuerte, que nos permitirá en lo sucesivo articular nuestras tres tesis semio-narrativas sobre el texto arquitectónico. Este modelo de competencia pragmática es el provisto por los trabajos de Per Aage Brandt²⁷, que concibe la teoría del recorrido generativo como una *ontología* que busca las causas materiales de la estructuración del sentido. Hallamos pues en Brandt la instancia teórica que nos permite unificar en el modelo las interdependencias entre factualidad y textualidad de la arquitectura.

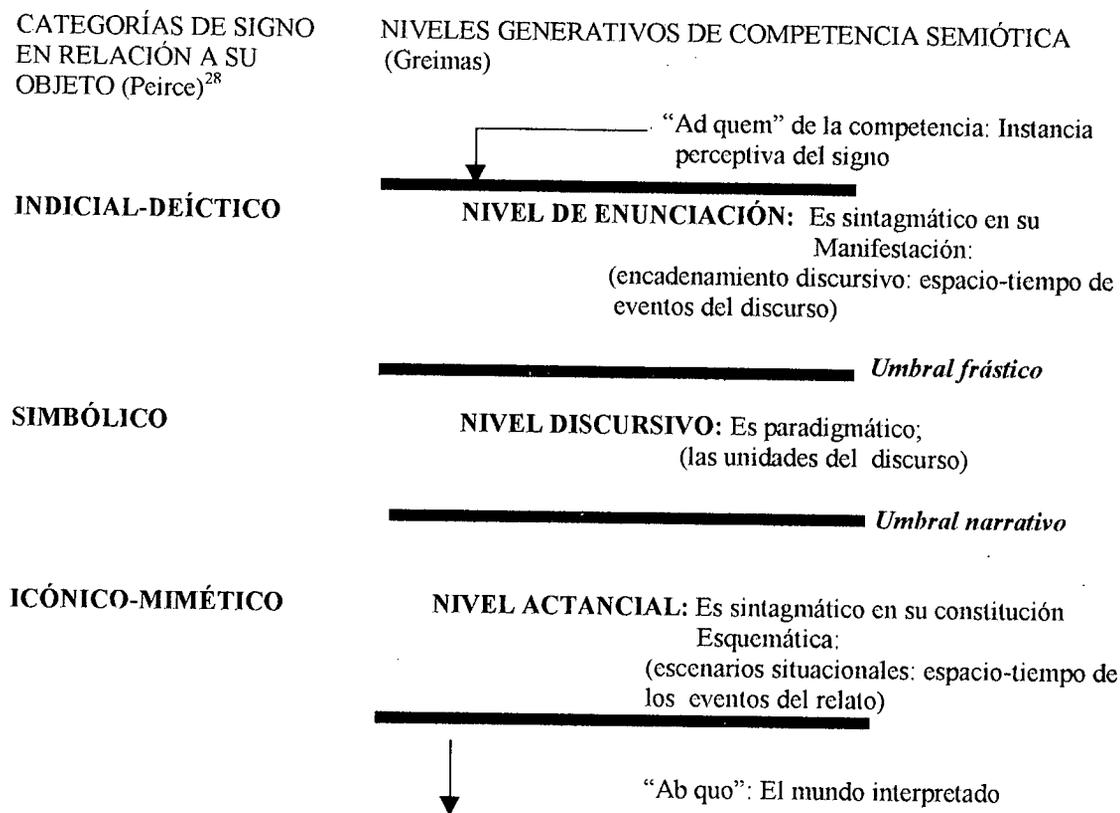
II.6.1. Versión pragmática del recorrido generativo

Al pasar Brandt de una finalidad metodológica cuyo objeto es el texto a una finalidad ontológica cuyo objeto es ya el sujeto semiotizado, le permite otorgar al recorrido generativo el estatuto de “interpretante”, un recorrido que “hace signo” para otro sujeto, y que antes de ello ha nacido de una instancia inicial de captación fenomenica del mundo.

Este marco pragmático lo habilita a realizar una traducción del generativismo de la escuela de París a la semiótica peirciana, en la cual las tres grandes clases de

²⁷ En adelante nos referimos a *Dinámicas del sentido, Estudios de semiótica modal*, I.1 y I.2

signos canonizados por la tradición peirciana en relación al objeto se explican por los tres niveles constitutivos del recorrido generativo:



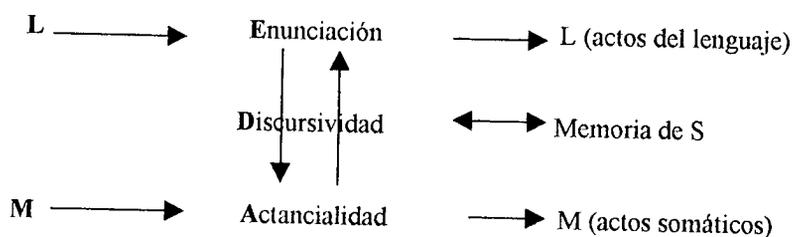
Lo importante a señalar aquí es que cada una de las tesis que expondremos corresponden a cada uno de los niveles o instancias del recorrido generativo. Entonces, cada tesis tiene una justificación propia según la organización interna indicial, simbólica o mimética del sentido, pero hallan una justificación global al dar cuentas del "hacer signo" a través de todo el recorrido y del salto de umbrales de un nivel a otro. En este caso, cada tesis fundamenta a la otra en el total del modelo.

²⁸ Del mismo modo entiende Verón estas categorías en tanto estratos del discurso: "El pensamiento de Peirce es un pensamiento analítico disfrazado de taxonomía. No se trata, pese a las apariencias, de ir a buscar instancias que correspondan a cada uno de los "tipos" de signos. Cada clase define, no un "tipo", sino un modo de funcionamiento." *La semiosis social*, p. 111. Cfr. p.148.

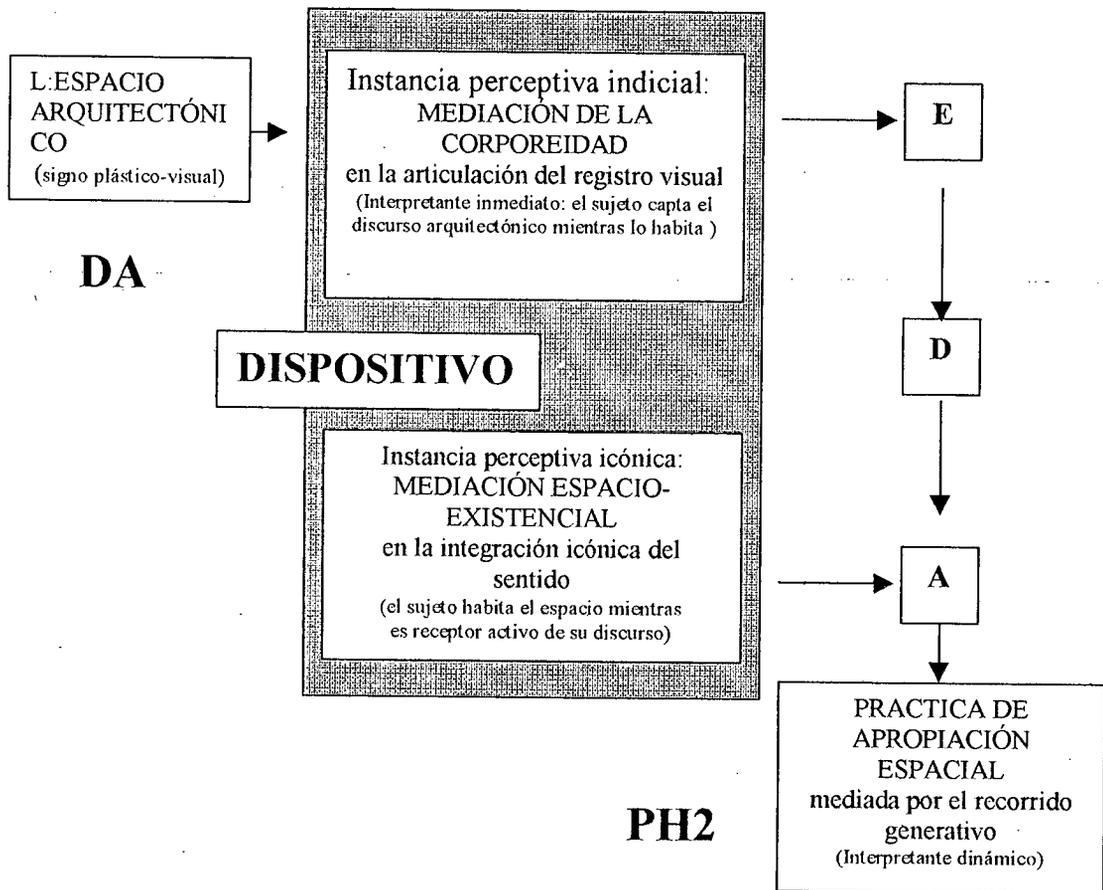
II.6.2. Competencia semiótica y semiosis arquitectónica

Un segundo aspecto general en la organización de la tesis es que, como hemos señalado, la competencia semiótica de carácter universal debe ser completada con las condiciones de factualidad de cada discurso determinadas por el dispositivo, como regulador de su producción y recepción. En tal caso, la versión pragmática que ofrece Brandt nos permite completar el modelo con su interpretante particular:

Brandt adjudica dos entradas (de recepción) y salidas (de producción) discursivas, ambas situadas en los niveles más superficiales de la competencia, que son los niveles de menor grado de arbitrariedad. “L es el nivel de la entrada y la salida del *habla* [la articulación sintagmática del discurso-enunciado], en sentido amplio; M, el nivel de la entrada y la salida *accionales* [la integración sintagmática del enunciado-enunciado en escenarios actanciales]; L y M son las dos “superficies” del sistema. Las flechas verticales indican las travesías en los dos sentidos por el tratamiento del material...” “En D, la *veridicción* parece operar una selección y buscar un equilibrio entre los acontecimientos que provienen de estas dos fuentes (E y A)”²⁹.



Ahora, estas dos entradas permiten anteponer el *receptor-habitante*, las condiciones del interpretante arquitectónico, para recién entonces acceder al recorrido generativo interno:



Las tesis se basan en esta organización de competencia pragmática para describir lo que sucede por este mecanismo de *entradas* dentro del recorrido generativo:

La **primer tesis** sobre el nivel indicial postula la instancia enunciativa en el marco de una recepción donde el informador plástico visual y la competencia del observador son mediadas por su cuerpo habitante, su "habitud" por la cual percibe, en los términos de Merleau-Ponty. A partir de esta mediación la instancia enunciativa "articula" el discurso por la función espacial de contigüidad entre los cuerpos del espacio arquitectónico y del interpretante, y funda su particular inicio de recorrido generativo.

La **tercer tesis** sobre el nivel icónico postula el estado de convergencia espacio-temporal de los escenarios situacionales y procesos rituales. La relación icónica entre representamen arquitectónico y objeto-propuesta de apropiación espacial,

²⁹ Brandt, P. op.cit. p. 38

es realizada por el interpretante en el mismo espacio-tiempo en cual éste realiza sus prácticas históricas de apropiación. Entonces, la integración icónica del sentido del espacio en relación a su objeto, queda determinada por las condiciones espacio-existenciales de su interpretante. Quiero decir, el espacio no iconiza a su objeto *de cualquier modo* (como los forzosos -pero existentes- ejemplos del posmodernismo más comercial, con analogías de “casas-dados”, “edificios-barcos”, “puertas-boca”³⁰, etc.) sino bajo las condiciones de territorialidad e historialidad que le impone su interpretante: Iconiza mapas de territorialidad e historialidad de sus prácticas; construye la ficción mimética convergente a la condición existencial de su interpretante dinámico.

Del mismo modo, la **segunda tesis** da cuentas sobre el nivel simbólico de la discretización del continuo enunciativo mediante la semiotización de los rasgos sémicos como vimos en II.4, pero, con contenidos específicamente conductuales, ceñidos a su objeto y para las prácticas interpretantes de su tríada.

II.6.3. Bipartición del recorrido generativo

El tercer aspecto organizativo de las tesis es el que las integra en el “trabajo” de la competencia de su recorrido generativo y su conversión de estructuras al traspasar los umbrales. En conjunto, las tesis por cada nivel son coincidentes en una división bipartita de dos grandes áreas sintácticas y semánticas que organizan la estructura de contenidos de un “texto arquitectónico”, bipartición que presenta una correspondencia en las operaciones de conversión de los umbrales, de uno a otro nivel:

En la instancia de enunciación, el significante plástico-visual presenta dos modos de indicializar la espaciotemporalidad de la práctica habitacional, como modalidad de simultaneidad y como modalidad de sucesión (topologías homeomorfas y homotópicas).

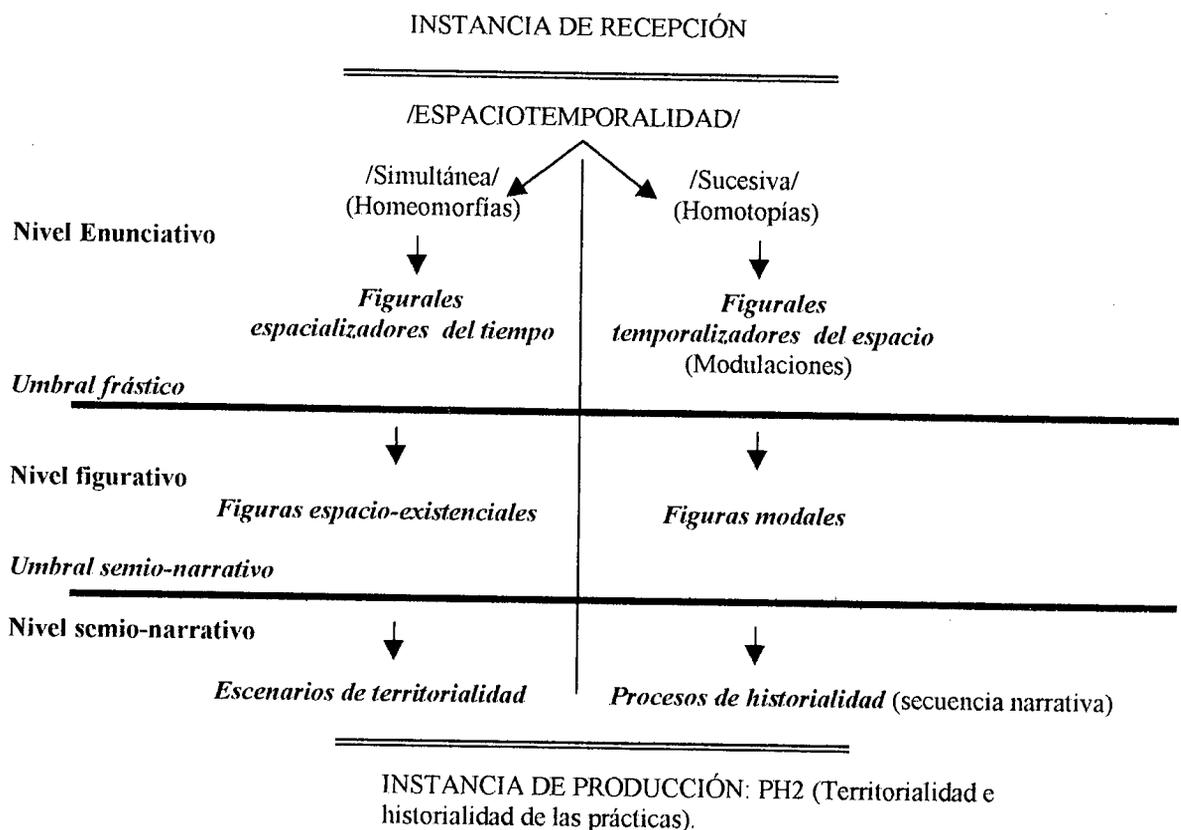
El espacio es “articulado” desde la enunciación en base a estas dos formas, pero al pasar el umbral frástico y discretizarse por la intervención de una memoria simbólica, la bipartición se sostiene con leyes sintácticas y semánticas diferentes. El

³⁰ Por ejemplo, Jencks, Ch. *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*, “Metáfora y metafísica”, p.112ss.

espacio enunciado en simultaneidad temporal es discursivizado en *figuras espacio-existenciales* que luego se “integrarán” por mimesis en el *escenario territorial de la práctica*; el espacio enunciado en sucesión temporal es discursivizado en cambio en *figuras modales* que son la base discursiva (en reemplazo de la aspectualización del discurso verbal, inexistente en arquitectura), del dispositivo modal de las pasiones del hacer narrativo, que al integrarse da cuentas del *proceso narrativo de la práctica*.

Al pasar entonces estas dos clases de figuras por el umbral léxico hacia el nivel icónico, unas se integran como escenarios territoriales y otras como procesos historiales, y ambas dan cuentas del “relato” que el espacio arquitectónico ha construido de sus prácticas, contando con la participación activa de su interpretante.

Este relato es entonces ficción pura, mimesis de un objeto que es construido desde el recorrido generativo, y al mismo tiempo objeto para un interpretante que está en el mundo exterior de sus prácticas históricas, signado por las condiciones de territorialidad e historialidad del *ser-ahí*.



II.6.4. El interpretante final y la configuración poética del diseño

Visto en la globalidad del modelo, las tesis en su conjunto permiten concebir, dentro de su marco teórico, las operaciones de configuración poética en la producción del diseño:

El modelo permite componer *morfologías semio-narrativas del espacio arquitectónico*: clasificaciones morfológicas según las tres instancias del recorrido generativo: morfologías indiciales, simbólicas y miméticas de la arquitectura. Siempre subsidiarias de la competencia semiótica de su interpretante, estamos con estas morfologías en el “sistema” de significación arquitectónico. Las clasificaciones morfológicas se presentan al diseñador como herramientas sintácticas de diseño, propias a una semántica, a sus relaciones de significado en su “existencia virtual”, para “hacer signo” pasando por el recorrido generativo.

En la medida en que las construcciones de las tres morfologías se estabilizan en la historia de sus semiosis con interpretantes dinámicos comunes (con prácticas de apropiación habitacional semejantes), el interpretante de la práctica habitacional se vuelve *hábito* en sentido peirciano, el representamen arquitectónico se vuelve *tipo narrativo del habitar* “para” ese hábito (PH2), y se vuelve interpretante “estandarizado” de la primer práctica en PH1 .

El diseñador que en el tiempo T1 (esquema en p. 58) forma parte de las operaciones del interpretante de las prácticas PH1 para un nuevo espacio-signo arquitectónico, participa de la “doble labor del texto” desde su trabajo de diseño. Puede utilizar predictivamente el modelo de competencia semiótica para construir *otro* discurso espacial de las prácticas que lo habitan, desde la construcción narrativa de sus morfologías, y puede en la misma función de interpretante gestionar con esta ficcionalidad la configuración poética de estas prácticas, promover la transformación de sus tipos a través de su reinterpretación poética.

Cuando en I.3.1.C.(p.35) preguntábamos ¿en derecho a qué verdad del cielo podemos recrear el terruño? nos referíamos a que para nosotros no son las “autobiografías” las claves escondidas en el alma que legitiman las decisiones de diseño, sino la inserción del trabajo creativo en esta doble labor del texto, donde el compromiso ético sobre las prácticas habitacionales se traducen en un hacer poético doble, desde lo inmanente y desde lo trascendente.

La utilización del modelo de competencia pragmática como herramienta creativa resitúa al diseño como *ética y poética del habitar*:

1) Dimensión ética

A. En el interdiscurso: El diseñador (sea quien sea el que ocupe históricamente este lugar), queda ceñido a una *ética dialógica de la creatividad*, que ciertas veces puede ser juzgada como prescindible en la producción artística pero que se vuelve ineludible con la producción de objetos que conforman modelos conductuales desde sus prácticas. Porque bien, él no puede diseñar ya para sí mismo, suponiendo la arquitectura como saber obtuso y cerrado al curso de sus tendencias internas, ni puede diseñar operando monológicamente sobre lo que él opina de los gimnasios, por ejemplo. En ese lugar que ocupa dentro de la red, el diseñador opera como interpretante de *otras* prácticas (PH 1) y *otras* historias, de modo que PH 1 es construido desde allí como un modelo conductal directriz de las prácticas de uso de los gimnasios de *aquellos* porteños.

Para ello, sabemos bien, el ejercicio de diseño se torna más interdisciplinario cuanto más comprometido con la búsqueda del otro, pero lo importante aquí para el lugar del diseñador (y para evitar de nuevo el extravío en la dispersión de saberes) es orientar los datos hacia lo que Ricoeur llama la “prefiguración” de las prácticas, en nuestro caso, descubrir las composiciones espaciotemporales más estabilizadas de *sitios y rituales de los gimnasios*.

Un segundo lugar del diseñador es el de interpretante segundo, o interpretante predictivo. Aquí es donde el diseñador asume el otro no sólo como dato histórico (sin incurrir ahora en la captación de este “dato”) sino como subjetividad de perspectiva; asume una interacción entre lo que él puede provocar con el signo arquitectónico del gimnasio y lo que puede reconocer el receptor-habitante como interpretante futuro. Se trata pues de asumir predictivamente la perspectiva del otro para comunicar entonces una *práctica posible* en el tiempo 2, con un objeto particular que le pertenezca (el ideal de salud física del cuerpo).

B. En el texto: Si reconocemos la pertinencia de un nivel inmanente, es decir, que dentro del signo arquitectónico del gimnasio, delimitado como corpus según cierto criterio, operan estructuras de significación que son parte de un sistema semiótico

reconocido por los sujetos involucrados en la cadena de interpretación, (lo que nos sitúa más cerca del análisis del discurso de la escuela francesa que de Verón), entonces el dilema ético aparece en la reformulación del objeto a través de su signo. El dilema ético salta cuando el modelo conductual de PH 1 no coincide con los valores involucrados en la ideología del diseñador, (las isotopías semánticas que se juegan con el tema “gimnasio” en el mundo del diseñador. En esta grieta que se abre caben las preguntas: Qué modelo de salud, qué modelo de enfermedad, qué modelo de cuerpo hay detrás de Oa? Debe el diseñador *traducir o transformar* Oa a través del nuevo gimnasio, y por medio del sistema semiótico del lenguaje arquitectónico?

Con todo, digamos que sea como traducción o como transformación, ellas no involucran tan sólo una actividad interpretativa de la conciencia sino una actividad interpretativa *desde la práctica* (PH 2), pues el significante arquitectónico implica ese lugar para el interpretante. Por ello es que este significante es tan especial, operando en una gradación que va desde la sugerencia hasta la imposición de las prácticas. Se trata de un signo *convergente*, centro de cruce entre las prácticas históricas y las prácticas discursivas. De aquí que la dimensión ética sea primordial; los textos escritos tienen, según la modalidad de régimen discursivo, un grado de incidencia y coerción laxo respecto de las prácticas históricas a las que aluden o se vinculan sus objetos; en cambio el significante arquitectónico y su dispositivo de discurso opera justo ahí donde unas y otras prácticas se enlazan.

2) Dimensión poética

Lo poético entra en la escena interdiscursiva como respuesta al dilema ético: Qué hacer, mantener o transformar Oa?...lo que implica, mantener o transformar las prácticas cotidianas del habitar?

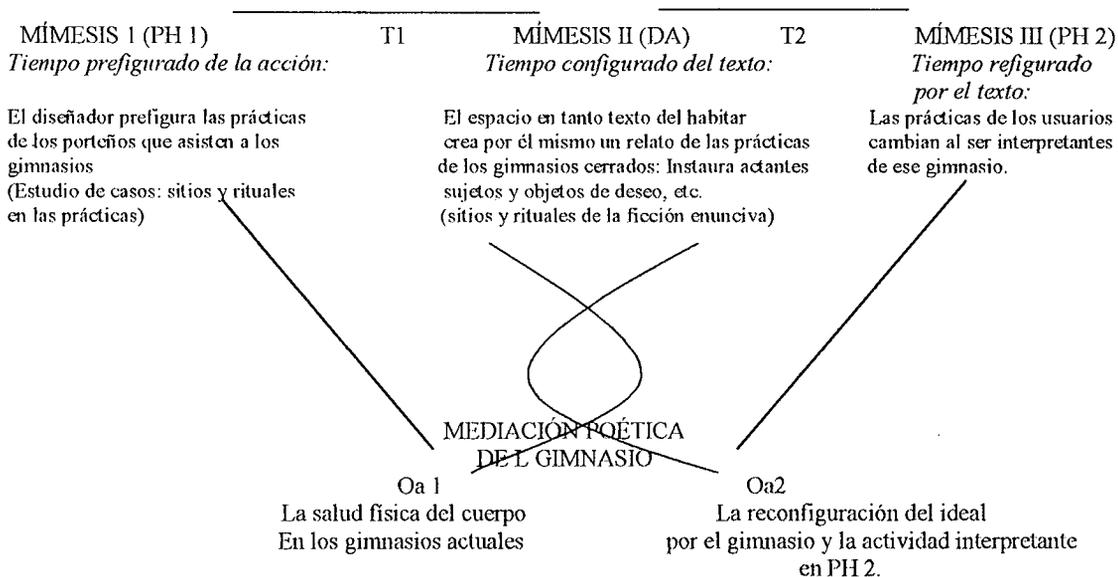
Estamos pues frente a otras de las condiciones compiladas por Parret para todo discurso: *traducción de otro discurso*.³¹ Aunque sabemos, las traducciones siempre son “infieles”. Traducen algo del sentido al mismo tiempo que lo transforman. Digamos que desde una actividad puramente descriptiva se aspira a la mayor fidelidad de traducción, pero desde una actividad predictiva como el ejercicio creativo del

³¹ Parret, H. *La enunciación y su puesta en discurso*, p.5.

diseño se asume y se instituye la finalidad de transformar el efecto de sentido. Este último es el lugar de la poética arquitectónica.

A. En el interdiscurso: Una homologación de la red interdiscursiva con la tesis de triple mimesis de Ricoeur nos ayudará a entender la dinámica poética del discurso arquitectónico. *Mimesis* que en el caso de esta tesis no sólo es equivalente al icono peirciano, sino, en los términos de Ricoeur que siguen la Poética de Aristóteles: "...excluye cualquier interpretación de la mimesis de Aristóteles en términos de copia, de réplica de lo idéntico. La imitación o representación es una actividad mimética en cuanto produce algo: la disposición de los hechos mediante la construcción de la trama."³²

Desde una perspectiva poética complementaria a la interdiscursiva, lo mimético no sólo es semejante sino lo reformulador sostenido en lo semejante. La "trama" del discurso espacial del gimnasio relata los acontecimientos de las prácticas de los habitantes y crea una historia re-presentando las prácticas de PH 1; en esta mimesis hay transformación poética, se reconfigura en la historia de T1 y T2 al objeto Oa. Esta mimesis que acontece entre T1 y T2 es el lugar de la misma fisura que el lenguaje permite para la reformulación de sus paradigmas, la misma fisura que posibilita la mentira y también la verdad nueva de lo poético³³:



³² Ricoeur, P. *Tiempo y Relato I*, "La construcción de la trama", p.80. Cfr. Aristóteles, *Poética*, 1460b.

³³ "Generalizando más allá de Aristóteles, diré que *mimesis* III marca la intersección del mundo del texto y del mundo del oyente o del lector: intersección pues, del mundo configurado por el poema y del mundo en que la acción efectiva se despliega y despliega su temporalidad específica." Ricoeur P. Op. Cit. p. 140. En relación a la acción reconfiguradora del hacer poético véase también Ricoeur P. *Del texto a la acción*, "La imaginación en el discurso y la acción", p. 200ss.

La actividad poética/predictiva del diseño siempre es *posibilidad* de lo nuevo. Utilizaremos la semiótica para aproximarnos lo más que podamos a la condición esperada de mimesis III, pero el cambio no será *necesariamente* el previsto, precisamente porque PH 2 puede no sólo refigurar las prácticas de PH 1, sino también configurar nuevamente el relato de la práctica del signo arquitectónico. El sujeto receptor-habitante puede apropiarse de un modo inesperado del gimnasio porque la arquitectura tiene un grado de coerción gradable y nunca absoluto sobre las prácticas (mejor que así sea). Pero es esta condición, la de *posibilidad* (de una futura historia de cómo experimentar el cuidado del cuerpo) la que torna primordial la dimensión poética sobre la funcional/utilitaria; se trata de un hacer-hacer seductor del espacio más que de un hacer-hacer coercitivo.

B. En el texto: Volviendo al esquema anterior, todo el curso de la red interdiscursiva implica un tiempo histórico (T1 y T2), en el cual se desarrolla la mimesis poética de un discurso por otro. Ahora bien, haciendo un segundo corte de la red sobre el anterior, y situándonos en el gimnasio como corpus delimitado por el receptor-habitante, (y advirtamos, esta operación nos sitúa ahora del lado de la semiótica de cuna saussureana) algo ha ocurrido internamente en sus formas... su distribución de lugares, sus posters colgados en la pared, sus colores, sus secuencias de espacios desde el ingreso público... Su significante ha seleccionado del sistema semiótico significados específicos que hacen posible un nuevo discurso, un nuevo objeto Oa 2 para su interpretante.

Estamos aquí en el mutuo reconocimiento de complementariedad entre *lo inmanente* al gimnasio como texto delimitado y *lo trascendente* al gimnasio como interdiscurso de prácticas cotidianas del habitar. En cuanto a lo inmanente, reconocemos un sistema semiótico cuya codificación es común tanto al diseñador como al receptor-habitante (o bien, el lugar común hacia en el cual el diseñador debe situarse); tal reconocimiento es el soporte que nos permite conjugar los significantes para que en su lectura se produzca la mediación poética (la emergencia de una nueva significación de la práctica). Ese juego de combinaciones interno al significante espacial contiene una poética propia:

En el mismo camino de Jakobson, Greimas señala que “Si se considera que la manifestación discursiva del lenguaje consiste casi siempre en el establecimiento de

las relaciones jerárquicas, [de una unidad de significación que organiza jerárquicamente sus unidades mínimas de sentido. La recepción del gimnasio como “lexema espacial” puede organizar semas como /llegada/; /pertenencia/ (ser socio o no; poder acceder o no); /convocatoria/...], la asunción de estas relaciones hipotáxicas por la comunicación poética las transforma en relaciones de equivalencia, es decir, en relaciones de conjunción [rasgos de identidad] y de disyunción³⁴ [rasgos de diferencia. Si la recepción del gimnasio no es un local cerrado sino que puede ser interpenetrado por un canal de acceso a otros locales internos, si este significativo “canal” marca semas como /comienzo/ mediante formas equivalentes de expresión que en la recepción, la recepción misma comienza a significar con redundancia a /convocatoria/ y tal vez la marca /pertenencia/ ya no quepa en su lectura].

Qué ha ocurrido? Ha operado, en los términos de Ricoeur, una *mimesis* en el interior³⁵ de la cadena sintagmática del gimnasio, entre las unidades “recepción” y “canal”; el canal de circulación que atraviesa la recepción *mima* la práctica de la llegada al gimnasio, pero configura la práctica remarcando ciertas equivalencias y suspendiendo ciertas diferencias, de modo de reorganizar la significación de toda la cadena (recepción + canal –un “semema espacial” en los términos descriptivos de la semiótica narrativa-) como /convocatoria/ y no como /pertenencia/. Pero bien, esta última *mimesis* no acontece en el tiempo histórico de T1 y T2, sino en el tiempo interno de la “trama” del relato que el gimnasio realiza de sus prácticas y que es leído desde sus prácticas (PH 2).

Esta trama hace del gimnasio *el espacio de un tiempo narrado, objeto inmediato [Peirce] de tiempo inmanente, [Husserl]*, y de ésta semiótica hablamos cuando aquí decimos “semiótica narrativa de la arquitectura”. Por ello es que en PH 2 son convergentes la espaciotemporalidad de la práctica del habitar y la espaciotemporalidad narrada del texto espacial.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

³⁴ Véase Greimas J., “La lingüística estructural y la poética”, *En torno al sentido*, pp. 317-329. Cfr. Jakobson R., *Lingüística y poética*, p. 40.

³⁵ “Reservo para la parte de esta obra consagrada a la narración de ficción la confrontación entre esta tesis y la que considero característica de la semiótica del texto: que la ciencia del texto puede establecerse en la sola abstracción de *mimesis II* y puede tener en cuenta únicamente las leyes internas de la obra literaria, sin considerar el antes y el después del texto...” P. Ricoeur, *Tiempo y Relato I*, p.114.